

TUS  
LIBROS



# OTRA VUELTA DE TUERCA



Henry  
James



Lectulandia

Una joven inglesa llega a una vieja mansión en el campo para encargarse de la educación de un niño y una niña que han quedado huérfanos. Poco tiempo después de su llegada, descubre que los niños reciben periódicas «visitas» de sus antiguos preceptores, un hombre y una mujer que habían muerto hacía más de un año. La institutriz, horrorizada, decide hacer lo posible para defender a los niños, cuya custodia se le había encomendado, y trata de interponerse entre ellos y los dos fantasmas. Con esta historia, aparentemente tan sencilla, Henry James logró realmente el «más difícil todavía»: dar otra vuelta a esa «tuerca» que hay escondida en todo relato de terror.

Henry James

# Otra vuelta de tuerca (Ilustrado)

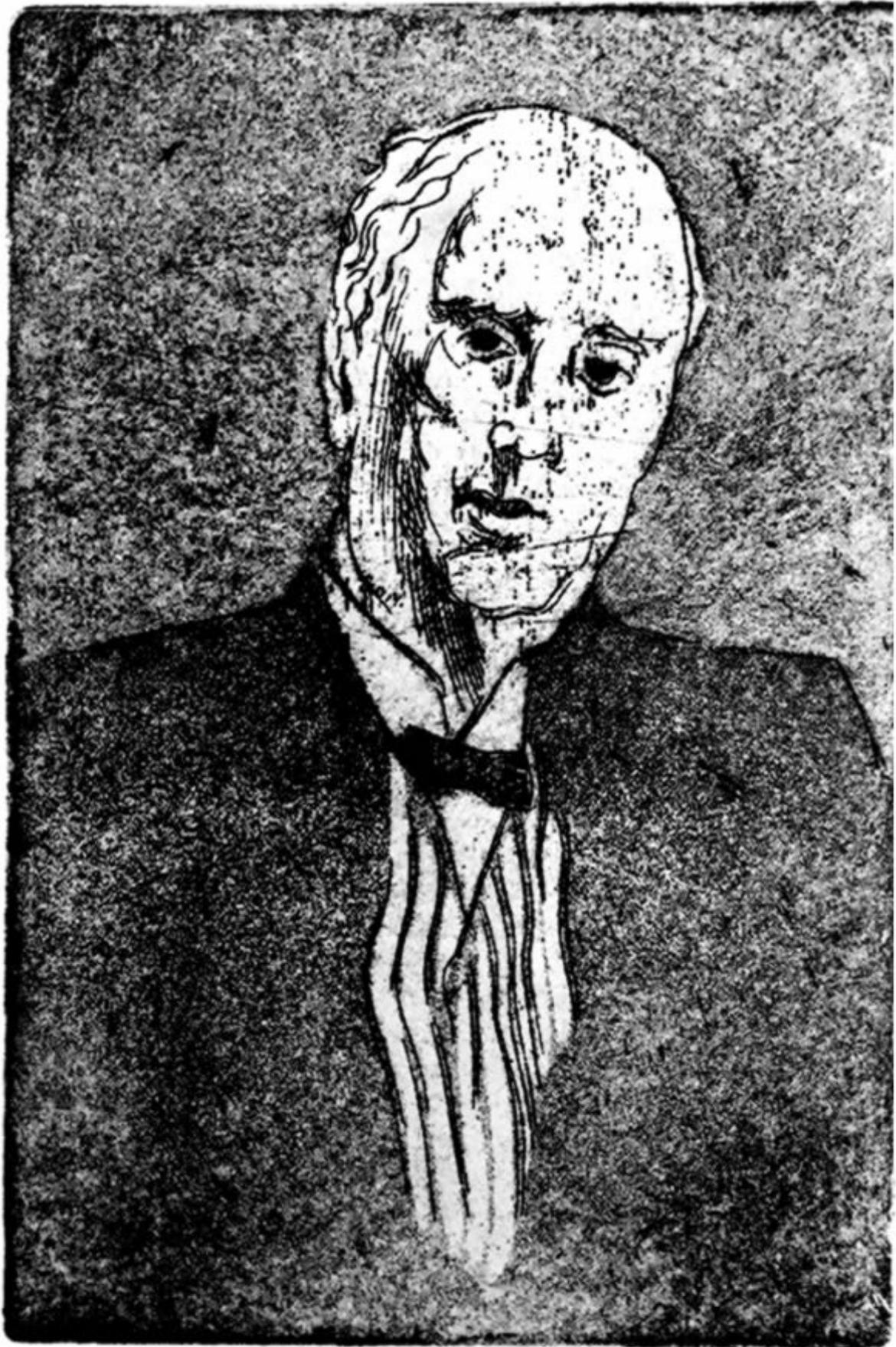
Tus libros: 13

ePub r1.0

Titivillus 16.01.2020

Título original: *The Turn of the Screw*  
Henry James, 1898  
Traducción: Ramón Buckley  
Ilustraciones: Ángel Luis González  
Diseño de cubierta: José María Ponce  
Grabado del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés (publicada por la revista «Collier's Weekly», 1898), publicada en libro en Nueva York, 1898. Las ilustraciones, originales de Ángel Luis González, han sido realizadas expresamente para esta edición.*

## Proemio

La historia nos había hipnotizado. Sentados alrededor del fuego en una mansión vetusta, una noche de Navidad, la historia nos había dejado sin aliento. Al concluir, nadie se atrevió a pronunciar palabra, hasta que alguien observó que era la primera vez que las fuerzas del más allá habían visitado a un niño. Se trataba de una aparición, una aparición que había sobrecogido a un niño pequeño que dormía junto a su madre y había hecho que se precipitara en sus brazos hasta despertarla. Y el despertar de la madre no fue para ahuyentar los temores de su hijo sino, al contrario, para comprobar que la aparición era tan real como el llanto de la criatura... ¡Y todo ello había transcurrido en una mansión tan vieja, tan antigua como en la que nosotros, en aquellos momentos, nos encontrábamos! En seguida pude comprobar el efecto que esta historia causaba en Douglas, que permaneció como ausente mientras otro narrador contaba otra nueva fábula. Douglas seguía el relato con mirada ausente y, al observarlo, tenía la certeza de que alguna carta escondía en el reverso de su bocamanga... Y en efecto, al acabar el cuento, nos acalló con su tosecilla e hizo, con toda parsimonia, la siguiente observación:

—Es muy cierto que esta aparición del fantasma de Griffin, o de lo que fuera, a un muchacho de edad tierna no deja de tener su encanto... Pero disiento de que fuera la primera vez que una criatura sufre semejante aparición... ¿Qué me dirían si yo les contara, para dar otra vuelta de tuerca, la historia de un aparecido que visitó, no a una, sino a *dos* criaturas?

—Diríamos, naturalmente —exclamó alguien, divertido—, que eso, más que otra vuelta de tuerca, es... ¡pasarse de rosca! Pero, adelante, estamos todos muertos de ganas de que nos lo cuente usted...

Aún puedo ver a Douglas, como si fuera ahora, retrechado en su butaca junto al fuego, murmurando en voz baja mientras contemplaba las llamas del hogar:

—Es demasiado..., es una pesadilla demasiado horrible esta historia, que únicamente mis oídos han escuchado.

Nuestro amigo era un maestro. Sabía prepararse el terreno para que toda nuestra atención estuviera ya totalmente pendiente de sus palabras.

—Es el más allá del terror..., nada de cuanto hasta ahora se ha escrito puede compararsele...

—¿De puro miedo? —Me sorprendí a mí mismo preguntándole.

Me contestó algo así como que no se trataba simplemente de terror sino de una misteriosa cualidad, que era realmente difícil de definir. Pasó sus manos por sus ojos y en un amago de espanto exclamó:

—¡Es terrible! ¡Es terriblemente terrorífica!

—¡Ay qué emoción me está entrando! —suspiró una mujer.

Pero él, en vez de mirarla, se volvió hacia mí y me dijo con expresión intensa y concentrada:

—Es un relato saturado de fealdad, de miedo y de dolor.

—Entonces —le contesté yo—, usted no tiene más que empezar a contar.

Él se volvió hacia el fuego y contempló, durante unos instantes, el crepitar de las llamas. Entonces se volvió hacia nosotros para comunicarnos:

—No puedo empezar ahora. Tengo que mandar recado a la ciudad.

Un murmullo de decepción se dejó oír entre los presentes. Después, un tanto atribulado, logró explicarnos los motivos de este retraso.

—No se trata de una historia que me vaya a inventar, sino que está escrita y se encuentra encerrada en un cajón donde ha permanecido durante años. Podría mandar recado con la llave para que mi criado se encargue de hacer llegar la lúgubre historia hasta mis manos.

Parecía dirigirse a mí, como si yo le pudiera prestar apoyo moral frente a los demás para retrasar la narración de relato tan pavoroso hasta que llegara el momento. Y cierto es que algo había en su miedo y sus escrúpulos que me fascinaba. Tanto es así que, después de encarecerle que mandara por el manuscrito cuanto antes, quise saber si era él mismo el protagonista de la historia que nos iba a contar.

—¿Yo? —exclamó Douglas, tentándose la ropa—. No, no; no fui yo, gracias a Dios, a los cielos y a toda la corte celestial.

—¿Pero al menos presencié usted los hechos y los recogió por escrito?

—Yo sólo recogí la impresión de los mismos, impresión que se me quedó *aquí* grabada —dijo poniéndose la mano en el corazón—. Nunca se me olvidará.

—¿Entonces, ese manuscrito...?

—Se trata de un antiguo manuscrito con letra de mujer... Una mujer que falleció hace veinte años. Y, antes de morir, me mandó las páginas en

cuestión.

Todos le escuchábamos con atención, y alguien le hizo una observación impertinente. Pero él, sin dignarse sonreír ni inmutarse en lo más mínimo, acalló la insinuación.

—Era una persona encantadora, desde luego, pero diez años mayor que yo. Se trataba de la institutriz de mi hermana mayor. Yo estaba por aquel entonces estudiando en Cambridge, en el Trinity College, y la conocí al regresar a casa durante las vacaciones de verano, al final del segundo año de mis estudios. Era un verano hermoso y pasábamos las horas perdidas paseando por los jardines... No se burlen de mí, pero es cierto: yo la encontraba seductora y encantadora y entre nosotros nació un vínculo de profundo afecto y mi interés por su persona se veía siempre correspondido. En una ocasión me dijo que nunca se había sentido tan cercana a otra persona, y yo sabía muy bien que no me estaba mintiendo. Y pronto sabrán ustedes por qué pienso que lo que me decía era sólo la verdad.

—Estaría enamorada de usted... —observé yo.

—¡Qué sagaz *es* usted! —me sonrió él—. Sí, estaba enamorada, pero no de mí. O mejor dicho, *había* estado enamorada. Cada vez que me contaba su historia su amor se transparentaba en ella sin que lo pudiera evitar. Ella se daba cuenta... y se daba cuenta de que yo me daba cuenta, pero ninguno de los dos hablamos de ello jamás. Recuerdo muy bien el lugar donde conversamos: un rincón umbrío del césped a la sombra de las grandes hayas... Un escenario más apropiado para una historia romántica que para un relato de terror.

Se alejó del fuego y se sentó de nuevo en la silla.

—¿Está seguro de que el paquete llegará el jueves por la mañana? —le pregunté.

—Lo más fácil es que llegue con el segundo correo —me respondió.

—En ese caso, después de cenar...

—Nos podemos reunir aquí si a todos ustedes les parece bien —concluyó él, dirigiendo una mirada ansiosa a todos los presentes—. ¿No faltará nadie, no es así?

—Todo el mundo estará aquí.

—¡Yo, desde luego, me quedo! ¡Y yo también! —decían a gritos las damas que poco antes habían anunciado su intención de marcharse.

La señora Griffin no se daba por vencida, y quería alguna pista más sobre la historia, para entretenerse hasta que llegara el dichoso jueves:

—Pero vamos a ver —preguntó la señora—, ¿se puede saber de quién estaba enamorada la institutriz?

—La historia nos lo dirá —me sorprendí contestándole.

—Pero es que no puedo esperar hasta entonces... —dijo la señora.

—La historia *no* lo dirá... —sentenció Douglas—. La historia no hará más que insinuarlo...

—¡Qué le vamos a hacer! —Se resignó la señora Griffin—. Yo no entiendo de insinuaciones...

—¿Y por qué no nos lo cuenta *usted* mismo? —Alguien se atrevió a pedirle a Douglas.

—Mañana se lo contaré —dijo Douglas, poniéndose en pie—. Ahora debo acostarme. Buenas noches.

Y tomando en la mano un candelabro se alejó por el pasillo, dejándonos a todos en un mar de confusiones. Oíamos aún sus pisadas al subir los peldaños de la escalera, cuando la señora Griffin afirmó tajantemente:

—No sabemos a quién amaba ella..., pero me parece que sí sabemos de quién estaba enamorado él.

—Más despacio —le dijo su marido—, era diez años mayor que él.

—*Raison de plus*<sup>[1]</sup>. ¡Y a esa edad! Pero la verdad es que me encantan sus reticencias y escrúpulos para contar esta historia.

—¡Nada menos que cuarenta años! —exclamó Griffin.

—Y por fin la da a conocer —dije yo—. Creo que el jueves por la noche será una ocasión memorable.

Todo el mundo estuvo de acuerdo, y con estas palabras decidimos retirarnos. La historia había comenzado por su final y todos estábamos encandilados. Y así de encandilados, o si ustedes lo prefieren, así de «encandelabrados», nos retiramos cada uno a su aposento.

Supe a la mañana siguiente que había despachado una carta con la llave a su residencia de Londres. Y con la seguridad de que pronto tendríamos nuevas decidimos no molestarlo hasta después de la cena, momento en el que presumíamos volvería a mostrarse comunicativo y abriría una vez más su corazón hacia nosotros. Y allí lo teníamos, sentado de nuevo junto al fuego ante nosotros, como en la primera noche. Antes de iniciar la narración de los hechos, nos indicó que era preciso un pequeño prólogo para introducirnos hasta ellos. Debo indicar aquí que el pobre Douglas tuvo la gentileza de enviarme, poco antes de su muerte, el manuscrito en cuestión, que yo cuidaré de transcribir al lector con todo cuidado y rigor. Sea como fuere, en aquella noche nos anunciaron que las dos damas que tanto interés habían demostrado

la noche anterior habían tenido que partir debido a ineludibles compromisos. Marchaban, según confesaron, llenas de curiosidad por conocer los detalles de tan intrigante historia. Así, el auditorio, aunque reducido, era más selecto y, como un anillo, se cerraba aún más en torno a la figura del narrador, sentado junto al hogar.

Y es que la narración, tal como nos adelantó nuestro buen amigo, comenzaba en un momento bastante avanzado de la vida de su amiga, y era preciso que antes conociéramos los antecedentes. Su amiga la institutriz era la más joven de las siete hijas de un pobre vicario de aldea. A los veinte años marchó a Londres, al reclamo de un anuncio en un periódico. Se presentó un buen día en una noble mansión de Harley Street, en pleno corazón londinense. El caballero que la atendió era un joven, elegante y atractivo, en la flor de la vida. Componía una estampa tal, que a los ojos de la jovencita de Hampshire más parecía salida de un sueño o de las páginas de una vieja novela. El caballero en cuestión pertenecía a uno de esos tipos que, por suerte o por desgracia, nunca mueren. Era apuesto y seductor, pero a la vez tenía un aire alegre, despreocupado, que lo hacía doblemente atractivo. Pero lo que a ella le sorprendió más fue su actitud, como si en vez de ofrecerle un trabajo le estuviera pidiendo un gran favor. Se trataba, sin duda, de una persona pudiente pero también un tanto extravagante. Se le apareció rodeado de un aura a la que contribuía su atuendo caro y elegante, su atractivo físico y su cortesía para con las mujeres. Vivía en una amplia residencia, repleta de trofeos de caza y recuerdos de innumerables viajes, pero no era allí donde ella habría de desempeñar su trabajo, sino en una villa campestre que la familia tenía en el condado de Essex.

Este singular caballero tenía bajo su tutela a dos pequeños sobrinos, hijos de su hermano, un joven soldado que había perdido la vida en las campañas de la India hacía justamente dos años. Y así, nuestro caballero, joven y con muy poca paciencia, se veía en la difícil obligación de educar a sus sobrinos. Sentía hacia ellos, sin duda, un gran cariño y estaba dispuesto a procurarles todo cuanto les hiciera falta, pero, a la vez, sentía el peso de la obligación que había caído sobre sus hombros. Y fue así como decidió que el mejor lugar para sus sobrinos era su residencia en el campo. Allí los envió, acompañados de las personas que mejor pudieran servirlos e instruirlos, desprendiéndose incluso de sus propios criados para mejor atenderlos. Él mismo se desplazaba con frecuencia hasta la casa de Essex para supervisar su educación, aunque desgraciadamente era un hombre ocupado y su tiempo era muy limitado.

Sus sobrinos, desde luego, estaban muy a gusto en Bly, tal era el nombre de la villa de Essex. Al frente de la casa estaba la señora Grose, una excelente ama de llaves con la que sin duda congeniaría nuestra joven institutriz. La señora Grose había estado al servicio de la familia durante muchos años. Al no tener hijos propios, sentía hacia los dos niños un extraordinario afecto. Había además muchas otras personas de servicio, pero quedaba claro que la nueva institutriz tendría la máxima autoridad. El niño había sido enviado a un colegio interno —a una edad muy tierna, desde luego, pero ¿qué podía hacer en tales circunstancias?— y en épocas de vacaciones regresaba a la mansión de Essex. Los niños habían tenido ya una institutriz, una institutriz a la que además adoraban, pero habían tenido la desgracia de perderla. La muerte de la persona que hasta entonces los había educado —una persona, por cierto, de lo más respetable— lo había obligado a enviar al pequeño Miles a la escuela. Y la señora Grose, mientras tanto, había hecho lo que había podido para atender a la educación de Flora. Un cocinero, una criada, un viejo jardinero y dos personas encargadas de la vaquería completaban el servicio doméstico.

Al llegar a este punto, la narración de Douglas había sido interrumpida por una persona que hizo la siguiente pregunta:

—¿Y de qué murió la institutriz anterior, si se puede saber? Siendo además una persona tan respetable...

La respuesta de Douglas no se hizo esperar:

—Todo se sabrá a su debido tiempo. No tengo por costumbre anticipar nada.

—Le pido disculpas..., pero ¿no es justamente una anticipación de la historia la que usted nos *está* proporcionando?

—Si yo hubiera estado en el lugar de la joven institutriz —me atreví a decir—, lo primero que hubiera querido saber era si el trabajo ponía en peligro...

—¿La propia vida? —Y añadió Douglas—: Naturalmente que quería saberlo, y naturalmente que lo supo.

Mañana sabrán ustedes cómo lo averiguó. En aquel momento, por supuesto, se asustó. Al fin y al cabo se trataba de una mujer joven y sin experiencia, y el trabajo que se le ofrecía era de mucha responsabilidad y de una gran soledad. Se pasó dos días dudando si aceptar la oferta. Pero la cantidad que se le daba era demasiado importante para rechazarla. Y así, en la segunda entrevista decidió aceptar el empleo.

Douglas hizo una pausa y yo me vi obligado a hacer el siguiente comentario en nombre de todos los presentes:

—Supongo que la joven no pudo resistir la seductora presencia del joven caballero y sucumbió a sus encantos.

Douglas se levantó y, tal como había hecho la noche anterior, se dirigió hacia el fuego, dándonos la espalda:

—Solamente lo vio en dos ocasiones.

—Eso prueba, justamente, la fuerza de su pasión. Douglas se volvió hacia mí y me dijo:

—Sí, ciertamente. *Fue* su pasión... Una pasión a la que otras antes no habían sucumbido. Le dijo a ella, con toda franqueza, que otras personas se habían presentado antes de solicitar el trabajo y todas ellas, al saber las condiciones, lo habían rechazado. Todo ello era demasiado extraño, demasiado misterioso... y tanto más cuando le dijo a ella su última condición.

—¿De qué se trataba?

—Le pidió a ella que nunca, bajo ningún concepto y por ningún motivo, debía molestarlo; que ella misma tenía que hacerse cargo de todos los asuntos, que trataría de las cuestiones financieras con su abogado, que ella debía tomar toda la responsabilidad de este asunto y en ningún caso implicarlo a él. Ella le prometió hacerlo así y me dijo que en aquel momento, al contemplarlo a él, sonriente y agradecido, al escuchar su voz, dándole las gracias por lo que había hecho, al poder estrechar su mano, sintió que ya había sido recompensada, que su sacrificio tenía ya una razón de ser.

—¿Está usted seguro —le preguntó una de las damas— de que eso fue todo lo que hubo entre ellos?

—Nunca más lo volvió a ver.

—¡Oh! —suspiró la dama. Y aquella exclamación que quedó en el aire fue lo último que oímos aquella noche sobre la misteriosa historia. Hubimos de esperar hasta el día siguiente, cuando nos reunimos todos durante la velada alrededor del hogar, junto a su persona. Fue entonces cuando, ante nuestra expectante mirada, abrió las páginas de un viejo álbum de cantos dorados, primorosamente tapizado en rojo. Antes de empezar a leer la primera página, la vieja dama lo interpeló de nuevo:

—¿Y qué título da usted a la historia?

—No tiene título.

—Pues yo ya le he puesto uno —dije. Pero Douglas, sin hacerme caso, había ya empezado a leer con una voz hermosa y clara, que parecía reflejar la bella letra del manuscrito.



## I

Recuerdo que en los siguientes días mi espíritu se vio embargado por una sucesión de altibajos. Después de aceptar su oferta, recuerdo que pasé dos días en Londres con una gran intranquilidad. Todas mis dudas resurgían de nuevo y estaba casi convencida de haber cometido una gran equivocación. En este estado de ánimo subí a la diligencia que habría de conducirme, después de varias horas de un viaje traqueteante, hasta una posada en el camino, donde alguien me esperaba. Efectivamente, un elegante simón se hallaba estacionado en la puerta del albergue. Y una vez acomodada en él, partimos por sendas campestres que, con su estival fragancia, hicieron que mi espíritu reviviera. La llegada a la villa fue mucho más grata de lo que yo había esperado. Recuerdo aún la agradable impresión que produjo en mí su amplia fachada, sus ventanas abiertas, las cortinas estremecidas al viento y las dos criadas que entre ellas se asomaban. Recuerdo el césped y las alegres flores que lo cubrían y el crujido de las ruedas al detenerse sobre la gravilla y las altas copas de los árboles sobre las que trazaban círculos y graznaban las cornejas. Todo ello tenía un aire muy diferente al del humilde hogar en el que me había criado, y en aquel momento apareció en la puerta una persona distinguida que llevaba de la mano a una niña y que me hizo una reverencia como si yo fuera una ilustre visitante. Realmente, la idea que yo me había hecho de aquel lugar era mucho más sórdida. A la vista de tan elegante mansión, aumentó aún más la estima en la que ya tenía a su propietario.

Las primeras horas que pasé en aquella casa no pudieron ser más felices. En seguida caí bajo el embrujo de aquella pequeña criatura que acompañaba a la señora Grose y que habría de ser mi nueva alumna. Era la niña más adorable que yo jamás había conocido y recuerdo que me pregunté a mí misma por qué el caballero no me había hablado de ella con más entusiasmo. Recuerdo también que aquella noche dormí muy poco —estaba demasiado nerviosa después de tan calurosa acogida—. Todo me sorprendía: la inmensa habitación que me habían concedido, una de las mejores de la casa, el gran lecho que casi resultaba fastuoso con sus cortinajes bordados, los grandes

espejos en los que podía contemplarme, por primera vez en mi vida, de cuerpo entero, y tantas otras cosas, que apenas podía dar crédito a mis ojos. Incluso mis relaciones con el ama de llaves, la señora Grose, que tanto me habían preocupado, parecían destinadas a ser de lo más cordiales. La recepción que me hizo la señora Grose fue, incluso, demasiado calurosa. Debí haber advertido que aquella mujer —fuerte, limpia, sencilla y honrada como parecía— estaba demasiado contenta de verme, que incluso hacía esfuerzos por disimular su alegría.

Pero en aquellos momentos ninguna sospecha, ningún pensamiento extraño me distraía de la radiante imagen de aquella pequeña criatura cuya angelical belleza había producido en mí aquel desasosiego, que hizo que me levantara varias veces de la cama en el transcurso de la noche y que me paseara por mi habitación para poder asimilar tantas y tan deliciosas novedades. Y así pude contemplar desde mi abierta ventana la salida del sol y el dulce trinar de los pájaros. Cierto que durante la noche me pareció oír a lo lejos el llanto de un niño; cierto también que en otro momento me sorprendí escuchando unas leves pisadas que pasaban junto a mi puerta. Pero todas estas fantasías no eran lo suficientemente reales para distraer mi atención de aquello que tanto me preocupaba. Se me había encomendado la misión de vigilar, enseñar, «formar» a la pequeña Flora, de proporcionar los cimientos para una vida alegre y fructífera. La pequeña Flora estaba bajo mi tutela e incluso habíamos dispuesto que su cama se trasladaría a mi habitación. A pesar de la natural timidez de la niña —que ella misma me había admitido con un candor digno de aquellos angelitos que pintaba Rafael—, estaba absolutamente segura de que acabaría siendo, mi amiga. La propia señora Grose había sonreído al vernos a las dos sentadas, frente a frente, en la mesa a la hora de la cena, mi alumna en una silla alta y con el babero puesto, mirándome con ojos inquisitivos entre trago y trago de leche. Naturalmente había cosas sobre las que no podíamos hablar claramente en presencia de Flora, sino sólo por medio de rápidas alusiones.

—Y el niño... ¿Se parece a ella? ¿Es así de distinguido?

Habíamos decidido no adular a la niña en su presencia.

—Señorita, si esta niña le parece distinguida, el niño se lo parecerá *aún más*.

Y se quedó mirando a la niña con expresión complacida, mientras la niña a su vez nos miraba a nosotras sin ninguna malicia, con una luz celestial en sus ojos.

—Si esta criatura le gusta, estoy segura de que el muchacho *la* cautivará.

—De eso me quejo —repuse yo—: ¡De que a mí se me cautiva con mucha facilidad! —Y no pude dejar de añadir—: Sin ir más lejos, alguien me cautivó en Londres...

Pude observar la sorpresa pintada en la cara de la señora Grose.

—¿En la calle Harley?

—Efectivamente, en la calle Harley.

—Bien, mi querida señorita, sólo puedo asegurarle que no fue usted la primera... y tampoco será la última.

—Oh, pero si yo no me hago ilusiones. —Me reí—. Pero hablando de otra cosa, tengo entendido que mi alumno llega mañana, ¿no es así?

—Mañana, no, el viernes. Llegará en el mismo coche en el que usted llegó, acompañado del guardián del correo.

Entonces me atreví a sugerirle que podríamos, mi pequeña alumna y yo, esperar a mi nuevo alumno en el mismo lugar, la posada en el camino, en el que se me había recibido a mí. La señora Grose acogió esta sugerencia mía con tanto entusiasmo, que me parecía a mí que la buena señora estaba dispuesta a decir «amén» a todo lo que yo propusiera. ¡Pobre mujer, qué alegría más grande sentía de tenerme a su lado!

Al día siguiente tuve ocasión de pasearme a mis anchas y contemplar con detenimiento el lugar al que el destino me había llevado. Y debo confesar que al recorrer todas las salas, salones y dependencias que constituían la noble mansión, sentí, de nuevo, una ligera sensación de congoja mezclada, por qué no decirlo, con un cierto orgullo. Por un lado, la magnitud del lugar, la imponente mole en la que vivíamos, me causaba un gran respeto. Pero, al tiempo, parecía exhortarme a que cumpliera con mi deber. Pensé que mi primera obligación era conseguir, de la forma más delicada posible, que la niña se acercara a mí. Decidí que fuera ella misma la que me enseñara la casa. Naturalmente, a ella le encantó mi propuesta y así fue como me dejé conducir por ella de habitación en habitación, de secreto en secreto, mientras me contaba, con su delicioso parloteo, todas las anécdotas de la vieja mansión. Fue así como llegamos a intimar. Me sorprendió su valor, su confiado deambular por largos corredores, vacíos salones, tortuosas escaleras hasta llegar a la cima de una alta torre que me llegó a marear. Yo no hacía más que seguir sus pasos, conducida por la música de su voz. Debo confesar que no he vuelto a la mansión de Bly desde entonces y que si ahora regresara la vería con ojos diferentes, no me parecería tan imponente como entonces me pareció. Pero en aquellos momentos, mientras mi joven guía me llevaba arriba y abajo por toda la casa, tuve la impresión de que se trataba de un castillo de

ensueño, un castillo que parecía salido de las páginas de un cuento de hadas, y habitado además por un duendecillo vestido de color de rosa, que se complacía en enseñarme todos sus secretos. ¿Era realmente aquella mansión un castillo de hadas y estaba yo soñando? No, no era más que un viejo edificio apenas adaptado a las necesidades de la vida moderna, un caserón cuyos escasos habitantes se sentían tan perdidos como en las bodegas de un gran barco. ¡Y era yo la encargada de llevar el timón!

## II

Durante la segunda tarde de mi estancia en Bly se produjo un pequeño incidente que, sin embargo, me desconcertó profundamente. Ya he dicho que el primer día transcurrió de una forma muy apacible, pero al caer la tarde del segundo día la tranquilidad del ambiente se perturbó. El correo —que, por cierto, llegó tarde ese día— traía una carta dirigida a mí de puño y letra del caballero de Londres. Al abrirla, vi que se trataba de una pequeña misiva que a su vez acompañaba otro sobre en el interior. Decía lo siguiente: «Esta carta es del director de la escuela, según parece, y no estoy de humor para leerla. Prefiero que lo haga usted. Tome usted las decisiones que considere oportunas. Pero por favor no me consulte nada. Ni una palabra». Me costó trabajo romper el sello de la carta, tal era mi cuidado al abrirla, y no tuve valor para leerla hasta llegar a mi habitación para recogerme. Mejor habría esperado hasta el día siguiente, pues su lectura me proporcionó otra noche de insomnio. Al día siguiente mi tribulación era tan grande, que no tuve más remedio que buscar el consejo y el consuelo de la señora Grose.



—¿Qué significa esta carta? Parece que han expulsado al niño del colegio. La señora Grose me lanzó una mirada inquisitiva, pero al momento su rostro recobró la expresión de perplejidad que en él era habitual.

—¿Pero no se van todos...?

—¿De vacaciones? Sí, claro. Pero el caso de Miles es diferente. Es posible que Miles no vuelva al colegio.

Cuanto más la miraba, más se sonrojaba la señora Grose.

—¿No volverán a admitirlo?

—El director dice que no.

En ese momento levantó los ojos hacia mí y vi que estaban llenos de lágrimas.

—¿Pero qué es lo que ha hecho?

No supe contestarle. Le di la carta que tenía entre mis manos. Pero ella no la cogió. Con las manos detrás de la espalda movió tristemente la cabeza y me dijo:

—No, señorita, estas cosas no son para mí.

Al punto me di cuenta de mi error: ¡la buena señora no sabía leer! Tratando de encubrir mi falta, desdoblé la carta y leí precipitadamente su contenido. Al concluir, la guardé de nuevo en el bolsillo y le dije a la señora Grose:

—¿Es tan *malo* el muchacho como dice aquí?

Con los ojos llenos de lágrimas, me preguntó a su vez:

—¿Es eso lo que dice la carta?

—No hablan de nada en concreto. Sencillamente, se lamentan de no poder admitirlo para el nuevo curso. Y eso sólo puede significar una cosa... —La señora Grose me miraba con la máxima atención. Estaba pendiente de las palabras que mis labios iban a pronunciar—... que el señorito Miles es una persona indeseable.

Al oír esas palabras, el rostro de la señora Grose se llenó de cólera.

—¡El señorito Miles! ¿Él un indeseable?

Había tal indignación en sus palabras, que aunque yo aún no conocía al muchacho no pude menos de ponerme de parte de la buena señora y añadir sarcásticamente:

—Seguro que son sus mismos compañeros, tan inocentes ellos, los que le acusan.

—¡Pero es terrible decir cosas así —exclamó la señora Grose— de un niño, de una criatura que apenas ha cumplido los diez años!

—Sí, sí —le dije yo—; tampoco yo puedo dar crédito a mis ojos.

—Sólo le pido una cosa, señorita —me dijo con vehemencia la señora Grose—. Aguarde a conocer al niño antes de juzgarlo.

Desde aquel momento sentí una viva curiosidad por conocerlo. La señora Grose se percató del efecto que sus palabras habían producido en mí, de la desazón que en aquellos instantes sentía, y añadió:

—¡Pero si el niño y la niña son almas gemelas! ¡Mírela usted! ¡Fíjese usted bien en ella!

Me di la vuelta y, efectivamente, allí estaba Flora, contemplándonos desde la puerta entreabierta de la habitación. La pequeña Flora, a la que había dejado en su habitación copiando el abecedario, me miraba ahora con infantil candor y sus ojos traslucían la alegría de verme, el cariño que en aquellos pocos días yo había conseguido despertar en su alma. No necesitaba otras pruebas para convencerme de la verdad que encerraban las palabras de la señora Grose, y corriendo hacia la criatura la cogí en mis brazos, llenándola de besos y llorando amargas lágrimas de expiación.

Durante el resto del día procuré hacerme la encontradiza con el ama de llaves, para poder indagar más sobre los niños, pero la señora Grose no parecía interesada en reanudar nuestra conversación. Recuerdo que, en una ocasión, me la encontré en la escalera principal y que bajamos juntas, del brazo, mientras yo le decía:

—A juzgar por lo que usted me dijo antes, debo entender que el señorito Miles ha sido siempre un niño buenísimo, que no ha roto nunca un plato.

Ella echó la cabeza para atrás y me miró muy segura de sí misma:

—¡Yo nunca dije *eso*, señorita!

Su tono me molestó:

—¿Quiere usted decir que en alguna ocasión...?

—¿... me hizo alguna trastada? Pues, claro que sí, ¡gracias a Dios!

Respiré, aliviada:

—Ya veo que a usted le gusta que los niños...

—... sean niños... ¡Y que rompan muchos zapatos!

Apreté su brazo con más fuerza:

—¿Así es que le gustan a usted revoltosos? ¡A mí también! Pero no hasta el punto de ser un irresponsable, no hasta el punto de «contaminar», tal como dice en la carta, a sus compañeros...

—¿Contaminar, señorita? —Me miró con expresión de estupor.

—Contaminar quiere decir corromper —le expliqué yo.

Mi aclaración produjo una extraña risita en la señora Grose:

—¿Tiene miedo de que la corrompa a *usted*, señorita?

Su pregunta contenía un humor tan fino y descarado que no pude por menos de reír yo también.

Pero al día siguiente, al acercarse el momento de salir en el coche a recibir al señorito, le hice yo a mi vez esta pregunta:

—¿Cómo era la señorita que se ocupaba antes de los niños?

—¿Se refiere usted a la última institutriz? Bien, era una mujer joven y bonita, aunque ni tan joven ni tan bonita como usted, señorita.

—Estoy segura de que su juventud y su belleza la ayudaron a conseguir este trabajo... ¡Parece que le gustan jóvenes y guapas!

—¡*Justamente*, así es como le gustan a él! —Sus palabras quedaron en el aire y la señora Grose se llevó una mano a la boca—. Quiero decir... así es como le gustan a nuestro amo.

Yo estaba confundida:

—Pues, ¿de quién me hablaba usted antes?

Su cara había enrojecido.

—De *él*, naturalmente.

—¿Del amo?

—¿De quién iba a ser, si no?

No conocía en aquellos momentos a ninguna otra persona a la que se pudiera referir... Así es que decidí olvidarme del asunto y preguntarle algo que en aquellos momentos me preocupaba:

—¿Y no vio *ella* nada extraño en el chico?

—¿Extraño? A mí nunca me dijo nada.

—Y en cuanto a ella —me atreví a preguntarle—, ¿advirtió usted algo extraño en su persona?

—Alguna vez... pero, en fin, la otra señorita ya se fue y no tengo por costumbre contar chismes.

—La entiendo a usted perfectamente —me apresuré a contestarle. Pero al cabo de un momento volví otra vez a la carga—: Murió aquí, ¿no es cierto?

—No, señorita. Se marchó.

Algo había en la brevedad de la señora Grose que me pareció chocante. E insistí:

—Entonces, ¿se marchó a morir fuera?

La señora Grose miraba hacia el infinito a través de la ventana... Pero yo creía que estaba en el derecho de averiguar todo lo referente a la persona que me había precedido en la mansión de Bly.

—¿Quiere usted decir que enfermó y entonces se la llevaron a su casa?

—No enfermó, señorita, al menos mientras estuvo aquí. Después de un año de estar con nosotros regresó a su casa para pasar unas bien merecidas vacaciones... Durante su ausencia, fue sustituida por una niñera, que se ocupó temporalmente de los niños. Pero la señorita nunca volvió. Justamente cuando estaba esperando su regreso, el amo me comunicó que había muerto.

—Pero ¿de qué, si puede saberse?

—El amo nunca me lo dijo... Señorita —cortó la señora Grose—, le rogaría que me dejara continuar con mi trabajo.

### III

La afrenta que me hizo la señora Grose, al volverme de aquella forma la espalda, no enturbió nuestras relaciones. Nos encontramos de nuevo cuando regresaba de recoger al señorito Miles y entre nosotras surgió de nuevo la chispa de la amistad, convencidas como estábamos de que el niño era inocente de lo que decía la carta. Desde el primer momento en que lo vi, esperándome en la puerta de la misma posada a la que yo había llegado, me percaté al instante de que estaba hecho con el mismo molde de su hermana, que su presencia emanaba la misma pureza, la misma dulzura, que su figura estaba aureolada con el mismo misterioso resplandor que desde el primer momento advertí en Flora. La señora Grose ya me había alabado la belleza del muchacho, que parecía borrar con su mera presencia todas las cosas que le rodeaban. Lo que yo sentí al verlo fue algo que nunca había sentido en ningún otro niño: tenía su persona un aire sobrenatural, como si aquella criatura fuera capaz de transmitir amor a todos sus semejantes. Aun antes de conocerlo, su apariencia de bondad y dulzura parecían desmentir las horribles imputaciones que se le hacían en la carta. En cuanto llegué a Bly me dirigí al instante a la señora Grose para decirle que todo aquello me parecía muy grotesco.

Me comprendió en seguida.

—¿Quiere usted decir que la acusación...?

—Es totalmente falsa, mi querida amiga, ¡no hay más que *verlo!*

La señora Grose se sonrió ante mi pretensión de haber descubierto aquella alhaja:

—Le aseguro a usted que yo jamás perdí la confianza en el muchacho. ¿Y qué es lo que va a hacer usted ahora?

—¿Se refiere usted a la carta? —Yo ya lo había decidido de antemano—. No pienso mover un dedo.

—Pero algo le tendrá usted que decir a su tío.

—Ni una palabra —dije tajantemente.

—Y al niño, ¿qué le va usted a decir?

—Nada de nada —contesté yo con todo aplomo.

La señora Grose estaba visiblemente emocionada. Levantando el delantal que llevaba puesto, se dirigió hacia mí:

—¿Me permitiría usted, señorita, que me tome la libertad...?

—¿... de darme un abrazo? De ninguna manera. Soy yo misma la que quiero hacerlo.

Fue un abrazo de hermanas y las dos nos sentimos más unidas que nunca.

O, al menos, así me lo parecía a mí en aquellos momentos de cordialidad y euforia. Lo que ahora me asombra, al reflexionar sobre aquellos días, es la gravedad de la situación que tan alegremente había aceptado. Y sin embargo, mi compañera y yo nos habíamos comprometido a llegar juntas hasta el final y esta determinación parecía allanar cualquier obstáculo que pudiera surgir en nuestro camino. Me sentía en aquellos momentos elevada, transportada por una ola de entusiasmo, que me permitiría enfrentarme a cualquier contingencia. Tan ofuscada estaba, tan segura de mí misma, que estaba convencida, en mi ignorancia, de que la educación del niño que se me había encomendado sería plácida y risueña como un camino de rosas. Ni tan siquiera consigo recordar en estos momentos qué plan de estudios había preparado para mi alumno. Durante todo aquel encantador verano, sin duda, era yo la encargada de impartir mis enseñanzas al muchacho... y, en cambio, crecía en mí la sensación de que era yo misma la que estaba recibiendo lecciones. Aprendí algo nuevo para mí, algo que mi vida estrecha y sórdida de antes no me había permitido aprender. Aprendí que la enseñanza es un juego, un juego en el que participan por igual el profesor y el alumno. Y esta verdad me fue comunicada por el ambiente mismo que nos rodeaba, por la sensación de espacio y libertad en que la madre Naturaleza nos envolvía, por la dulce música de verano que todo lo llenaba. Había caído en una dulce trampa, una trampa que halagaba mis sentidos, que excitaba mi imaginación, que abanicaba mi vanidad. El trato de los niños era de una delicadeza tan exquisita, su educación era tan refinada y a la vez tan sencilla, me daban tan poco trabajo, que yo me hallaba en el mejor de los momentos, sin preocuparme de lo que el futuro pudiera traer. Aunque a veces cavilaba sobre el futuro de aquellas criaturas, sobre la manera en que la vida les iba a tratar. Sólo puedo decir que en aquellos momentos empezaban a florecer como dos rosas. Y que, como si fueran príncipes de sangre azul, mi imaginación los veía en el futuro viviendo en un palacio, rodeados de todas las pompas y lujos imaginables. O quizá sea que los acontecimientos que ocurrieron me hacen ver estos días como una perfecta calma de verano. La calma que precede al estallido de la tempestad.

Durante las primeras semanas los días eran largos, tan largos que tenía tiempo para todo. Después de haberles dado la cena a mis alumnos, después de haberlos acostado, el día se prolongaba aún y me daba tiempo de pasar un rato conmigo misma. Y estos momentos de soledad me resultaban más gratos aún que las horas que había pasado con mis dos encantadores pupilos. Era la hora del atardecer, el momento en el que el sol incendiaba el cielo de rojo y los pájaros en los árboles dejaban sentir sus últimos cantos. Era en aquellos momentos cuando yo más gozaba del lugar en el que me había tocado vivir, cuando al deambular por los amplios paseos que rodeaban la mansión sentía un íntimo e infantil orgullo, como si todo aquello que mis ojos contemplaban me perteneciera de verdad. En aquellos instantes, por qué no confesarlo, mi pensamiento se dirigía hacia la persona que me había situado en aquel lugar, le daba gracias por haberme llevado allí, le manifestaba mi deseo de haber sido digna de su confianza. Estaba cumpliendo, al fin y al cabo, al pie de la letra las instrucciones que él me había dado y el mero hecho de poder atestiguarlo me producía una enorme satisfacción. Algún día, pensaba yo, se me reconocerían mis méritos. Sentía una fe ciega en mí misma, en el trabajo que estaba realizando. Sin ella, no habría sabido hacer frente a los acontecimientos que, en aquellos momentos, estaban a punto de precipitarse.

Todo sucedió en una tarde de verano, en aquella hora en la que solía dar un paseo después de haber acostado a los niños. A menudo había deseado, mientras caminaba entre los árboles en aquellos paseos vespertinos, que se me apareciera una persona en el camino y que con una alegre sonrisa me indicara que lo *sabía* todo, que yo era una institutriz perfecta y que estaba orgullosa de mí. No pedía más. Sólo esta breve aparición de la persona a la que yo tanto admiraba, su rostro iluminado por una expresión benévola hacia mí. En aquella tarde del mes de junio, mientras daba mi habitual paseo por el parque, yo tenía en la mente aquel rostro tan querido por mí. De pronto, al llegar a un claro, a la vista ya de la vieja mansión, una sensación de terror paralizó todo mi cuerpo, al comprobar que aquella persona evocada por mi imaginación se había materializado en realidad. Efectivamente, allí estaba, en lo alto de una de las torres de la mansión, la misma a la que me había llevado la pequeña Flora el día de mi llegada. La mansión de Bly se veía flanqueada por dos reliquias del pasado, construidas sin duda en el período romántico, cuando se produjo un renacimiento de la arquitectura medieval. La pátina del tiempo había caído sobre ellas y había ennoblecido sus formas, su misma estructura por lo demás muy mediocre. De cualquier modo, yo las admiraba, al verlas siempre a lo lejos, agigantadas en la hora del crepúsculo.



La figura de aquel hombre, recortada en el cielo de la tarde, produjo en mí una doble sorpresa. La primera fue al verlo; la segunda, al comprobar que aquél no era el hombre que mi fantasía había evocado. Una sensación de profunda extrañeza se apoderó de mí, una sensación tal que al cabo de los años me cuesta olvidar. Después de algunos segundos pude comprobar que, efectivamente, aquella imagen no se correspondía con la del hombre de mis sueños ni con ninguna otra persona que yo hubiera visto en Harley Street ni con ningún ser que yo hubiera visto jamás. Aquella aparición parecía revestir la ya familiar mansión de Bly con una capa de misterio y oscuridad. Era como si la muerte misma nos hubiera visitado y aún puedo recordar el profundo silencio que se hizo en aquellos instantes. Los grajos que revoloteaban alrededor de las torres dejaron repentinamente de graznar, y la naturaleza misma que me rodeaba parecía haber perdido la voz. En medio de este silencio, los objetos parecían estar dotados de una gran luminosidad. Sus aristas se recortaban en el claro aire de la tarde. Así pude apreciar con toda nitidez al hombre que me miraba desde lo alto de la torre, enmarcado en sus contrafuertes. En unos instantes pasé revista a todas las personas que podían ser; pero que no eran. Nos mirábamos a través de la gran distancia que nos separaba con absoluta fijeza, y cuanto más lo miraba más me inquietaba su presencia, más me preguntaba sobre su persona.

Una de las preguntas que uno se hace después de haber vivido una experiencia semejante es el tiempo que duró. A esta pregunta sólo puedo contestar que fue el tiempo que tardé en ir evocando, y desechando, a todas aquellas personas que habían pasado por Bly, ninguna de las cuales se parecía ni remotamente al hombre de la torre. Y lo curioso es que este hombre parecía mirarme a mí con la misma intención, tratando de averiguar con la mirada que tenía clavada en mí quién era yo y de dónde había llegado. La distancia que nos separaba era demasiado grande como para haberlo llamado. Y sin embargo, en el silencio de la tarde, mientras sus ojos seguían fijos en mí, el hombre parecía desear una comunicación verbal. Se hallaba en uno de los ángulos de la torre, ambas manos apoyadas en el pretil. Lo veía tan claramente como puedo ver ahora las letras que escribo en esta página. Después de unos momentos de inmovilidad y sin dejar de mirarme se dirigió lentamente hacia el otro extremo de la plataforma de la torre en la que se encontraba. Mientras caminaba, sus ojos no se separaron de los míos, mientras su mano iba siguiendo la línea de la muralla. Se detuvo por última vez en una de las esquinas, giró lentamente y se fue retirando, sin que sus ojos

abandonaran ni por un momento los míos. Al fin, desapareció. Es todo cuanto puedo decir.

## IV

Permanecí petrificada de miedo durante algún tiempo en aquel lugar. ¿Acaso había en Bly algún secreto que yo desconocía, algún misterio como el de las románticas historias de Udolfo<sup>[2]</sup>, o quizás se trataba de algún familiar indeseable, confinado para siempre en la alta torre? No sé el tiempo que pasé en aquel lugar, alterada por tantos y tan confusos pensamientos. Sólo puedo asegurar que cuando, al fin, decidí volver a la mansión, la noche había caído sobre aquel lugar. Antes, estuve andando sin rumbo ni sentido, dando una y mil vueltas a las ideas que, en tropel de confusión, hervían en mi cabeza. Me sonrío al recordar ahora mi confusión en aquellos instantes ante un incidente que casi podríamos considerar trivial, si lo comparamos con todo lo que más adelante me habría de acaecer. Recuerdo que cuando por fin volví a la mansión vislumbré, al entrar en el *hall*, la figura de la señora Grose de pie, esperándome, y fue ella la que me devolvió a la realidad. Allí estaba la buena señora, rodeada de retratos y cortinajes, con una expresión en el rostro que bien a las claras me decía que me había echado en falta. Y recuerdo que al verla allí sentí el terror de la experiencia que había vivido y, a la vez, el deseo de ahorrarle a aquella bondadosa señora el sufrimiento que mis palabras le producirían. Mientras me miraba, algo se revolucionó dentro de mí. Así que, después de haberle dado un simple pretexto por mi tardanza y de haberme quejado de tener los pies mojados por la escarcha de la noche, me retiré a mi habitación sin más comentarios.

Durante los días que siguieron a este singular suceso me recluía a menudo en la soledad de mis habitaciones y pasaba largas horas de intensa meditación. Estaba obsesionada con el caballero de la torre, imaginándolo un ser extraño cuya mirada, sin embargo, había llegado hasta lo más profundo de mi ser. Una cosa resultaba meridianamente clara: después de observar, durante tres días, a todo el servicio doméstico de la mansión, estaba convencida de que nadie sabía nada y de que, en cualquier caso, no se trataba de alguna broma de mal gusto que alguno de ellos se había atrevido a hacerme. Estaba claro, por tanto, que algún extraño había penetrado en aquel lugar, posiblemente alguno

de esos viajeros curiosos que les gusta observar las viejas mansiones y que, al contemplar Bly, no había podido resistir la tentación de entrar en la casa y subir hasta su torre más alta. Su penetrante mirada revelaba justamente su falta de discreción. Todo esto hacía suponer, me repetía yo una y mil veces, que ya nunca volvería a ver a tan indeseable personaje.

Afortunadamente, las clases con mis dos encantadores alumnos alejaban de mi mente, durante la mayor parte del día, otras preocupaciones. Pensaba que cuanto más me entregara a mi trabajo menos tiempo tendría para mis cavilaciones. Pasaban los días y los negros pensamientos se iban alejando de mí. Cada vez disfrutaba más de la presencia de Flora y de Miles. Revivía con ellos los inocentes juegos del jardín de infancia, así como la viva curiosidad de los que aprenden las primeras letras. Cada día hacía con ellos nuevos descubrimientos, se me revelaban nuevas facetas de sus personalidades. ¡Qué placer es la enseñanza cuando se huye de la diaria rutina y cada instante proporciona nuevas sorpresas! Solamente había una región en la vida del pequeño Miles envuelta en una impenetrable oscuridad. Se trataba de los últimos días del curso y de su conducta en el colegio. No habíamos cruzado una sola palabra sobre este tema y, sin embargo, el chico, con su impecable conducta, había ya desmentido, para mí, las insinuaciones del director. Había llegado a la conclusión de que era un ser demasiado puro, de que estaba dotado de unas cualidades tan extensas que sin duda habían provocado la ira y la envidia de sus compañeros e incluso, ¿por qué no?, del propio director del colegio.

El trato de los niños era de una dulzura tal que, sin caer nunca en la cursilería, los hacía casi perfectos, por encima de toda reprimenda o castigo. Eran como querubines y, como tales, no había por donde cogerlos. Miles, en particular, me parecía un ser extraordinariamente sensible y a la vez extraordinariamente feliz. Cada día parecía ser totalmente nuevo para él, como si cada mañana renaciera de nuevo. No podía observar en él la menor huella de sufrimiento, como si nunca hubiera sido castigado, como si no tuviera la más pequeña falta que ocultar. Nunca jamás habló de su colegio, ni siquiera para hablarme de algún maestro o de algún compañero. Yo, por mi parte, nunca le pregunté por sus antiguos compañeros, tan asqueada estaba de su conducta. Vivía en aquellos momentos bajo el hechizo de su persona y lo más curioso es que yo misma me daba cuenta, aunque nada hacía por evitarlo. Era el remedio para todos mis problemas, el bálsamo para mis preocupaciones, y en aquellos momentos tenía más de una. Las noticias que recibía de mi casa eran desalentadoras... pero ¿qué me importaba el resto del

Universo si tenía aquellas dos criaturas junto a mí, si cada mañana podía verme reflejada en su belleza?

Volvamos a la historia... Cierta domingo lluvioso del mes de julio nos vimos impedidos de asistir al servicio matinal de la iglesia tal como solíamos hacer. En consecuencia, la señora Grose y yo decidimos aplazar la visita hasta la tarde, con la esperanza de que el tiempo mejorara. Y efectivamente, en cuanto dejó de llover, me preparé para el largo paseo que habría de conducirnos a través del parque hasta la iglesia. Antes de salir, nos sentamos a tomar el té con los niños, que el domingo se servía, para hacer una excepción, en el comedor de los «mayores», aquel templo ennoblecido por la caoba y el bronce de sus muebles y candelabros. Recuerdo que había dejado olvidados unos guantes en una silla junto a la ventana y que me levanté de la mesa para recogerlos. Era un día gris y sin embargo la luz plateada del atardecer daba una gran nitidez a los objetos. Percibí claramente los guantes encima de la silla y, al levantar la vista y mirar a través de la ventana, percibí con igual claridad la presencia de una persona que desde el otro lado me estaba observando. Al instante supe que se trataba de la misma persona que se me había aparecido antes. Tan cercana estaba en esta ocasión su persona a la mía, que sentí que la sangre se me helaba. Era la misma imagen de antes aunque mucho más inmediata; también ahora le contemplaba de medio cuerpo, ya que el marco de la ventana le guillotina las piernas. Su rostro se aplastaba contra el cristal y me sorprendió constatar que sus facciones me eran ya familiares, a pesar de la distancia que nos separaba en la primera ocasión que nos vimos. Permaneció allí unos segundos..., los suficientes para saber que él también me había visto a mí y que también me había reconocido. Fueron sólo unos segundos, pero me hizo el efecto de que le había estado mirando toda la vida. De pronto, ocurrió algo novedoso, algo que no se había producido en la otra ocasión y que me produjo un profundo escalofrío: su mirada intensa y penetrante dejó de fijarse en mí y durante algunos instantes recorrió la habitación en la que nos hallábamos. Tuve entonces la certeza de que no era yo la persona que le interesaba, que era otra la persona a la que buscaba con su mirada.



Esta profunda intuición —porque de eso se trataba— me hizo reaccionar con coraje y valentía, consiguió extirpar el miedo que se había apoderado de mí. Salí como un rayo por la puerta del comedor, llegué a la puerta principal, corrí por la avenida del jardín hasta el punto donde él se encontraba. O, mejor dicho, donde no se encontraba... porque había desaparecido. Debo confesar que en aquel momento respiré aliviada. Mis ojos recorrieron la terraza, el césped y el jardín hasta llegar al parque. Podía distinguir los matorrales y los grandes árboles... pero tenía la absoluta certeza de que nada ni nadie se escondía tras ellos. Una gran sensación de vacío llenaba el paisaje que mis ojos contemplaban. Su persona se imponía a mí de una forma total, y tan total era su presencia como su ausencia. Entonces, impulsada por no sé qué secretos e instintos, me acerqué a la ventana y aplasté mi cara contra el cristal, tal como él lo había hecho antes. En aquel momento, tal como había ocurrido cuando él me miraba, la señora Grose entró en la habitación y pude percatarme del efecto que mi rostro producía en ella. Ella me veía tal como yo había visto al visitante. Vi cómo se paraba, tal como yo había hecho, y cómo su rostro se volvía del color de la cera, tal como, sin duda, me sucedió a mí. Me miró intensamente durante algunos instantes, tal como yo había hecho antes y, al igual que yo, dio media vuelta para salir corriendo y dirigirse al lugar donde yo me encontraba. Mientras esperaba su llegada varios pensamientos cruzaron mi mente, pero sólo uno de ellos permaneció en ella: ¿Por qué razón se había asustado tanto la señora Grose al verme?

## V

Tan pronto como apareció, doblando la esquina de la casa y jadeando visiblemente, me hizo la pregunta que yo ya esperaba:

—¿Se puede saber qué demonios le pasa a usted?

La miré, haciéndome la inocente, y repuse:

—¿A mí? ¿Y qué es lo que me iba a pasar?

—Tiene usted la cara más blanca que un papel... Vamos, que da miedo mirarla.

Reflexioné. Podía seguir haciéndome la inocente y evitar así el mal trago que le iba a dar a la señora Grose, pero decidí que había llegado el momento de la verdad. Tomé su mano entre las mías y le dije con toda dulzura:

—Si ha venido usted a buscarme para ir a la iglesia, debo decirle que me será imposible.

—¿Acaso ha ocurrido algo?

—Sí, y ya es hora de que lo sepa. ¿Qué aspecto tenía cuando me vio usted por la ventana?

—¡Me ha dado usted un susto de muerte!

—Pues a mí también me lo han dado —los ojos de la señora Grose expresaban muy a las claras que no tenía ningún deseo de ser cómplice de mi secreto..., pero era demasiado tarde para volverse atrás—. Lo que usted acaba de ver por la ventana del comedor no es nada comparado con lo que yo vi, por la misma ventana, hacía sólo algunos minutos.

Su mano apretaba la mía con fuerza.

—¿Y qué es lo que vio?

—Vi a un hombre. Un hombre muy extraño. Un hombre muy extraño que me estaba mirando.



—¿Y quién era?

—No tengo ni la más remota idea.

Los ojos de la señora Grose se extraviaron por todo aquel lugar.

—¿Y dónde se ha metido?

—No lo sé.

—¿Es la primera vez que lo ve usted?

—No, la segunda. La otra vez lo vi en la vieja torre. Me miraba cada vez con más intensidad.

—¿Quiere usted decirme que se trata de un extraño?

—Sí, desde luego.

—¿Y por qué no me lo dijo antes?



—Tenía mis razones... Pero ya que usted lo ha adivinado...

—Yo no he adivinado nada —me replicó la señora Grose—. ¿No puede *usted* imaginarse de quién se trata?

—No tengo ni idea.

—¿Y dice usted que lo ha visto en la torre?

—En la torre y en este lugar donde ahora nos encontramos.

Los ojos de la señora Grose se encendieron de curiosidad.

—Y ¿qué es lo que estaba haciendo en la torre?

—Nada. Estaba apoyado en el pretil y me miraba intensamente.

Después de reflexionar un momento, me preguntó:

—¿Se trataba de un caballero?

—No —me sorprendí contestándole de inmediato, como si no tuviera necesidad de pensarlo—. Desde luego que no.

—Entonces, ¿no era nadie del lugar? ¿No era nadie del pueblo?

—No. Y le puedo asegurar que lo he comprobado escrupulosamente.

Al oír esto la señora Grose dio un suspiro de alivio. Pero pronto su rostro volvió a contraerse:

—Pero, entonces, si no es un caballero...

—¿Quién *es*?

—Un monstruo.

—¿Un monstruo?

—¡Dios sabe *lo que* puede ser!

La atención de la señora Grose parecía distraerse de nuevo. Sus ojos vagaban por los alrededores hasta que de pronto fijó su mirada en mí y me dijo sin venir a cuento:

—Es hora de ir a la iglesia.

—¡No estoy para iglesias, señora Grose!

—¿No le serenaría los ánimos?

—Los míos, sí; pero no los de los niños.

—¿Los niños?

—No puedo abandonarlos en este momento.

—¿Acaso tiene miedo...?

—Sí —dije con firmeza—. Tengo miedo de *él*.

En aquel momento pude apreciar en el rostro de la señora Grose algo que no había notado antes. Y ello fue una especie de luz que iluminó sus ojos, como si su intelecto hubiera alcanzado una más alta cota de comprensión en todo este oscuro y misterioso asunto. Su actitud, que hasta aquel momento

había sido muy reticente, cambió radicalmente, y la buena señora empezó a mostrar un vivo interés en el tema:

—¿Cuándo dice usted que lo vio por primera vez?

—Fue a mediados de este mes y a esta misma hora.

—¿Había oscurecido?

—No, aún era de día. Yo lo vi a él tan claramente como la estoy viendo a usted ahora.

—¿Y cómo consiguió entrar?

—¿Que cómo consiguió entrar? —Me reí sin querer—. Lo siento, señora Grose, pero no tuve ocasión de preguntárselo... y además, ya ve usted que esta tarde no lo ha conseguido y ha tenido que permanecer fuera de la casa.

—¿Acaso nos está espiando?

—¡Ojalá fuera sólo eso! —conseguí desasirme de su mano, que aún conservaba entre las mías, y le dije en tono reposado—: ¡Vaya usted a la iglesia señora Grose, que yo me quedaré vigilando!

De nuevo me miró intensamente.

—Teme que les pase algo a ellos, ¿verdad?

—¿Y *usted* no? —repliqué yo con aplomo. En vez de contestarme se dirigió a la ventana y mirando a través del cristal dijo pensativamente:

—Usted vio lo mismo que él.

Después, volviéndose hacia mí me preguntó:

—¿Cuánto tiempo permaneció aquí?

—Hasta que salí yo. Hasta que salí a buscarlo.

—Nunca *me* hubiera atrevido...

—¡Ni yo tampoco! —exclamé—. Pero lo hice. Me pareció que era mi deber.

—¿Podría usted describírmelo?

—Es lo que he intentado hacer..., pero no se parece a nadie que conozca.

—¿A nadie? —Su voz parecía un eco de la mía.

—Para empezar, no lleva sombrero —y fui añadiendo detalles hasta completar el cuadro—: Es pelirrojo, muy pelirrojo. Y de pelo muy rizado. Su rostro es alargado, de nobles facciones y con un bigote ralo tan rojo como su pelo. Sus cejas son más oscuras y parecen tener una gran movilidad, arqueándose a menudo. Sus ojos, pequeños e inquisitivos, me paralizan cada vez que se fijan en los míos. Su boca es grande, pero sus labios son muy finos y su sonrisa se acentúa con su bigote. Hay algo en su figura que me recuerda a la de un actor.

—¡Un actor! —exclamó sorprendida la señora Grose.

—Conste que yo no he visto ninguno —aclaré yo—. Pero me los imagino... Es alto, atractivo y bien dispuesto, pero hay algo en él que me revela que no es un caballero.

A medida que completaba la descripción del personaje podía observar cómo el rostro de la señora Grose iba palideciendo.

—¿Un caballero? —dijo casi sin respirar—. ¿Cómo quiere usted que él sea caballero?

—Entonces... ¿lo conoce usted?

La señora Grose trataba, en vano, de dominarse:

—Caballero no es..., pero sí que bien parecido...

—Muy bien parecido —corroboré yo, animándola a que siguiera.

—... y vestido con mucha elegancia, ¿verdad?

—Desde luego —afirmé yo—. Pero se nota que la ropa no es suya.

La señora Grose no pudo contenerse ni por un momento más, y estalló indignada:

—¡Como que es la del amo!

—¡Dígame, por Dios, de *quién* se trata!

—¿Es que aún no lo ha adivinado? ¡Es el señor Quint!

—¿Quint? ¿Y quién es Quint?

—Peter Quint, ¡el hombre de confianza, el ayuda de cámara del amo mientras estuvo en Bly!

—¿Mientras el amo estuvo aquí?

La señora Grose aún jadeaba, pero contestaba con más aplomo:

—El amo y el señor Quint estuvieron aquí el año pasado. Después el amo se marchó, pero el señor Quint se quedó con nosotros... Nunca se atrevió a llevar su sombrero..., pero después echamos en falta chalecos y otras prendas de nuestro amo.

—¿Dice usted que se quedó solo con ustedes?

—Se quedó como encargado de la finca —dijo la señora Grose, con un largo suspiro.

—¿Y qué fue de él?

—También se marchó —respondió la señora Grose con voz enigmática.

—¿Marchó? ¿A dónde?

—Eso sólo Dios lo sabe —la cara de la señora Grose se había transfigurado—. El señor Quint pasó a mejor vida.

—¿Muerto? —grité aterrada.

Ella, en cambio, parecía haber recobrado su compostura:

—Sí —dijo—, el señor Quint está muerto.

## VI

A partir de aquel momento nos habíamos de enfrentar en múltiples ocasiones a las mismas o parecidas circunstancias. Una y otra vez mi extraordinaria sensibilidad habría de proporcionarme aquellos encuentros... y una y otra vez la buena señora reaccionaría de la misma forma, expresando a un tiempo su consternación y su compasión hacia mi persona. Aquella tarde, desde luego, no asistimos a ninguna ceremonia religiosa, sino que organizamos la nuestra propia, hecha de ruegos y oraciones, lágrimas y promesas, que nos hacíamos la una a la otra en la habitación en la que nos habíamos encerrado. Era preciso descargar nuestras conciencias hasta la última gota para que nuestra confianza fuera total. La señora Grose aseguraba que ella no había visto nada, ni la sombra de una sombra. Y sin embargo, la buena señora no había pestañeado en ningún momento al oír mi relato ni se había preguntado si yo estaba en mi sano juicio. Al contrario, me trataba con la más absoluta comprensión y dulzura. El recuerdo de su caritativo comportamiento en aquellos momentos me acompañará hasta el día de la muerte.

El pacto que aquella tarde hicimos las dos fue que ambas compartiríamos la pesada carga que se nos había venido encima. Yo sabía perfectamente hasta qué extremos estaba dispuesta a llegar para defender a las pobres criaturas que tenía bajo mi custodia. Pero lo que entonces aún no conocía era la entereza de mi compañera de fatigas. Era una relación muy extraña, tan extraña como aquellos acontecimientos que habían sucedido en los últimos días y, sin embargo, la confianza, un tanto ciega, que en aquellos momentos sentía por la señora Grose me sacó de la postración en que me hallaba sumida, levantó mi espíritu y lo liberó de los grilletes del miedo que lo tenían aprisionado. Podía por fin respirar aire puro y contaba con la señora Grose para sostener mi ánimo. Recuerdo perfectamente la manera como aquella noche nos separamos, después de haber repasado una y otra vez cada uno de los acontecimientos de los últimos días.

—¿Dice usted —me preguntó la buena señora— que buscaba a alguien que no era usted?

—Buscaba al señorito Miles —en aquel momento todo me parecía de una claridad meridiana—. Era al niño a *quien* buscaba.

—¿Y cómo lo sabe?

—¡Lo sé porque lo sé! —Yo estaba cada vez más exaltada—. ¡Y *usted* también lo sabe, mi querida señora!

En vez de negarlo ella volvió a preguntarme:

—¿Y qué pasaría si *lo* viera?

—¡Esto es justamente lo que quiere! ¡Verlo!

Parecía muy asustada cuando me preguntó:

—¿El niño quiere verlo a él?

—¡Dios nos libre! Es él el que quiere ver a *los niños*.

En aquellos momentos yo tenía la absoluta certeza de que muy pronto volvería a ver al misterioso personaje. Pero estaba dispuesta a ofrecerme a él como víctima expiatoria, a sacrificarme en favor de todas las personas que vivían en aquella casa y en especial en favor de las tiernas criaturas que el destino había puesto bajo mi cuidado. Y recuerdo muy bien lo que le pregunté aquella noche a la señora Grose antes de retirarme.

—¿Cómo es posible —le dije a ella— que mis alumnos nunca me hayan hablado de él?

Me miró con firmeza y dijo:

—¿Nunca le han hablado de la época en la que él estuvo aquí?

—Ni tampoco de su nombre, ni de su aspecto, ni de su vida. ¡Jamás me han dicho una sola palabra de él!

—Sin duda la señorita no lo recuerda —replicó la señora Grose—. Era demasiado pequeña para enterarse...

—¿De las circunstancias de su muerte? —Me quedé unos minutos pensando—. Quizás fuera así..., pero estoy segura de que el señorito Miles lo recuerda muy bien. Miles debe de saberlo todo.

—¡Señorita, por lo que más quiera —exclamó la señora Grose—, no lo ponga a prueba!

Miré compasivamente a la señora Grose.

—No pase usted cuidado —le dije. Pero no pude evitar añadir—: Y sin embargo, todo esto muy raro.

—¿Le parece a usted extraño que nunca haya hablado de él?

—¡Me dice usted que eran grandes amigos... y luego resulta que jamás lo nombra!

—Pero no fue culpa *suya* —me interrumpió la señora Grose con firmeza—. Todo esto era cosa del señor Quint..., era Quint el que lo enredaba en sus

juegos, el que lo malcriaba —se detuvo un instante; luego añadió—: El señor Quint era demasiado atrevido.

Una irreprimible náusea se apoderó de mí al evocar el rostro del difunto señor Quint:

—¿Quiere usted decir que abusaba de *mi* niño?

—¡Abusaba de él y de todo el mundo!

La señora Grose debía de referirse a los miembros del servicio doméstico, a la media docena de criadas y servidores que componían el personal de la mansión. Y, sin embargo, la mansión de Bly no parecía envuelta en ningún escándalo; ningún rumor, ninguna leyenda desagradable había llegado hasta mis oídos. Su buen nombre parecía firmemente cimentado. Por tanto, lo que la señora Grose me estaba diciendo era algo muy íntimo y personal. Y quise sonsacar de ella toda la información posible y, al filo de la medianoche, cuando ya había puesto la mano en la puerta para retirarse, la acorralé de nuevo:

—Por lo que usted me cuenta, el señor Quint debió de ser un sujeto repulsivo.

—Sí, pero no todo el mundo lo sabía... ¡Mi amo estaba en la inopia!

—¿Y usted nunca se lo dijo?

—No le gustaba que le fueran contando chismes. Tenía muy poca paciencia con la gente que le murmuraba a sus oídos. Si a *él* le caía bien una persona...

—¿No quería saber nada más?

Todo ello coincidía con la imagen que yo tenía del amo. Era un caballero que huía de toda situación violenta. Que, sin duda, aceptaba la amistad de otras personas sin preocuparse de quiénes eran. De todas maneras, insistí:

—Yo, por lo menos, se lo hubiera dicho.

Ella aceptó mi reproche:

—Es posible que me equivocara..., pero tenga usted en cuenta que yo tenía mucho miedo.

—¿De qué, si puede saberse?

—De él y de todo lo que me podía hacer. Quint era listo..., tan listo, que daba miedo.

—¿Y no tenía miedo de otras cosas? ¿No le asustaban...?

—¿... los niños? —concluyó ella, con la angustia reflejada en su rostro.

—¡Las vidas de esas pobres e inocentes criaturas! —exclamé yo—. Al fin y al cabo estaban a su cuidado.

—¡Se equivoca, señorita, no lo estaban! —me cortó con vehemencia—. El amo, que lo apreciaba mucho, lo mandó aquí para reponerse de una enfermedad, diciéndole que el aire del campo le sentaría bien. Así es que era él el que estaba al cuidado de todo, incluso —añadió, mirándome intensamente— al cuidado de *los niños*.

—¿Quiere usted decirme que esa bestia...? —Tuve que reprimir un grito de ira—. ¿Y usted lo consentía? ¿Cómo pudo soportarlo?

—¡No pude, no pude! —gritaba la pobre mujer—. ¡No pude entonces, ni puedo ahora!

En el transcurso de la siguiente semana volvimos una y mil veces al mismo tema y cuanto más volvíamos a él, más me convencía de que la señora Grose me ocultaba algo. Después de darle vueltas al asunto en una larga noche de insomnio, llegué al convencimiento de que era el miedo, casi diría el pánico, lo que impedía a la señora Grose franquearse conmigo. La llegada de Peter Quint había instaurado el reino del terror en la mansión de Bly. La estancia de tan siniestra figura en la noble mansión se prolongó durante varios meses y era difícil saber lo que allí había ocurrido. Yo sólo conocía con certeza el final de la historia, el momento en el que un pobre campesino halló el cadáver de Peter Quint en un crudo amanecer de invierno. Parece ser que Peter Quint había estado bebiendo en la taberna la noche anterior y que al salir, en estado de profunda ebriedad, tomó un camino equivocado y resbaló por una pendiente helada. Su muerte se produjo, sin duda, al golpearse la cabeza contra unas piedras, ya que se le apreció una profunda herida en la cabeza. Pero este accidente que puso fin a su vida no me aclaraba nada sobre ella, nada o muy poco sabía sobre su personalidad, y únicamente sospechaba su proclividad al vicio que se manifestaba en su vida desordenada y en su equivocada conducta.



Es difícil decir con palabras el estado de ánimo en el que yo me encontraba en aquellos días. En medio de tantas y tan grandes dificultades y peligros, sentía una viva llamada hacia el heroísmo. ¡Tenía necesidad de triunfar en aquello en que otras habían fracasado! ¡Y era preciso que él, mi caballero de Londres, contemplara el momento de mi victoria! Gracias a este coraje, a esta necesidad que sentía de triunfar a cualquier precio, pude resistir aquellos días sin venirme abajo. Cuanto más acechaba el peligro, más fuerte sentía la necesidad de proteger a aquellas inocentes criaturas, cuya custodia se me había encomendado. Tan indefensas estaban, que sólo con mi valor podían contar... ¡Y yo con su cariño! Yo era como una suerte de pantalla que los protegía, que conjuraba para sí todo el peligro, que los mantenía a ellos alejados e inconscientes de la terrible presencia que a cada minuto los amenazaba. ¡Cuanto más vean mis ojos, me decía a mí misma, menos verán los suyos! Y así los vigilaba día y noche en un estado de tensión constante, que sin duda me habría conducido hasta la locura si se hubiera prolongado mucho tiempo. Pero esta incertidumbre no duró mucho. Los acontecimientos se encargaron de disiparla, sustituyéndola por hechos reales, pero tan horribles, que hubiera preferido quedarme en la incertidumbre misma.

Todo ocurrió una tarde de verano cuando paseaba por el parque en compañía del más joven de mis alumnos. Miles se había quedado en casa leyendo, lo cual no dejó de agradarme, teniendo en cuenta que era un chico cuyo único defecto era un cierto nerviosismo. La niña, por el contrario, prefirió salir a pasear y así estuvimos durante media hora paseando por el parque, buscando la sombra de los árboles, en un día excepcionalmente caluroso. Mientras andábamos, pensaba en esa costumbre tan suya —como de su hermano— de acompañarme sin molestarme, de estar junto a mí pero sin echárseme encima. Como si no quisieran molestarme con su presencia. Más que cuidarlos a ellos, parecían ser ellos los que me cuidaban a mí. Yo vivía en el mundo de su imaginación, representando un papel que ellos me habían asignado en sus juegos. Los niños jugaban alrededor de mi persona y yo sólo era su punto de referencia. No recuerdo el papel que, en aquella ocasión, me había asignado la pequeña Flora. Quizás el de una noble dama de la alta sociedad... Nos hallábamos en el borde mismo del lago y, como en aquellos momentos estábamos dando geografía universal, el lago se había convertido en el mar de Azof...

De pronto, me percaté de que alguien nos miraba desde la otra orilla del mar de Azof. Yo estaba sentada en un banco de piedra junto al lago y me entretenía haciendo punto. Antes de levantar la vista de la labor yo ya tenía la

profunda convicción de que alguien nos estaba observando. Su presencia había llegado a mí con la imaginación mucho antes que con la vista. Mis ojos se concentraban en la labor. Mientras, mi espíritu se preparaba ya para aquello que con toda certeza había de venir. Cuando por fin levanté los ojos pude ver, a través de la calina que el sol de la tarde había esparcido por el lago, la figura de un extraño en la otra orilla. Recuerdo que intenté serenarme, que hice un esfuerzo para convencerme a mí misma de que podía tratarse de cualquier persona que hubiera llegado del pueblo. El cartero, quizás, o cualquier mozo que llevara algún recado. Pero en el fondo sabía que no lo era, que su presencia, que tan natural hubiera podido aparecer, no tenía nada de natural.

Antes de cerciorarme de la misteriosa presencia, antes de identificar a la aparición sobrenatural que desde el otro lado del lago nos contemplaba, mis ojos se fijaron en la pequeña Flora, que en aquellos momentos jugaba a pocos pasos de donde yo me encontraba. Tenía el corazón en la boca mientras esperaba, aguantando la respiración, el momento en que la niña se percatara de la monstruosa presencia. Esperaba un grito de terror o cualquier otra expresión de miedo o de angustia que me revelara que ella también la había visto..., pero nada de esto sucedió. Sucedió algo mucho peor, peor que cualquiera de los extraños sucesos que hasta aquel momento habían acaecido. Lo primero que pude observar en la pequeña es que ya no me dirigía la palabra, que se había encerrado en un silencio hermético. Lo segundo que hizo fue volverse, de una forma muy consciente, de espaldas al lago. Y lo tercero fue coger del suelo, también de forma muy deliberada, un pedazo de madera que tenía un agujero en el centro. Con la ayuda de un palito pretendía hacerse una barca. Parecía totalmente concentrada en lo que estaba haciendo, como si quisiera desviar su atención y la mía de otras atenciones... Un escalofrío de terror recorrió todo mi cuerpo, hasta que al fin, sobreponiéndome, tuve el valor de levantar los ojos para hacer frente a la aparición que desde el otro del lago nos amenazaba con su presencia.

## VII

Abordé a la señora Grose tan pronto como pude encontrarla.

—¡Es terrible, señora Grose, terrible! —le decía mientras lloriqueaba en sus brazos—. ¡Pero lo *saben* todo! ¡Todo!

—¿Qué es lo que saben? —La señora Grose me miraba con incredulidad.

—Saben todo lo que *nosotras* sabemos. ¡Y sabe Dios cuántas cosas más!

Poco a poco, mientras me desprendía de sus brazos, pude reunir el valor suficiente para decirle:

—Hace apenas dos horas... en el jardín... la pequeña Flora... —apenas podía articular las palabras—... lo *vio* todo.

Mis palabras fueron como un golpe bajo para la buena señora. Su rostro se encrespó al preguntarme:

—¿Acaso se lo ha dicho?

—Ni una palabra... ¡De eso me quejo! Una criatura que apenas tiene ocho años ¡y ya ha aprendido a disimular!

Ni yo misma podía dar crédito a lo que estaba diciendo.

La señora Grose estaba cada vez más asombrada.

—Si no se lo ha dicho, ¿cómo es que usted lo sabe?

—Porque lo vi con mis propios ojos..., vi cómo ella se daba cuenta...

—¿Se daba cuenta de la presencia de...?

—No era él... ¡Era *ella*! —Durante unos instantes pude observar el impacto que mis palabras habían causado en el rostro de mi interlocutora. Proseguí—: En esta ocasión se trataba de otra persona, una persona tan maldita, eso sí, como el señor Quint... Se trataba de una mujer vestida de negro que, con una expresión de tétrica desolación, me contemplaba desde la otra orilla del lago. Yo estaba paseando con la niña por el parque en la hora más encalmada de la tarde. Y he aquí que de pronto, a través de la neblina del lago, llegó ella.

—¿Llegó? ¿De dónde?

—Del lugar de donde todos ellos vienen... Sencillamente, se materializó ante mi vista.

—¿Y no se acercó?

—Permaneció al otro lado del lago... ¡Pero yo la sentía tan cerca, tan cerca como la siento a usted ahora!

Mis palabras debieron impresionar a la buena señora porque se retiró de mí dando un paso atrás, antes de preguntarme:

—¿Era alguien que usted conocía?

—No... ¡pero *usted* sí! —Y abalanzándome casi sobre la señora Grose, cogiéndola por los hombros, exclamé—: ¡Era la institutriz! ¡La institutriz que murió el año pasado!

—¿La señorita Jessel? —Apenas consiguió articular la pobre señora.

—La misma. No me cree usted, ¿verdad?

Tan asustada estaba la buena señora que no se atrevía a mirarme a los ojos.

—¿Cómo puede usted estar tan segura?

Debo confesar que en aquel momento me impacienté con la señora Grose.

—Si a mí no me cree, ¿por qué no se lo pregunta a Flora? —Pero en seguida me arrepentí de haber pronunciado aquellas palabras—: ¡No, por Dios, no lo *haga*! ¡Porque ella lo negaría, le diría que miento!

—¿Cómo puede usted *decir* eso?

—Porque estoy convencida de que Flora no quiere que yo lo sepa.

—Será simplemente para protegerla a usted.

—No, no; no es tan fácil como eso... Cuantas más vueltas le doy, más claro lo veo todo. Y cuanto más claro lo veo todo, más aterrorizada estoy.

La señora Grose apenas podía seguirme.

—¿Quiere usted decir que tiene miedo de volver a verla?

—¡Oh, no! Eso es lo de menos —y continué—: Al contrario, lo que ahora me asusta es *no* poder verla.

Mi amiga parecía totalmente confundida.

—No entiendo una palabra.

—¡Pero si está muy claro! Lo que pretendo es que la niña continúe fingiendo sin que sepa que yo la estoy observando.

Durante unos momentos la señora Grose pareció hundirse totalmente. Pero, sin duda, el miedo a los peligros que nos acechaban la hizo reaccionar.

—¡Señor, Señor, danos fuerzas para conservar la serenidad en estos momentos! —Y después, volviéndose a mí, me dijo—: Nunca se sabe con los niños... ¡A lo mejor le gusta lo que está viendo!

—No hablará usted en serio... ¡Cómo puede gustarle *esa* monstruosidad!

—¿Y no le parece a usted —me replicó valientemente la señora Grose— que ésa es la mejor prueba de su bendita inocencia?

Por unos momentos consiguió convencerme.

—¡Dios quiera que tenga usted razón! Ésa es nuestra esperanza, nuestra tabla de salvación, y debemos aferrarnos a *ella*. Porque, desde luego, ¡la mujer es un espanto!

Durante unos momentos la señora Grose bajó la vista. Después, al levantarla, me preguntó:

—¿Cómo supo usted que era ella?

—Usted misma parece admitirlo.

—Pero dígame cómo lo supo.

—Lo supe en el momento mismo en que la vi. No podía ser otra persona.

—Lo supo por la manera como la miraba a usted ¿no es así?

—A mí... no, no, por Dios..., eso no me hubiera importado. Era la manera como miraba a la niña.

—¿Y cómo la miraba?

—Con una mirada perversa.

—¿Perversa, dice usted?

—Peor aún... Sus ojos brillaban con una determinación, como si tuviera la intención...

El rostro de la señora Grose había palidecido.

—... la firme intención de apoderarse de ella. —La pobre señora Grose temblaba mientras sé acercaba a la ventana para espiar lo que pudiera venir de fuera. Aproveché el momento para asestar el mazazo final—: Y eso es justamente lo que sabe la pequeña Flora.

Un escalofrío de terror pareció sacudir el cuerpo de la señora Grose. Después, volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Dice usted que la persona en cuestión iba vestida de negro?

—Parecía ir de luto, con un vestido bastante deshilachado por cierto..., pero sí, hay que reconocer que su rostro era de una extraordinaria belleza... —Al escuchar mis palabras, la señora Grose daba muestras de asentir a todo lo que yo decía, como si al fin diera crédito a todo lo que yo le había contado—. Sí, sí —insistía yo—, de una gran belleza..., pero una belleza maldita.

—¡Maldita, maldita! —exclamó la señora Grose, y, tomándome de la mano, como para dar más fuerza aún a sus palabras, dijo por fin, con reconcentrada ira—: ¡Los dos eran seres malditos!



La confesión pareció descargar la conciencia de la buena señora, y las dos nos contemplábamos como si al fin todas las barreras que hubiera podido haber entre nosotras hubieran desaparecido.

Pensé que habría llegado el momento de que se sincerara conmigo, de que abriera su corazón al mío. Así es que comencé a decirle:

—Comprendo muy bien los reparos que usted haya podido tener para no contarme todo lo que sabía sobre este caso —ella parecía asentir en el más absoluto silencio—, pero creo que ha llegado el momento de que me cuente toda la verdad. ¿De qué murió la señorita Jessel? ¿Había algo entre ella y el señor Quint?

—¿Algo? Había mucho..., lo había todo.

—¿A pesar de la diferencia...?

—¿... de clase y condición? Efectivamente, ella era una dama... y él, tan inferior a ella...

No me pareció oportuno proseguir esta conversación con una persona cuya procedencia era también de las clases más humildes... Así es que preferí hablar de él, de ese hombre misterioso, astuto, maligno y depravado que había sido el ayuda de cámara de nuestro amo:

—Ese hombre debía de ser un perfecto canalla.

La señora Grose meditó un momento.

—Nunca vi otro igual. Hizo siempre lo que quiso.

—¿Con *ella*?

—Con ella y con todo el mundo.

Los ojos de la señora Grose parecían ahora evocar la fascinante figura de la antigua institutriz. Yo también parecía recordarla con la misma fidelidad con la que mis ojos la habían visto al otro lado del lago. Por eso me vi obligada a decir:

—No le eche usted toda la culpa a él.

—Pobre mujer —asintió la señora Grose—. ¡Bien lo pagó después!

—¿Puede usted decirme de qué murió?

—Nunca lo supe..., preferí no saberlo. Sólo daba gracias al cielo de que ocurrió cuando ella estaba lejos de aquí.

—¿Tiene idea de por qué se marchó?

—Se fue... porque no podía permanecer ni un momento más en este lugar. ¡Imagínese! ¡Una institutriz comportándose de aquella forma! Lo que ocurrió después ya no lo sé..., sólo me lo imagino. Y me imagino lo peor.

—No puede ser tan malo como lo que me imagino —exclamé yo. Y al verme tan abatida la buena mujer sintió compasión de mí y me tomó en sus

brazos. Entre sollozos, entrecortadamente, mis lágrimas expresaban todo mi dolor, toda mi frustración—: ¡No sirvo para nada, no soy capaz de cumplir la misión que se me ha encomendado! ¡No soy capaz de protegerlos! ¡Es mucho peor de lo que yo me había imaginado! ¡Están perdidos, desamparados!

## VIII

Todo lo que le había dicho a la señora Grose era la pura verdad. Había en todo aquel asunto oscuros caminos, tenebrosas simas, por las que mi alma no se atrevía aún a penetrar. En una cosa estábamos las dos de acuerdo: debíamos resistir la tentación de dejarnos arrastrar por nuestras propias extravagancias y fantasías. En situación tan comprometida, no podíamos permitirnos el lujo de perder la cabeza.

Aquella misma noche, mientras la casa estaba sumida en un profundo silencio, volvimos a reunirnos en nuestra habitación. Ella quería estar segura de que todo lo que yo le había contado era rigurosamente exacto. Yo le contestaba que difícilmente podía haberme inventado los rasgos y las facciones de unos seres a los que no había visto jamás en mi vida. ¡Cómo podía mentir, si mi descripción casaba perfectamente con su recuerdo, si al evocarlos parecía hacerlos revivir en la mente de la buena señora! Lo que ocurría era que se trataba de un asunto muy enojoso para ella y prefería (no se lo reprocho) echar tierra sobre todo ello. Yo misma le confesé que en aquellos momentos sólo pensaba en la manera de salir de aquel atolladero. Ya no era el peligro de encontrarme, una vez más, con los dos aparecidos lo que me horrorizaba; ahora era la sospecha de hasta qué punto los dos niños estaban implicados lo que me tenía en vilo.

A la mañana siguiente, la compañía de la pequeña Flora pareció dispersar las sombras que, durante la noche, se habían ido acumulando en mi cerebro. Recuerdo que me estuvo mirando durante algunos instantes para al final preguntarme: «Ha estado llorando, ¿verdad?». Yo había intentado borrar con el maquillaje las huellas del llanto en mi rostro, pero, al ver que la niña las había detectado, no pude menos de abrazarla y estrujarla entre mis brazos. ¡Cuanto más la miraba a los ojos, cuanto más veía a través de su azul turquesa las profundidades de su alma, menos podía creer que fuera cinismo lo que sus ojos transparentaban! La fragancia de su pelo, el delicado tono de su voz, la dulce carga de su cuerpo mientras me abrazaba, todo me impulsaba a creer que aquel ser había sido creado para ornar el mundo con su belleza. Era una

lástima que aquella visión celestial se hubiera perturbado por las nubes de mis sospechas y, sin embargo, no podía dejar de evocar aquella tarde de verano en el parque, la aparición de aquella persona al otro lado del lago, la reacción de mi niña, y el vínculo que entre las dos se estableció, como si ya estuvieran acostumbradas a encontrarse con frecuencia. Recordaba, finalmente, la portentosa actividad que la niña desplegó cuando vio que yo la miraba; como si quisiera distraer mi atención de la otra persona, como si con sus juegos y picardías pudiera hacerme olvidar la presencia de aquella mujer al otro lado del lago. Y sin embargo, al pasar revista a los acontecimientos de los últimos días, no todo lo que recordaba era negativo. Entre otras cosas, no había perdido la fe en mí misma. Algo me impulsaba a seguir adelante y llegar hasta la resolución final de la historia.



En este estado de ánimo, decidí abordar de nuevo a la señora Grose. Cierto que ella ya me había atildado mucho, me había ido proporcionando, poco a poco, a regañadientes, casi todas las claves de la historia. Pero algo había que se reservaba para sí, una zona oscura en el relato que escapaba a mi comprensión, revoloteando siempre a mi alrededor, como las negras alas de un murciélago que no conseguía atrapar. Así es que me armé de valor, dispuesta a dar el último tirón a la cortina para que todo se revelara con claridad.

—Mi querida señora Grose —comencé a decirle—, no quiero llegar a falsas conclusiones sobre este asunto sin antes pedirle la ayuda que aún necesito de usted. Sí, ya sé que ha tenido usted la bondad de contarme todo lo que sabía. Pero hay un punto oscuro en su relato que yo quisiera aclarar. Recuerdo que yo le pregunté, al recibir la carta del director del colegio, si la conducta del señorito Miles había sido siempre intachable y recuerdo también que usted vaciló al contestarme y al fin respondió que eso era imposible en un niño de su edad. Pues bien, he estado al cargo de Miles durante estos meses y puedo decirle que su conducta ha sido, perfecta. ¿Qué le hizo a usted vacilar? ¿Qué hizo el joven Miles para merecer su reprobación?

Antes de que las primeras luces del amanecer se filtraran por las ventanas de mi habitación, la señora Grose ya había dado cumplida respuesta a mi pregunta. Lo que le había molestado del señorito Miles era su relación con Quint, que se había ido estrechando a lo largo de los meses que había estado en Bly. Tan a pecho había tomado este asunto la señora Grose, que se había dirigido a la antigua institutriz para protestar sobre este asunto. La señorita Jessel le había dicho que no se metiera en lo que no le importaba. Sin darse por vencida, la señora Grose decidió hablar directamente con el joven Miles y éste, a su vez, le había respondido que si pasaba largas horas con el señor Quint era porque le gustaba su compañía.

No dejé que la cosa acabara así y perseguí a la señora Grose una vez más con mis preguntas:

—¿Le recordó usted al señorito que Quint no era más que un servil criado?

—Algo así le dije, señorita... Y recuerdo que su respuesta fue muy grosera.

—¿Acaso dijo a Quint lo que usted opinaba de él?

—No, no era capaz de *hacer* una cosa así —dijo en un tono muy firme. Pero añadió—: Sin embargo, en algunas ocasiones negaba que había estado con Quint.

—¿En qué ocasiones?

—En aquellas ocasiones en que se había marchado con él, pasando horas a su lado, y dejando a su hermana al cuidado de la antigua institutriz, como si Quint y la señorita Jessel fueran sus respectivos tutores.

—¿Dice usted que tergiversaba los hechos? —Su asentimiento me hizo exclamar—: ¡Entonces es que mentía!

—Sí —replicó la señora Grose—, pero tenga usted en cuenta que a la señorita Jessel no le importaba, que incluso se lo permitía.

—¿Fue ésa la excusa que le dio a usted?

—No, no me dijo una palabra.

—¿Quiere usted decir que no le dijo nada de la señorita Jessel y su relación con el señor Quint?

La señora Grose se había sonrojado al adivinar la intención de mis palabras.

—Jamás dio a entender que sabía nada de esas relaciones... ¡Negaba todo lo que yo le preguntaba!

Tenía a la pobre señora totalmente acorralada.

—¿Y no es eso evidencia de que lo sabía todo, de que intentaba camuflar su relación, de que quería proteger a esos dos miserables?

—¡No lo sé, no lo sé! —gritaba la pobre señora—. ¡Dios es testigo de que no lo sé!

—Lo sabe usted perfectamente —le dije yo—. Lo que ocurre es que es usted una persona demasiado tímida, demasiado honrada, demasiado buena. Y prefiere usted olvidar aquellas cosas que en el pasado la han hecho desgraciada. ¡Pero tanto si quiere como si no, yo se lo voy a sonsacar! Algo debió de ver usted en el muchacho —seguí diciendo— que le hizo sospechar lo que estaba ocultando y tratando de disimular.

—Pero el chico no pudo evitar...

—¿Que supiera la verdad? ¡Naturalmente! —Yo seguía dándole vueltas al asunto—. Eso demuestra hasta qué punto esos dos seres miserables tenían poder sobre nuestro niño.

—Todo eso es agua *pasada* —dijo, poco convencida, la señora Grose.

—No me extraña —insistí yo— que usted pusiera esa cara cuando le leí la carta del colegio.

—Puedo asegurarle que me extrañó tanto como a usted —replicó, muy digna, la buena señora—. Y además, si antes era tan malo, ¿cómo es que ahora es poco menos que un ángel?

—Preguntas, preguntas, preguntas..., preguntas que en estos momentos soy incapaz de contestar... Hay cosas que en estos momentos prefiero no pensar... —Mi mente divagaba, y volvía sobre el tema del perverso Quint embaucando al pobre niño—: ¿Es cierto que el pequeño Miles, a instancias de Quint, le acusó a usted de ser una vulgar criada, sin autoridad sobre él? —La señora Grose asintió con la cabeza—. ¿Y cómo se lo consintió?

—¿Qué hubiera hecho usted, señorita? —replicó la buena señora. Me había desarmado.

—Supongo que lo mismo. —Me dirigió una mirada de afecto. Yo continué—: De cualquier forma, mientras el chico estaba con Quint...

—... la señorita Flora estaba con esa mujer... ¡Y todos contentos!

Todo parecía confirmar hasta qué punto los niños estaban implicados en aquel extraño suceso. Antes de retirarme, me permití una última observación.

—Las mentiras y el descarado del señorito Miles son evidentes, y difícilmente se reconcilian con la educación que ha recibido como joven caballero... Pero, por el momento, nada podemos hacer al respecto. Sólo esperar y observar.

Mi amiga se resistía a aceptar la evidencia de la culpabilidad del joven Miles.

—No irá usted a acusar al *señorito*...

—Yo no acuso a nadie. Todo el mundo es inocente hasta que no se demuestre su culpabilidad —y antes de que desapareciera por un corredor, añadí—: Sólo nos queda esperar los acontecimientos.

## IX

Pasaron los días, y su paso parecía ir borrando las huellas de nuestra desdicha. Eran días felices que yo pasaba en compañía de mis alumnos, y poco a poco iban borrándose de mi mente las elucubraciones que yo me había hecho en los días anteriores. La verdad es que me rendía al delicioso encanto de sus juegos y este encanto era como un bálsamo que yo aplicaba a curar mis anteriores inquietudes. Una y otra vez me preguntaba cómo era posible que mis discípulos no se percataran de mis pensamientos. La solícita atención que yo les prodigaba a todas horas debería haberles revelado lo que tan cuidadosamente escondía en mi mente. Había momentos en que no podía resistir la tentación de tomarlos en mis brazos y estrecharlos contra mi corazón. Pero al momento me decía a mí misma: «¿Qué pensarán los niños? ¿No te estás delatando con tu conducta?». Pero si extraño pudiera resultar mi comportamiento hacia ellos, más extraño aún resultaba su propio comportamiento, la manera como aquellas dos criaturas multiplicaban también, como siguiendo una consigna, sus muestras de afecto hacia mí.

Porque la verdad es que durante esta época mostraron un cariño hacia mí que a veces me parecía exagerado. Parecían querer complacerme hasta en los más mínimos detalles, aprender cada lección hasta la última coma, como si todo fuera poco para atraer la atención de su querida señorita. Su profuso afecto hacia mi persona no se limitaba sólo al terreno de la enseñanza. Era como si se hubieran puesto de acuerdo para atraer mi atención constantemente, para mantenerme siempre entretenida, y así, tan pronto me contaban un cuento como representaban un mimo, tan pronto se disfrazaban de animales salvajes para asustarme como declamaban poemas que se habían aprendido de memoria. Parecían dueños de todo el universo, tan a gusto en el papel de navegantes como en el de astrónomos, tan versados en las contiendas de los romanos como en el teatro de Shakespeare. Todo para demostrar que me amaban y que aquellos espontáneos regalos de su imaginación eran como flores que me ofrecían para hacerme cada día más feliz. Si en aquellos días hubiera tenido la calma y la lucidez mental para pensar, sin duda habría

llegado a la conclusión de que algo sobrenatural había en el comportamiento del pequeño Miles, de que una oscura fuerza se había apoderado de él para transportarlo a las más altas esferas de la imaginación humana. Baste decir que había olvidado por completo el tema del colegio del joven Miles, la necesidad apremiante de buscar otro nuevo para el curso que estaba a punto de comenzar. Nada de esto parecía preocuparme en aquellos momentos, tan embebida estaba en la contemplación de los niños. Decididamente, la diabólica astucia del joven Miles estaba muy por encima del corto entendimiento que pudiera tener la hija de un oscuro párroco de aldea...

Pero no me puedo quejar. Yo misma fui la que decidí caer en la dulce trampa de sus juegos. Vivíamos en un mundo de música, de mimos, de pequeñas representaciones teatrales. El piano interpretaba las más extravagantes melodías y los niños parecían confabularse para realizar los más divertidos espectáculos. Yo había tenido hermanos y sabía por experiencia la adoración que una hermana puede sentir hacia su hermano mayor. Lo que nunca había visto es el respeto, la veneración de un hermano hacia su hermanita; el respeto, el cariño y la delicadeza con la que el joven Miles trataba a la pequeña Flora. Tan unidos estaban los dos hermanos, que nunca peleaban, ni la más leve envidia parecía empañar sus relaciones. Al contrario, cuando yo favorecía a alguno de ellos, más unidos parecían. A menudo se establecía un secreto vínculo de comunicación entre los dos, que pasaba por encima de mí, como si yo no existiera. En ocasiones, uno de ellos distraía mi atención para dar tiempo a que el otro, durante algunos momentos, desapareciera. Pero todo ello hecho con la más absoluta delicadeza, sin la más mínima hipocresía.

Estoy entreteniéndolo al lector con el relato de todas estas exquisitas divagaciones... Hora es de volver la vista a los sucesos que acontecieron en la mansión de Bly en aquellos días. Llegó un día en que, efectivamente, los acontecimientos se precipitaron...; nos precipitaron a todos en las simas más profundas del dolor y la desolación. Al llegar a este punto de mi narración estoy segura de que voy a sorprender la buena fe de muchos de mis posibles lectores. Sin embargo, pienso que he llegado demasiado lejos y que ya no tengo más remedio que llegar al final de mi historia. Había llegado el momento más terrible de toda mi odisea de Bly y lo único que lo hacía llevadero era mi convencimiento de que el desenlace final de este extraño caso estaba cerca.

Todo empezó una noche de otoño, cuando yo me encontraba en mi habitación leyendo un libro a la luz de los candelabros. Había en la mansión

de Bly gran cantidad de libros antiguos, la mayoría novelas del siglo pasado que el azar había llevado hasta esa remota mansión y cuya lectura había conseguido excitar mi juvenil imaginación. Recuerdo que el libro que aquella noche tenía entre manos se titulaba *Amelia* cuyo autor era Henry Fielding<sup>[3]</sup>, y que me hallaba en un estado de total clarividencia. Recuerdo también que tenía el presentimiento de que la hora era muy avanzada y, sin embargo, me resistía a retirarme a la cama. De vez en cuando levantaba la vista del libro para contemplar el velo que cubría la cabecera de la cama de la pequeña Flora, tal como era la moda en aquellos días. Nada parecía alterar el sueño de mi niña, envuelta como estaba en evanescentes gasas. Recuerdo finalmente que, aunque mi atención estaba totalmente centrada en el libro que estaba leyendo, al doblar una página, en un determinado momento, algo hizo fijar mi atención en la puerta de mi habitación. Acababa de percibir el mismo sonido indefinible que me acompañó en mi primera noche en la mansión de Bly. Permanecí unos minutos en completo silencio, intentando captar hasta el más mínimo ruido que se produjera en la casa. En aquel momento, un golpe de viento agitó el cortinaje que tapaba la ventana. Al conjuro de aquella señal, como si se tratara de algo esperado, me levanté del sillón, deposité el libro en la mesa y tomando un candelabro en la mano salí de la habitación, cerrando la puerta al salir. Todo ello guardando la compostura, sin perder el dominio de mí misma, como si estuviera representando una obra de teatro en lugar de mi propia vida.

¿Qué secreto impulso me guió en aquel momento, qué misteriosa fuerza tiró de mí para sacarme de la habitación en la que tan cómodamente estaba leyendo? Por más que he cavilado sobre este asunto, debo confesar que no lo sé. Sólo sé que en un determinado momento me encontré ante la escalera principal, sobre la que se abre el gran ventanal de la mansión. En aquel instante se sucedieron los acontecimientos. En primer lugar, un golpe de viento apagó el candelabro que sostenía en la mano, y pude ver, a través de la ventana, que la noche daba paso a las primeras luces del día. En segundo lugar, me percaté al instante de que una figura se hallaba en el rellano de la escalera. Una figura que era —no tardé ni un segundo en adivinarlo— la del señor Quint. Ascendía lentamente por la escalera principal de la mansión y, al oír mis pasos, me miró de la misma forma que lo había hecho en nuestro primer encuentro, cuando me contemplaba desde las altas torres de Bly. Pero ahora éramos ya viejos amigos y nuestras miradas se cruzaban en la suave luz del amanecer que se filtraba por las altas ventanas de la vieja mansión. De nuevo tenía ante mí aquel ser cuya presencia se me hacía tan familiar, tan

inmediata y tan detestable. Pero recuerdo que en aquella ocasión no sentí el terror que me había acompañado en las anteriores.



Era, desde luego, una situación angustiosa, pero el terror, el pánico habían desaparecido, y él lo sabía. Presentí que si en aquellos momentos era capaz de aguantar su mirada durante unos minutos habría triunfado sobre aquella indeseable criatura. Y así estuvimos, durante un minuto que pareció eterno, enfrentándonos con nuestras miradas. Lo más repulsivo de aquel ser que tenía ante mis ojos era justamente su humanidad. De no haber sabido quién era, muy bien podría haberlo confundido con algún aventurero o criminal que había buscado refugio en la casa aprovechándose de la oscuridad de la noche. Una sola característica separaba a aquel ser execrable del mundo de los vivos. Si se hubiera tratado de un vulgar criminal, incluso de un asesino, estoy segura de que nos habríamos interpelado, que alguna exclamación se habría cruzado entre nosotros. Lo que aquello tenía de sobrenatural era justamente ese silencio, espeso y denso, que nos envolvía... Tanto duró aquel silencio, que yo misma empecé a dudar de mi propia vida, empecé a creer que también yo había ingresado en el mundo de los muertos. La vida misma parecía suspendida en aquel largo minuto que duró nuestro encuentro. El silencio mismo pareció tragarse a la misteriosa aparición. Su desfigurada espalda, contrahecha como si tuviera una monstruosa joroba, desapareció de mi vista en el último tramo de la escalera...

## X

Permanecí unos instantes en lo alto de la escalera, y después, sin saber por qué, salí corriendo hacia mi habitación. Lo primero que vi al abrir la puerta fue que la cama de la pequeña Flora estaba vacía... y todo el terror que unos minutos antes había evitado me invadió de repente. Me precipité sobre las blancas sábanas que se arremolinaban en la cama y no pude reprimir un sollozo al dejarme caer sobre ellas. Pero en aquel momento percibí un ruido, el ruido de los cortinajes contra la ventana, y de ellos emergió mi pequeña niña con todo su candor, con su largo camisón de noche, sus rosados pies sobresaliendo por debajo y los rubios y dorados bucles coronándole la frente. Desde allí me miraba con ojos graves, y antes de que yo pudiera abrir la boca, antes de que yo pudiera acusarla de nada, me dijo en tono de reproche:

—Se ha portado usted muy mal... ¿Puede decirme dónde se *ha* metido?

Y así, en vez de pedirle cuentas a ella, me vi forzada a darle toda clase de explicaciones. Ella, por su parte, y con la más dulce inocencia, me explicó que se había despertado sobresaltada, sabiendo que yo me había ido de la habitación, y que había saltado de la cama para saber lo que hubiera podido ocurrirme. La verdad es que en aquellos momentos estaba tan contenta de haber recuperado a mi niña que no pensé en más. Me senté en la silla de la habitación, pensando que la cabeza se me iba y la pequeña Flora se dedicó a prodigarme todos sus cuidados: me traía la luz de su vela, se sentaba en mis rodillas, cogía cariñosamente mi rostro entre sus manos... Yo me dejaba ir, llevada por esa sensación de paz y de armonía que la niña siempre me comunicaba... Sólo después de algunos minutos me atreví a preguntarle:

—¿Qué es lo que estabas mirando por la ventana? ¿Pensabas que estaría paseando en el jardín?

—Pensaba que había alguien en el jardín..., aunque no puedo decir que fuera usted.

Al oír estas palabras me incorporé de un salto y la cogí por los hombros diciendo:

—¿Y viste a alguien?

—Pues en realidad... *no* —dijo finalmente, como si vacilara en darme una respuesta negativa.



La pura verdad es que en aquel momento, y en el estado de excitación en que me encontraba, estaba totalmente convencida de que mentía. Cerré de nuevo los ojos, pero ahora fue para concentrarme, para saber de qué manera podría sacarle la verdad. Por algunos instantes apenas pude resistir la tentación de tomarla entre mis brazos y obligarla a confesarlo todo, de soltarle de una vez todas aquellas preguntas que yo llevaba dentro desde hacía tiempo, de decirle: «Lo sé todo y tú *sabes* que lo sé... ¿Por qué no me confieras la verdad? ¿Por qué no te desahogas en mí, para que así volvamos a ser amigos o para que al menos te ayude a comprender lo que te pasa?». Pero no me decidí a una confrontación tan directa, a una confrontación que quizá me habría ahorrado algunos de los sinsabores que vinieron después... En vez de esto decidí tirar por el camino de en medio y le pregunté a Flora:

—¿Por qué tiraste las cortinas sobre la cama? ¿Querías hacerme creer que estabas dentro dormida?

Flora se lo pensó unos minutos y después, con aquella divina sonrisa que tantas veces lucía en su rostro, me contestó:

—Lo que pasa es que no quería asustarla.

—Pero si pensabas que yo había salido...

La niña me miraba con una dulce inocencia, como si las preguntas que le estaba haciendo no fueran más que un juego, pequeños acertijos que ella debía adivinar:

—Claro que sabía que había salido, pero también sabía que tenía que regresar... ¡y yo aguardaba su regreso!

Poco más dijo la criatura antes de volver a la cama. Yo la contemplaba mientras se dormía, reteniendo una de mis manos entre las suyas, como queriendo comunicar lo mucho que me había echado en falta.

Mis lectores podrán adivinar mi estado de ánimo en los días siguientes. Pasaba las noches en blanco, sentada junto a la cama de la niña, o bien levantándome de improviso para sorprender a algún intruso que acechara detrás de la puerta... En repetidas ocasiones me dirigí hasta el lugar mismo en el que había visto a Quint, pero ya puedo anticipar al lector que nunca más volví a ver su figura dentro de la casa. En una ocasión, sin embargo, al asomarme por el hueco de la escalera pude distinguir la figura de una mujer sentada en uno de los escalones, cubriéndose el rostro con las manos y dando muestras de gran dolor. Al momento de llegar yo, su figura se desvaneció en el aire y no tuve ocasión de ver su rostro. Pero tampoco me hacía ninguna falta, porque tenía pintada muy vivamente en la imaginación el rostro de la compañera de Quint.

Recuerdo que hubo otra ocasión que puso a prueba mis nervios, ya por aquel entonces muy alterados. Once noches después de mi último encuentro —llevaba entonces una cuenta exacta de todas las noches que habían transcurrido— me desperté de pronto al filo de la una de la madrugada. Me desperté con una total clarividencia, como si una mano amiga me hubiera alertado. La llama de la vela que tenía junto a la cama se había extinguido y recuerdo que tuve, en aquel momento, la absoluta certeza de que fue Flora la que la había apagado. Me puse en pie y me dirigí hacia su cama y recuerdo que no me sorprendió verla vacía. Miré hacia la ventana y después de encender un fósforo tuve la completa evidencia de todo lo que había sucedido.

La niña se había levantado de nuevo y había apagado la luz de la vela. Después se había dirigido a la ventana camuflándose detrás de los cortinajes para poder observar con toda tranquilidad lo que ocurría en el jardín. Tan absorta estaba la niña en la escena que estaba contemplando, que no se percató de que yo me levantaba de la cama, ni de que encendía la vela, ni de que me calzaba las zapatillas y me envolvía en un mantón... La niña, escondida en el rincón de la habitación, estaba ciega a todo menos a lo que ocurría en el exterior de la mansión. No me cabía la menor duda de que se hallaba de nuevo en contacto con la misteriosa aparición, la figura de la institutriz que habíamos visto juntas en el lago. La luna, grande y redonda aquella noche, parecía propiciar aquel encuentro. Era preciso que yo viera aquello que la niña estaba viendo. Así es que salí de la habitación, sin que ella lo notara, y busqué alguna ventana que dominara el jardín de la mansión.

Al pasar junto a la habitación de su hermano tuve que reprimir el impulso de abrir la puerta y entrar en ella. Permanecí unos instantes junto a esa puerta, conteniendo la respiración, intentando escuchar algún movimiento. ¿Estaría el pequeño Miles asomado, como su hermana, a la ventana? Sin duda, en el jardín había una misteriosa presencia pero no le buscaba a él sino a la pequeña Flora. Por fin, decidí no entrar. Había otras muchas habitaciones en Bly cuyas ventanas daban al jardín. Escogí una de ellas, la última del corredor, la que se hallaba junto a la vieja torre de la que antes he hablado. Era una habitación amplia, arreglada para servir de dormitorio de huéspedes, pero tan grande que apenas se había usado en los últimos años. Yo había estado en ella en diversas ocasiones, admirando el lujo de su mobiliario. En esta ocasión, recuerdo que al abrir la puerta sentí al momento el tufo, el olor de abandono que la habitación despedía. Llegué hasta la ventana y abrí una de las persianas. La luz de la luna bañaba todo el jardín con una extraordinaria claridad. Allí, en el centro mismo del césped, había una persona totalmente

inmóvil, como si estuviera encantada, con la vista fija en mi ventana, es decir, no en mi ventana, sino algo más arriba, en la vieja torre que dominaba la mansión de Bly. Había otra persona allá arriba, una persona que atraía el interés de la que estaba abajo. Al volver la vista al césped, al concentrar mi atención en la figura de abajo, pude ver con toda claridad que se trataba — ¡sentí náuseas al comprobarlo!— del pequeño Miles.

## XI

No conseguí hablar con la señora Grose hasta el día siguiente. Había tomado toda clase de precauciones para que ni los niños ni los criados nos vieran hablar juntas, para que no sospecharan que estábamos ocultándoles algún asunto misterioso. Todo esto dificultaba nuestra entrevista. En cuanto vi aparecer a la señora Grose —tan serena y tan compuesta como siempre— mis ánimos renacieron. Nada había en el saludable rostro de la buena señora que indicara las tenebrosas confidencias que yo le había hecho. Podía poner la mano en el fuego de que la señora Grose creía, a pies juntillas, todo lo que yo le había estado contando. De no ser así, no sé lo que hubiera sido de mí, no hubiera podido soportar sola el peso de tantos secretos. Era la señora Grose un monumento a la falta de imaginación, y lo digo sin la más mínima ironía. Era una persona incapaz de ver el lado malo de las cosas, y así, los niños que teníamos a nuestro cuidado eran la suma de la belleza, de la simpatía, de la bondad y de la inteligencia. Así es como los contemplaba y aún puedo verla con sus grandes brazos cruzados sobre el pecho, y una expresión beatífica en el rostro. Sus facciones no expresaban jamás una gran exaltación o una profunda depresión, sino que transmitían siempre la misma bondad, un calor templado semejante al del fuego del hogar. Y en aquellas circunstancias eso era una gran bendición. Podía confiar en ella e incluso podía estar segura de que su rostro jamás nos delataría.

Nos reunimos al caer la tarde en la terraza de la mansión, al calor de los últimos rayos del sol. Estábamos sentadas junto a una mesa y podíamos contemplar, desde el lugar en que nos hallábamos, las evoluciones y los juegos de los niños en el césped. Recuerdo que el pequeño Miles tenía cogida a su hermanita por el hombro y le leía alguna historia de un libro de cuentos. Recuerdo también la plácida sonrisa de la señora Grose al contemplar una escena tan conmovedora... Y también la sorpresa y el dolor que se reflejaron en su rostro cuando yo empecé a desenredar, en sus oídos, el ovillo de mi historia... Se volvió hacia mí con una actitud resignada, dispuesta a tragarse hasta la última gota la pócima venenosa de mis palabras. Había llegado en mi

relato al momento en que divisé al pequeño Miles en el jardín... Se encontraba casi exactamente en el mismo lugar por el que en aquellos momentos paseaba tranquilamente con su hermana... Yo le contaba a la señora Grose cómo el pequeño Miles no pareció dar muestras de sorpresa cuando llegué junto a él en la terraza, en esa noche bañada por la luz de la luna... Vino hacia mí, le tomé de la mano y subimos juntos la gran escalinata de la mansión, por el mismo lugar en que la presencia del señor Quint se me había hecho visible pocas noches antes, hasta llegar a su habitación.

Recuerdo que, mientras subía por la escalinata, no hacía más que preguntarme lo que, en aquellos momentos, estaría pasando por la cabeza del pequeño Miles. Me preguntaba a mí misma qué clase de explicaciones me daría el pequeño cuando llegáramos a la habitación. Sentía, por extraño que parezca, una sensación de euforia, casi de triunfo al ver que mi pequeño enemigo había caído en una trampa de la que muy difícilmente conseguiría escapar. Difícilmente podría seguir fingiendo, mantener esa fachada de niño bueno, la única que hasta el momento me había mostrado. ¿Cómo demonios podría salir de aquel atolladero en el que él mismo se había metido? Pero, a medida que nos acercábamos a su habitación, yo también empecé a sentir una sensación de desaliento. Llegamos por fin a su cuarto y al contemplar su cama, inmaculada, intacta, bañada por la luz de la luna, no pude resistir la tentación de dejarme caer sobre ella, mostrando así mi abatimiento. Si el niño se hallaba en una situación comprometida, la mía no era más halagüeña. Yo tenía al niño atrapado, pero el niño también me había atrapado a mí. En efecto, ¿cómo hacerle revelar la verdad, si antes no le hablaba de aquellas monstruosas apariciones que tanto me inquietaban? Y si yo hablaba de ellas en primer lugar, ¿no pondría en duda mi credibilidad? ¿No me expondría a hacer el ridículo? ¿Acaso no existía una regla de oro para toda buena institutriz, que prohibía hablar a los niños de monstruos, fantasmas y demás apariciones? Era inútil intentar explicar a la señora Grose la difícil situación en que me encontraba. Como también, seguramente, lo es describir el sentimiento de admiración que se apoderó de mí al ver la facilidad con que el pequeño Miles justificó su aventura. Yo me había acercado a él con todo el amor del mundo. Nunca había sentido tanto cariño hacia su persona como en aquel momento, cuando le atraje hacia mí al amor del fuego. Yo misma empecé a preguntarle:

—Es preciso que me digas toda la verdad. ¿Por qué has salido de tu habitación? ¿Qué es lo que estabas haciendo en el jardín?

Aún puedo ver su sonrisa y el dulce mirar de sus ojos en aquella habitación bañada por la luz de la luna.

—Si se lo digo todo, ¿está segura de que podrá comprenderlo?

Al oír estas palabras mi corazón dio un salto. ¡Dios mío! ¿Había llegado el momento de la verdad? Estaba tan emocionada que no conseguía articular palabra. Su figura parecía, en aquel momento más que nunca, la de un pequeño príncipe, y yo me hallaba a sus pies, esperando que me otorgara su confianza, que me abriera su corazón.

—En realidad —dijo al fin— todo esto lo he hecho por usted.

—¿Por mí? —contesté yo, sorprendida.

—Sí... por usted... Quería que viera que yo también puedo ser *malo* cuando quiero.

Nunca olvidaré el tono alegre y desenfadado con que pronunció estas palabras ni la forma con que las remató, inclinándose hacia mí y besándome. Yo también lo besé a él y al estrecharlo entre mis brazos tuve que hacer un esfuerzo para no llorar. Tan convincente era su explicación, que apenas quedaba algo que preguntarle. Sólo se me ocurrió decir:

—¿No te has acostado en toda la noche?

—No tenía sueño —me contestó sonriendo—. Me quedé levantado en mi habitación.

—¿Y cuándo bajaste al jardín?

—A medianoche... ¡Cuando decido ser malo soy malísimo!

—¿Y cómo sabías que yo me iba a enterar de tu escapada?

—Me había puesto de acuerdo con Flora —no vaciló ni un segundo en contestarme— para que ella también se levantara y mirara por la ventana.

—¡Eso es justamente lo que hizo! —exclamé yo. ¡Y al momento me di cuenta de que había caído en la trampa!

—Al levantarse hizo ruido —siguió diciendo el pequeño Miles— y entonces fue cuando usted se despertó. Vio a Flora junto a la ventana y también usted quiso ver lo que mi hermana estaba mirando; ¡y entonces fue cuando me vio a mí!

—Y tú, mientras tanto —sólo se me ocurrió añadir a mí—, estabas allá abajo cogiendo una pulmonía...

—¿Y de qué otra manera le podía haber demostrado que yo también puedo ser malo?

Tan radiante estaba el niño, tan orgulloso de su hazaña, que aunque yo sabía perfectamente que me mentía no podía dejar de admirar su fértil imaginación.

## XII

Tal como ya he dicho antes, difícilmente podía la señora Grose contemplar el impacto que me había causado la conversación con el pequeño Miles. Cinco palabras, las últimas que pronunció, revelaban perfectamente lo que pensaba:

—¡Soy capaz de mucho más! —le repetía yo a la señora Grose—. Lo dijo para impresionarme, para demostrar que *podía* ser mucho más malo de lo que fue anoche. Sabe muy bien hasta dónde «puede llegar»... y también lo saben, sin duda, en su colegio.

—Hay que ver cómo cambia usted de opinión —exclamó mi amiga.

—No es eso... Es que ahora me doy cuenta de muchas cosas que antes no entendía. Estoy convencida de que los cuatro se reúnen todas las noches. Si usted hubiera pasado una noche con los niños, se habría dado cuenta. Y lo que más me confirma en mi opinión es el silencio de los dos niños. *Nunca jamás*, ni siquiera por equivocación, han aludido al señor Quint ni a la señorita Jessel. Como tampoco Miles me ha dicho una sola palabra de su colegio, ni de los motivos de su expulsión. ¡Mírelos bien, señora Grose! Parecen entregados a sus juegos, viviendo en un mundo de fábula... ¿verdad? Pero en realidad viven en el mundo de los muertos, de los muertos que han vuelto a la vida. Parece que el niño le está contando un cuento a su hermana... ¿no es así? Y, sin embargo, le está diciendo al oído cosas de *ellos*, monstruosidades, ¡sin duda! Pensará usted que me he vuelto loca... y, sin duda, no me faltan motivos para estarlo. Si *usted* hubiera visto todo lo que yo he visto, lo estaría. Yo, en cambio, me he vuelto una persona cada vez más fría, cada vez más clarividente, que ya sólo anhela llegar a descubrir la verdad última de todo este asunto.

La lucidez de mis palabras debió de herir profundamente a la señora Grose, entregada como estaba al idilio que los dos hermanitos sostenían delante de nuestros ojos:

—¿Hasta dónde quiere llegar usted, señorita? —me dijo al fin—. ¿Hasta dónde ha llegado ya?

—He llegado a la conclusión de que su belleza, casi divina, su candor, su inocencia... no son más que un juego...; un juego con el que pretenden engañarnos.

—¿Es posible que pueda usted pensar así de nuestros pequeños...?

—¿... angelitos? —dije yo con sarcasmo. Cuanto más pensaba en ello más me acercaba al fondo del asunto—: Señora Grose, estos niños no han sido nunca buenos. Son niños que viven su propia vida, ajena a la suya y a la mía. Usted cree que puede manejarlos a su antojo, pero no puede porque no son suyos... ni son nuestros... ¡son de ellos!

—¿Se refiere al señor Quint y a su amiga?

—A ellos me refiero... ¡Quieren posesionarse de sus almas!

La señora Grose parecía totalmente aturdida.

—¿Pero... para qué?

—Para envenenarlos, para que reviva en ellos toda la maldad que les enseñaron en los días en que fueron sus tutores..., para que la semilla del mal que habían plantado en ellos no muera, para que dé nuevos frutos..., para eso han vuelto esos dos miserables.

—¡Recontra! —exclamó la señora Grose. Su vulgar expresión manifestaba muy a las claras no sólo lo que ahora estaba ocurriendo, sino lo que había ocurrido en la mansión de Bly en otro tiempo. Yo necesitaba el testimonio de la señora Grose para que mis teorías fueran verosímiles. Ella parecía evocar el pasado cuando dijo—: *Fueron* unos perfectos canallas, es cierto. Pero ahora... ¿qué es lo que pueden hacer?

—¿Hacer? —exclamé yo tan alto, que los niños se volvieron hacia mí por un momento—. ¿Le parece a usted poco lo que ya han hecho? —dije bajando la voz, mientras los niños volvieron a sus juegos—. Pero pueden hacer más —continué diciendo—, pueden destruirlos.

La señora Grose se volvió hacia mí y siguió interrogándome con la mirada.

—Quieren llegar a ellos pero aún no saben cómo. Por eso aparecen en sitios distantes, como en lo más alto de una torre, o al otro lado del lago, o encima de un tejado, o a través de las ventanas... Quieren acercarse pero no pueden. ¡Ya encontrarán el camino! Es sólo cuestión de tiempo.

—¿Y si los niños intentan seguirlos...?

—¡Perecerán! —La señora Grose dio un salto—. A no ser —continué yo— que nosotras se lo impidamos.

—Nosotras no podemos hacer nada —dijo la señora Grose—, pero su tío, sí. Debe llevárselos de aquí.

—¿Y quién se lo va a pedir?

La mirada de la señora Grose, que se dirigía al horizonte, se posó en mí.

—Usted, señorita.

—¿Quiere usted que le escriba y le diga que su casa está embrujada y que sus sobrinos se han vuelto locos?

—¿Y si todo ello *fuera* cierto...?

—¿Y si yo misma estuviera loca...? Estoy segura de que al amo le va a encantar recibir esta carta y enterarse de cómo van las cosas por aquí... Recuerde que mi misión consistía en solucionar yo misma todos los problemas y nunca consultarle nada.

La señora Grose asintió, mientras sus ojos observaban a los niños.

—Es cierto que al señor no le gusta que se le moleste... Ésa es justamente la razón por la que esos individuos...

—¿... abusaron de él durante tanto tiempo? Sin duda, aunque él también fue culpable por su indiferencia. Pero yo no puedo portarme así con él.

Mi compañera me tomó del brazo.

—Dígale que venga.

La miré sorprendida.

—¿Que venga él? ¿A Bly?

Me daba miedo pensar lo que haría él al llegar.

—Ya debería *estar* aquí; necesitamos ayuda.

Me levanté y la miré con una expresión que debió de parecerle muy extraña.

—¿Cree usted que yo puedo tener el atrevimiento de pedirle que venga?

Podía ver en sus ojos que ella entendía muy bien los peligros que suponía una visita del amo a Bly en aquellas circunstancias: llegaría a la mansión, nos preguntaría por lo que pasaba, se sorprendería... y después se reiría de nosotras, de mí especialmente, del miedo que tenía a quedarme sola. Pensaría que todo había sido una trampa para atraerlo a la mansión, para intentar seducirlo con mis encantos. Ella no podía comprender el orgullo que yo sentía de servir a mi señor. Por eso la reprimí:

—Si se le ocurre a usted escribir la carta...

—¿Qué haría usted, señorita? —me preguntó la buena señora atemorizada.

—Me marcharía al momento. Los abandonaría a todos.

## XIII

Aquel tira y afloja entre mis alumnos y yo continuó durante todo el mes siguiente. Cada día era yo más consciente del juego que ellos se traían conmigo. Tan segura estoy hoy como lo estaba en aquellos días de que no se trataba de mi imaginación, sino de algo perfectamente palpable, absolutamente constatable: ellos sabían el dilema en el que me encontraba y ello había dado un nuevo cariz a nuestras relaciones. No quiero decir con esto que se burlaran de mí, me sacaran la lengua o hicieran algo parecido. Ése no era su estilo. No, lo que ocurría era que había ciertos temas tabú, ciertos personajes innombrables, ciertas situaciones que hubieran sido imposibles de evitar si no hubiera existido un acuerdo tácito entre mis alumnos y yo. En nuestras clases, en nuestras charlas, llegábamos siempre a un punto en el que parecía inevitable alguna referencia a lo prohibido. Y al retroceder, al dar marcha atrás, se establecía un aire de complicidad entre nosotros. Todos los caminos llevan a Roma, y en aquellos días, cualquier tema de conversación parecía desembocar inevitablemente en algún tema «intocable». E intocable era todo aquello que hacía referencia a la muerte en general, y a los que vuelven después de muertos y a lo que queda de ellos en la memoria de los vivos... Había momentos en los que habría jurado que el uno le estaba diciendo al otro: «Quiere decirnos algo... pero *no se atreve*». Y yo, naturalmente, no tenía el valor de pasar el umbral de lo prohibido que tan al alcance de la mano tenía. Hubiera bastado con cualquier referencia a la dama que me había precedido...

Ellos, en cambio, parecían tener una curiosidad insaciable por preguntarme sobre mi propia vida, a pesar de que se la había contado en innumerables ocasiones. Todo lo sabían respecto a mí: el nombre de mis hermanos y hermanas y hasta el del perro y el gato que teníamos en casa. Conocían las manías de mi padre, el lugar que cada mueble ocupaba en mi habitación... No se cansaban de indagar hasta los más nimios detalles y todo parecía interesarles, incluso el comadreo de las viejas de mi pueblo... Los niños eran maestros en sonsacar a su maestra los detalles más intrascendentes

de su vida, en distraerla de la realidad, en proyectarla hacia el mundo de la evocación y el recuerdo... Porque de eso se trataba, de hablar de *mis* hermanos, *mis* amigos y *mi* vida... Y en cualquier momento, y aunque no viniera a cuento, me recordaban las gracias de mi *pony* que teníamos en la vicaría en aquellos días, o me hacían repetir, una vez más, las *adivinanzas* de «Mamá Oca», aprendidas en mi niñez...

Era en momentos como aquéllos cuando más patente se me hacía la difícil situación en que me hallaba. Y, sin embargo, pasaban los días y nada perturbaba la calma aparente de nuestras relaciones. Ninguna nueva aparición se había materializado ante mí. No había tenido ningún nuevo encuentro con esos dos aparecidos desde el día en que vi a la señorita Jessel sentada en la escalera principal de la mansión. Cada vez que doblaba una esquina, cada vez que abría algún cuarto oscuro, esperaba encontrarme con alguno de ellos. Pero lo cierto es que nada de esto había sucedido. Pasaban los meses y también las estaciones. El verano había dado paso al otoño y el lugar parecía el escenario vacío después de una gran función de teatro, y las hojas secas eran como los programas que los espectadores habían desechado al concluir la representación. El escenario estaba allí, pero faltaban los actores y por más que lo recorría de cabo a rabo, por más que miraba entre los yertos y desnudos árboles, entre la seca masa de arbustos, no podía hallar ningún indicio de Quint ni de su compañera. Y esto, en lugar de tranquilizarme, me desazonaba aún más. Porque, tanto si los niños lo veían como si no, yo prefería estar expuesta a todo, prefería conocer la verdad —aunque fuera una verdad espantosa— a mantenerme en las tinieblas de la ignorancia. Justamente lo que yo más temía era la ceguera, que mis ojos no pudieran seguir viendo todo lo que hasta aquel momento habían visto. Y así, en vez de dar gracias a Dios por ahorrarme el tormento de aquellas visiones sobrenaturales, me encontraba recriminándole, echándole en cara el no haber cerrado, a la vez, los ojos de mis alumnos.



Porque yo estaba convencida de que ellos seguían viéndolos, de que en ocasiones, incluso cuando yo me encontraba con ellos, recibían la visita de estos seres del más allá. En aquellos momentos apenas podía reprimir un grito y tenía que taparme la boca para no gritarles: «¡Están aquí! ¡Están aquí... ahora sí que no lo podéis negar, bribones!». Pero la verdad es que aquellos «bribones» lo negaban con su comportamiento en aquellas circunstancias. Multiplicaban los gestos de cariño hacia mí, extremaban la cortesía y la afabilidad... y sólo en la profundidad de sus ojos —como el pez que se desliza en el fondo de un arroyo— podía yo leer la burla que me estaban haciendo. A partir del día en que vi al pequeño Miles, después de su encuentro con Quint, mirarme con atrevimiento como si nada hubiera ocurrido, me había habituado a aceptar aquella situación tan anormal. Tan preocupada estaba, que en ocasiones me encerraba en mi habitación para ensayar la manera de acorralarlos con mis preguntas, de hacerles confesar toda la verdad. Y sin embargo, cuando pensaba en el momento en que ellos iban a pronunciar sus nombres, no podía reprimir un gesto de disgusto. Incluso llegaba a acusarme a mí misma: «tienen la buena educación de no hablar sobre estos temas, ¡y tú, que eres institutriz, y que deberías enseñarles buenos modales, cometes la torpeza de hablarles de estos temas prohibidos!». Al decirme a mí misma estas cosas sentía el rubor subirme hasta la cara y me tapaba el rostro con las manos. Y así, en el siguiente encuentro que tenía con los niños, hablaba con ellos como si tal cosa, hasta que llegaba el momento, invariablemente, en que se producía uno de esos silencios densos que yo tan bien conocía, uno de esos momentos en los que la vida parecía detenerse, un silencio que no tenía nada que ver con la carencia de ruido y que yo percibía muy claramente a través de las voces de los niños o de las notas de un piano... Sabía, entonces, que los intrusos estaban allí. «Ha pasado un ángel», se dice a veces cuando se produce uno de estos momentos de silencio. Pero allí no eran ángeles, sino demonios, los que pasaban, y, al pasar, sin duda transmitían un mensaje infernal que ni yo misma, por más que me forzaba, podía llegar a captar.

Yo tenía el convencimiento de que lo que había visto y oído —por muy horrible que pueda parecer— no era nada comparado con las experiencias de Miles y la pequeña Flora. Lo podía ver reflejado en sus rostros, lo podía intuir en las manifestaciones de cariño que me prodigaban después de una de estas experiencias. Cada vez que se producía una de estas «visitas», los tres parecíamos reaccionar de la misma manera. Los niños se acercaban a mí y me

besaban sin venir a cuento. Y después me preguntaban, invariablemente, por su tío:

—¿Cuándo *vendrá* a vernos? ¿Por qué *no le escribimos* una carta?

Estas preguntas tan convencionales parecían romper el hechizo que había producido la aparición. Hablábamos por hablar, sin tener la más mínima idea de si el tío tenía intención de venir. Jamás les escribió una sola carta, lo cual era egoísta por su parte. Pero también indicaba la confianza que había depositado en mí. Pienso que la manera que tiene el hombre de demostrar su aprecio por una mujer es acomodándola a su propio bienestar. Así es que acepté las cartas que los niños escribían a su tío pero nunca se las mandé a él, considerándolas más bien como ejercicios de creación literaria. Aún las conservo hoy en día. Mis pequeños alumnos parecían adivinar que yo era la primera interesada en que su tío no viniera. Aún no comprendo cómo, en medio de tanta tensión, conseguí dominar mis nervios. Eran criaturas tan adorables, que me hacían incluso olvidar lo mucho que las odiaba. No puedo decir qué hubiera ocurrido si las cosas hubieran continuado así... Es posible que mi exasperación hubiera llegado hasta tal extremo que me habría traicionado... Pero poco importa lo que hubiera podido ocurrir. Lo que ocurrió fue algo muy distinto. Llegó de pronto, como la tempestad que descarga después de un día de intenso calor, precipitando los acontecimientos que ya no habrían de detenerse hasta llegar al fin.

## XIV

Todo empezó un domingo por la mañana cuando yo me dirigía a la iglesia. Tenía a mi lado al pequeño Miles. Más adelante iba la señora Grose llevando a Flora de la mano. Recuerdo que era un día claro y transparente. Una ola de frío había barrido las nubes del cielo y limpiado la atmósfera de forma que las campanas de la cercana iglesia tañían de forma vibrante, casi alegre. Llevaba el pequeño Miles su mejor traje, hecho a medida por el sastre de su tío, con una americana y un chaleco muy a la moda. Todo ello le daba un aire de distinción, como si en vez de tratarse de un niño fuera ya un adulto dispuesto a lanzarse por los caminos de la vida. En esto andaba yo pensando, cuando el chico me hizo una pregunta que habría de precipitar los acontecimientos que se iban a producir en los días venideros:

—Querida mía —me dijo con su simpatía habitual—, ¿se puede saber cuándo piensa usted enviarme de nuevo al colegio?

La pregunta parecía del todo inocua sobre todo por el tono de voz del niño. Tenía su voz un sonido cálido y melodioso, de forma que al abrir la boca más que palabras parecía estar echando rosas. Era una voz que sin duda había deleitado a todas sus institutrices, y yo misma había caído bajo el embrujo de su melodía. Pero en aquella ocasión, y a pesar de la dulzura con que la pronunció, la frase llevaba veneno dentro y él lo sabía. Al oír sus palabras me paré en seco, como si uno de los grandes árboles del camino se hubiera desplomado ante mí. Él se había percatado del efecto que sus palabras habían causado en mí y quiso aprovechar este momento de debilidad e incertidumbre para añadir:

—Querida mía, sabe usted muy bien que un joven como yo no puede andar *siempre* entre damas, necesita otra compañía...

El «querida mía» no se le caía de los labios y a mí me gustaba que me llamara así porque era prueba del cariño que despertaba entre mis alumnos. Era un término cariñoso y respetuoso a la vez.

Pero recuerdo que en aquella ocasión estas palabras me sonaron de manera distinta. Yo estaba en guardia y tenía que pensar muy bien lo que le

iba a decir. Para ganar tiempo, repuse:

—Y además, siempre con la misma dama, ¿verdad?

—No me quejo de eso —replicó él en el mismo tono jovial que yo había empleado—, porque la dama en cuestión es perfectamente agradable..., pero ¡míreme usted bien! ¿No le parece que a mi edad yo ya no debo andar todo el día entre faldas?

—Tienes toda la razón —le dije sin saber qué actitud adoptar.

—Y además —repuso él—, debe usted reconocer que mi comportamiento ha sido excelente.

Puse mi mano sobre su hombro y le atraje hacia mí:

—Ya sabes que no tengo ninguna queja de ti.

—Sólo una, señorita —me contestó él—. Recuerde aquella noche...

—¿Aquella noche? —repetí yo con el corazón en un puño.

—Aquella noche en la que salí de casa.

—Ah, es cierto..., pero se me ha olvidado por qué lo hiciste...

—¿Se le ha olvidado? —Miles me miró con una sonrisa en los labios—.

¡Lo hice por usted!

—Ah, sí..., ya recuerdo.

—Para demostrarle que podía hacerlo.

Pensé que lo mejor era no perder la calma en aquella situación. Así es que le dije:

—De acuerdo. Pero no lo volverás a hacer.

—No, eso no. Eso no tenía ninguna importancia.

—No tenía importancia —repetí yo—. Pero vamos, que se hace tarde.

Él me cogió del brazo y preguntó de nuevo:

—Entonces... ¿cuándo *vuelvo*?

Andábamos por el camino y yo trataba de conservar la calma, de dar a todas mis preguntas un tono frío e indiferente.

—¿Eras feliz en el colegio?

—Yo soy feliz en todas partes —replicó él.

—Entonces —dije yo— también lo eres aquí...

—Sí, ¡pero eso no es todo en la vida! Naturalmente, usted sabe muchas cosas...

—Pero tú crees saber casi tantas como yo, ¿no es así?

—¡Ni la mitad de las que usted sabe! —dijo modestamente el pequeño Miles—, pero no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De nada en particular... es, sencillamente, que quiero ver mundo.

—Ya entiendo.

Estábamos muy cerca de la iglesia a la que nos dirigíamos. Yo avivé el paso para evitar que el muchacho me hiciera más preguntas. Imaginaba que podía reflexionar sobre todo ello durante la hora larga que duraba el servicio religioso. Pensé con anhelo en la relativa oscuridad del banco de la iglesia y en la ayuda casi espiritual del cojín en que iba a arrodillarme. Estábamos a punto de franquear el recinto de la iglesia cuando el muchacho se me echó encima y me dijo:

—¡Quiero estar con gente de mi edad, con chicos como yo!

No pude evitar el comentario:

—No hay muchos chicos como tú..., si exceptuamos a la pequeña Flora.

—¿Quiere usted compararme con ese bebé?

—¿Es que no *quieres* a tu hermana?

—¡Si no la quisiera...! ¡Si yo no quisiera a mi hermana...! —repetía el pequeño, como si tomara impulso para dar un salto gigantesco... Pero sus palabras se quedaron en el aire y de nuevo me vi obligada a detenerme e interrogarlo. La señora Grose y la pequeña Flora habían entrado ya en la iglesia, seguidas de los otros feligreses. Así es que nos encontrábamos solos en el pequeño cementerio que había junto a la iglesia. Estábamos junto a una tumba cuya piedra, del tamaño de una mesa, se levantaba ante nosotros.

—¿Se puede saber qué pasaría si no la quisieras?

—¡Lo sabe usted perfectamente! —Y a continuación pronunció unas palabras que hicieron que me desplomara en la tumba junto a la que nos encontrábamos, buscando un punto de apoyo—: ¿Y qué piensa de todo esto mi tío? ¿Piensa lo mismo que *usted*?

Tuve que tomar aliento antes de contestar:

—¿Y cómo sabes tú lo que yo pienso?

—Claro que no lo sé... ¿Cómo lo puedo saber, si nunca me cuenta usted lo que piensa? Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Lo sabe *él* o no lo sabe?

—¿Y qué ha de saber, Miles?

—Bueno, pues... ¡todo lo que me pasa!

Al responder al pequeño Miles, sin duda no pensé en el buen nombre de su tío... Pero es que habíamos llegado a un punto que incluso eso carecía ya de importancia:

—Me da la impresión de que a tu tío no le importa mucho lo que a ti te pueda ocurrir.

—¿Y no cree usted —me replicó el pequeño— que ya es hora de que le empiece a importar?

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—Pues haciendo que venga a Bly.

—¿Y quién lo va a llamar?

—Eso, ¡déjelo de *mi* cuenta! —replicó el muchacho con gran viveza, antes de encaminar sus pasos hacia la iglesia.

## XV

Mi decisión estaba tomada desde el momento en que decidí no seguir al pequeño Miles hasta el interior del templo. Permanecí unos minutos sentada sobre aquella tumba, cavilando sobre lo que el muchacho me acababa de decir. Y al dejar pasar dos minutos estaba también dejando pasar la oportunidad de entrar en el templo sin que mi tardanza pareciera excesiva. La última conclusión a la que había llegado era que el joven Miles me había ganado en aquella ocasión la partida y que él mismo se daría cuenta de su triunfo y mi derrota al comprobar que no entraba en la iglesia. El miedo de que yo había dado muestras a lo largo de nuestra conversación le permitiría, sin duda, alcanzar más altas cotas de libertad. Se había dado cuenta de que yo no quería saber las razones de su expulsión del colegio porque detrás de aquellas razones se escondía, sin duda, toda clase de monstruosidades y horrores. También se daba cuenta de que yo no tenía ninguna intención, ningún deseo de discutir el caso con su tío. Así es que me tenía cogida entre la espada y la pared. Estaba en situación de pedirme, con toda la razón del mundo, que le diera explicaciones sobre su ausencia del colegio, sobre su prolongada estancia en Bly, que discutiera el caso con su tío... Y si no estaba dispuesta a hacerlo, que me atuviera a las consecuencias... Lo que más me desconcertaba de aquel muchacho es que todo ello parecía formar parte de un plan cuidadosamente meditado...

Era eso justamente lo que me impedía entrar en la iglesia. Tenía la impresión de que nuestra relación se había deteriorado irreparablemente. Y sentía miedo de ocupar mi lugar de costumbre en el templo junto a Miles y de que el contacto de su brazo con el mío me estuviera recordando, durante la hora y media que duraba el servicio religioso, todo lo que me había estado diciendo anteriormente. Era la primera vez, desde que el niño llegó a la mansión de Bly, que no deseaba estar junto a él. En aquellos momentos, mientras escuchaba desde el exterior de la iglesia la música del órgano y las voces de la congregación, sentí tentaciones de huir..., huir, no sólo del pequeño Miles, sino de todo aquello. Era ésta una ocasión excelente. Casi

todos los miembros del servicio doméstico de la mansión se hallaban en el templo. Nada ni nadie me podían impedir la huida. Sólo tenía que volver a la mansión, hacer las maletas y salir por la puerta principal. Y nadie me lo podría echar en cara. La otra alternativa era esperar a que concluyera el servicio religioso. Me podía imaginar muy bien lo que dirían los niños al verme llegar a la hora de la cena: «¿Dónde ha estado usted, señorita? ¿Ha hecho alguna travesura? ¿Por qué nos abandonó en la puerta de la iglesia? Nos ha tenido muy preocupados...». No tenía el valor de hacer frente a semejantes acusaciones.

Así es que di media vuelta y salí corriendo por el parque hacia la mansión. Había decidido que lo mejor para mí era la fuga. El momento era de lo más oportuno: no me había cruzado con nadie en el camino hacia la casa y así podía evitar cualquier explicación desagradable. Tuve otro momento de debilidad al cruzar el *hall* y llegar a la gran escalinata. Recuerdo que me dejé caer al pie de la escalera durante unos minutos, pensando que había sido justamente en aquel lugar donde había visto el espectro de esa miserable mujer. Al evocar el horror de su visión, saqué fuerzas de flaqueza y subí corriendo hasta la habitación donde dábamos las clases. Guardaba allí algunos de mis objetos personales. Y he aquí que, al abrir la puerta, mis ojos, que habían estado sellados, recobraron la luz de la visión, y hube de hacer frente, de nuevo, al mundo del más allá.



Había una persona sentada en la silla que yo solía, ocupar. Una persona que, a primera vista, parecía alguien del servicio doméstico, alguna criada que después de recoger la clase se hubiera quedado descansando unos momentos en mi silla, escribiendo, quizá, con el papel y la pluma que tenía tan a mano, alguna carta a su enamorado... Estaba sentada junto a la mesa y apoyaba la cabeza en sus manos, como si estuviera triste o pensativa. Lo primero que me chocó fue que no cambió de postura al abrir yo la puerta ni trató de incorporarse. Su identidad se me reveló de pronto. Levantándose majestuosamente, con una gran dignidad y a la vez una gran melancolía, aparentando un desdén y una indiferencia que no eran de este mundo, fijó sus ojos en mí... y yo en los de ella, en los ojos de la miserable persona de la antigua institutriz. Allí la tenía a pocos pasos de mí, su trágica figura vestida de negro, su belleza ya un poco pasada y esa indescriptible tristeza reflejada en el rostro... Parecía decirme con los ojos que tenía tanto derecho como yo a ocupar aquel lugar, que era yo, y no ella, la usurpadora. Sin poder remediarlo lancé un grito agudo, que se perdió por los corredores de la gran mansión: «¡Vete de aquí, miserable mujer!». Me seguía mirando como si entendiera lo que le decía. Al fin, conseguí dominar mis nervios y al levantar la vista vi que su imagen se había evaporado. Sólo quedaba el sol, que se colaba en la habitación por los grandes ventanales... y quedaba también mi determinación de no abandonar la mansión de Bly.

## XVI

Estaba tan segura de que los niños me harían algún reproche, que me sorprendió el silencio con que me recibieron. En vez de hacer alguna broma sobre mi ausencia en la iglesia, tal como yo esperaba, no hicieron la menor alusión al tema. Ni ellos ni la señora Grose, que me miraba con cara de circunstancias. Adiviné en seguida que los niños habrían hecho algún chantaje a la pobre señora para impedir que hablara. Pero yo sabía que no me costaría ningún trabajo hacerla «cantar» en la primera oportunidad que se me presentara. Y se presentó justo antes de la hora del té, en la cocina, entre dos luces, perfumada por la suave fragancia del olor a pan recién hecho. Allí estaba, sentada junto al fuego; su rostro plácido reflejaba una intensa preocupación. Así es como la recordaré yo siempre, sentada en esa cocina impecablemente limpia y ordenada.

—Es verdad, señorita..., me pidieron que no dijera nada y yo les he seguido el juego. Pero ¿se puede saber qué le ocurrió a usted?

—Nada —respondí yo—, simplemente fui a dar un paseo. Debía encontrarme con una amiga.

—¿Usted? —exclamó la señora Grose—. ¿Una amiga?

—Pues sí, mi querida señora —dije yo riendo—, tengo por aquí a dos buenos amigos... ¿Pero qué razón le dieron los niños?

—Me dijeron que era mejor que no le preguntara dónde había estado... Que usted lo preferiría... ¿Lo *prefiere* usted, señorita? —me preguntó la señora Grose, encarándose conmigo.

—¡Váyase usted al demonio! —contesté yo, algo irritada—. Pero dígame, ¿por qué creían que yo lo preferiría?

—El señorito Miles sólo dijo: «No debemos decir nada que pueda molestarla».

—¿Y qué es lo que dijo la señorita Flora?

—La pequeña Flora sólo dijo que sí, que eso era lo mejor. Y yo dije lo mismo.

Me quedé un momento pensativa.

—Fue usted demasiado condescendiente con ellos... —Y añadí—: El señorito Miles y yo tuvimos una discusión.

—¿Una discusión? —La señora Grose me miraba sorprendida—. ¿Sobre qué, señorita?

—Sobre todo..., pero no importa. Lo importante fue la visita que recibí después... de mi amiga, la señorita Jessel.

Cada vez que hablaba de estas cosas solía acercarme a la buena señora hasta tenerla a mano, y poder sostenerla. La señora parpadeó varias veces antes de preguntarme:

—Y ¿se hablaron?

—Algo por el estilo... Me la encontré a mi regreso, esperándome en la clase.

—¿Y qué es lo que le dijo? —La sorpresa se acrecentaba en su rostro.

—Dijo que sufría los tormentos...

—¡... de las ánimas en pena! —exclamó la señora Grose con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Efectivamente, son dos ánimas en pena que buscan algún ser humano para poder compartir sus sufrimientos.

—¿Y a quién buscan?

—La señorita Jessel buscaba a la pequeña Flora.

Tuve que sujetar a la señora Grose para impedir que se desmayara. Y dije para animarla:

—No se apure, señora. Todo eso ya no tiene importancia.

—¿Acaso ha tomado usted alguna determinación?

—En efecto. Es preciso actuar en seguida.

—Pero ¿cómo?

—Enviando a buscar a su tío.

—¡Por favor! —exclamó la buena mujer, aliviada—. ¡Hágalo usted cuanto antes!

—Sí, sí, estoy decidida a todo... Si el señorito Miles cree que le tengo miedo, se equivoca... Su tío tiene que venir cuanto antes y yo se lo contaré todo, en presencia de los niños si hace falta... ¡No puedo consentir que Miles se queje de que no le haya enviado a la escuela!

—¡Adelante, adelante! —me animaba la señora Grose.

—Y además —proseguí yo—, tengo muy buenas razones para hacer lo que hice.

—¿A qué se refiere usted, señorita?

La buena señora estaba visiblemente aturdida.

—Me refiero a la carta del director de su antiguo colegio.

—¿Piensa usted enseñársela al amo?

—Debía haberlo hecho hace mucho tiempo.

—¡No, por favor! —dijo la buena señora.

—Lo siento, pero es la única arma de que dispongo para hacer ver a su tío las dificultades que tengo de educar a un chico que ha sido expulsado de su colegio.

—¡Pero no sabemos por qué fue expulsado! —imploró la buena señora.

—Lo sabemos perfectamente —repliqué yo fríamente—. Fue expulsado por su maldad. ¿Me quiere usted explicar qué otro motivo podrían tener? ¿Acaso no es Miles un modelo de elegancia, de delicadeza, de buenos modales, de inteligencia, de distinción? Pero si es la perfección misma... No puede haber otra razón... Y en cuanto esto se sepa ¡se sabrá todo lo demás! Pero nosotras no debemos preocuparnos... Al fin y al cabo, todo esto es culpa de su tío... Él fue quien envió aquí a esos dos miserables...

—Sí, pero no los conocía... —dijo la señora Grose, tratando de justificar a su amo—. En realidad, la culpa es mía.

—Es posible —repliqué yo—. Pero no voy a consentir que pague usted las consecuencias.

—¡Usted tampoco debe pagar los platos rotos! —exclamó la buena señora.

—Y, desde luego —añadí yo—, los niños tampoco deben pagar las consecuencias.

Nos miramos fijamente durante unos instantes. Finalmente dije:

—¿Y qué es lo que voy a decirle?

—No hace falta que le diga usted nada. Yo se lo diré.

—¿Quiere usted decir que va a escribirle? —Me mordí la lengua al recordar que la señora Grose era analfabeta—. ¿Cómo se lo dirá usted?

—A través del mayordomo. Él *sabe* escribir.

—¿Quiere usted que se entere de toda la historia? —pregunté con un sarcasmo no deseado. La pobre señora rompió a llorar.

—Será mejor que escriba *usted*, señorita.

—Esta noche, sin falta.

Y nos separamos.

## XVII

El tiempo había cambiado. Grandes ráfagas de viento hacían bailar las cortinas de las ventanas y jugaban con la llama de los candelabros. Yo estaba en mi habitación sentada en el escritorio mirando a la hoja de papel en blanco que tenía delante de mí, mientras oía la lluvia golpear contra los cristales y el crujido de las contraventanas azotadas por el viento. No me decidía a comenzar la carta. Finalmente, me levanté y tomando un candelabro me dirigí a la habitación de Miles. Al llegar, me puse detrás de la puerta para ver si oía algún ruido. Quedé sorprendida al oír su voz:

—¡No se esconda, que la he visto! ¡Adelante!

Su voz tenía un tono alegre que contrastaba con las tinieblas que me rodeaban.

Entré en la habitación y me lo encontré en la cama, pero totalmente despierto.

—Buenas noches, señorita —me dijo muy cortésmente—. ¿Qué la trae a usted por aquí?

Parecía haber olvidado, por el tono de voz, nuestra discusión del día anterior.

Me senté a su lado y le pregunté:

—¿Cómo sabías que era yo la que estaba detrás de la puerta?

—¡Por el ruido que hace usted al acercarse! —dijo de buen humor el joven Miles—. ¡Hace usted más ruido que el quinto regimiento de caballería!

—¿Así es que no estabas dormido?

—No, estaba despierto. Pensaba.

Yo le cogí de la mano y acerqué mi rostro al suyo:

—Dime, ¿en qué pensabas?

La luz del candelabro, que había dejado en el otro extremo de la habitación, iluminaba débilmente su rostro.

—¿En qué iba a pensar si no en *usted*, querida mía?

—Eres un jovencito muy galante..., pero preferiría que durmieras en vez de pensar en mí.

—Bueno, la verdad es que también estaba pensando en todo ese extraño asunto que usted y yo nos traemos entre manos.

Sentí un escalofrío al coger su mano entre las mías.

—¿A qué asunto te refieres?

—Bueno, usted ya lo sabe, a la manera que tiene usted de educarme y a todo lo demás.

Se me había cortado la respiración al oír las palabras del pequeño Miles. A pesar de la distancia que nos separaba del candelabro, pude distinguir la sonrisa que me dirigía desde su almohada.

—¿Qué quieres decir con ese «todo lo demás»?

—No me haga usted hablar, ¡ya lo sabe!

Permanecimos en silencio durante unos minutos. El frío contacto de su mano parecía transmitirme todo aquello que no se atrevía a decir con la boca. Mi silencio se hacía cómplice de su mano. Nunca hasta ese momento nuestra relación había sido tan íntima:

—Si lo que te preocupa es el colegio, quiero que sepas que volverás a ir... Pero no a tu antiguo colegio. Tenemos que buscar otro sitio, un colegio mejor para ti. Nunca me dijiste nada, no sabía que todo esto te podía preocupar tanto.

Su rostro, enmarcado por la blancura de su almohada, parecía el de un paciente de un hospital de niños escuchando con paciencia las órdenes de su doctor. Y yo, en aquellos momentos, hubiera dado todo lo que poseía por poder ser su enfermera, por poder asistirlo y ayudarlo, como si fuera una hermana de la caridad. Pero no todo estaba perdido. Quizás pudiera ayudarlo sin dejar de ser yo misma.

—¿Sabes —le pregunté— que nunca me has dicho una palabra de tu colegio?

Se quedó unos minutos pensativo aunque no dejara de sonreírme. Trataba de ganar tiempo. Al fin dijo:

—¿Está segura de que nunca le he dicho nada?

Había algo en la expresión de su rostro al pronunciar estas palabras que me llegó al alma. Era conmovedor ver cómo trataba en vano de encontrar algo que decirme, alguna explicación para salir del paso.

—No, jamás me has hablado de tu colegio. Ni de tus maestros, ni de tus compañeros, ni siquiera me has contado alguna anécdota de tu vida en la escuela. Nunca, querido niño, has hecho la más mínima alusión a algún *suceso*, algún acontecimiento relacionado con tu persona, que ocurriera mientras estabas en la escuela. Ya puedes imaginarte lo poco que sé sobre tu

vida escolar. Hasta que sacaste el tema esta mañana, cuando íbamos a la iglesia, yo sabía muy poco sobre tu vida anterior al momento en que yo te conocí. Vivías solamente para el momento presente, o al menos así me lo parecía.

Tan convencida estaba de la precocidad del muchacho, de su gran madurez, que le estaba hablando como si se tratara de un adulto.

—En resumen, mi querido Miles, estaba convencida de que preferías continuar así, sin inmiscuirme en tu vida.

Me pareció ver que su rostro se sonrojaba. Mientras yo hablaba movía la cabeza lánguidamente, como si de verdad estuviera convaleciendo en la cama.

—Eso no es cierto..., no es cierto. Lo que quiero es marcharme de aquí.

—¿Es que no te gusta la vida en Bly?

—No es eso..., estoy muy a gusto en Bly.

—¿Entonces...?

—¡*Usted* sabe perfectamente lo que quiero decir! Un muchacho como yo necesita otros pasatiempos...

No sabía exactamente adónde me quería llevar Miles. Por eso me limité a preguntarle:

—¿Te refieres a los pasatiempos que te podría proporcionar tu tío en Londres?

Su cabeza se movió en la almohada, en señal de impaciencia:

—¡No se haga usted la tonta!

Ahora era yo la que se sonrojaba.

—Querido Miles, ¡lo único que quiero es saber la verdad!

—Mal que le pese a usted, pronto se sabrá la verdad de lo que aquí ocurre —me miraba a los ojos fijamente—. Es preciso que mi tío venga cuanto antes y que usted se lo cuente todo.

—Si viene —dije yo, sorprendida por el tono agresivo del niño—, puedes estar seguro de que lo primero que hará será llevarte de aquí.

—¡Eso es justamente lo que quiero! Pero antes —continuó diciendo el niño— tendrá usted que *explicarle* muchas cosas. Muchas cosas que hasta ahora no se han aireado; no se han aireado porque no ha querido usted.

—¿Y no piensas que también a *ti* va a hacerte muchas preguntas? Te preguntará sobre ciertas cosas...

Se quedó un momento pensativo.

—¿A qué cosas se refiere usted, señorita?

—¡A esas cosas de las que tú nunca me has querido hablar! Tiene que saber ciertas cosas de ti, si quieres que te vuelva a enviar...

—¿... a mi antiguo colegio? ¡Eso nunca! —exclamó Miles—. ¡Quiero cambiar de aires!

Lo dijo con toda la naturalidad, casi con un tono jovial.

Pero yo sabía que detrás de aquellas palabras se escondían la frustración y la vergüenza de su expulsión. ¡No podía presentarse delante de sus compañeros al cabo de tres meses como si nada hubiera ocurrido! Mi corazón se desbordó en aquel momento. Estrechaba a Miles entre mis brazos mientras repetía:

—¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura! ¿Qué es lo que te han hecho?

Mi rostro se hallaba muy cerca del suyo. El niño, con indulgente buen humor, me dejaba que lo besara.

—¿Y qué es lo que le ocurre a mi vieja? —me decía afectuosamente.

—¡Miles, mi pequeño Miles! —repetía yo—. ¿Es que no hay nada que desees contarme?

El pequeño Miles me dio la espalda.

—¡Pero si ya se lo he dicho todo esta mañana...!

—¿Y eso es todo cuanto me pides? ¿Que deje de preocuparme de ti?

Se volvió hacia mí y me dijo con toda dulzura:

—Exactamente. Eso es todo lo que le pido.

Había una cierta dignidad en su actitud. Dios es testigo de que no pretendía agobiarlo. Pero tampoco podía abandonarlo a su suerte porque eso significaba perderlo.

—He empezado a escribir una carta a tu tío —le dije.

—¡Pues acábela de una vez!

Permanecí un momento de pie junto a su cama.

—¿Qué ocurrió antes? —le dije al fin.

Se quedó unos instantes mirándome.

—¿Antes de qué?

—Antes de que regresaras a Bly... y antes de que te fueras al colegio.

Estuvo callado unos momentos, pero sus ojos no se apartaron de los míos.

—¿Y qué quiere usted que ocurriera?

Había, sin embargo, cierto temblor en sus palabras como si vacilara al pronunciarlas. Yo me arrodillé ante él y le abracé las piernas.

—¡Miles, mi querido Miles! ¡Si *supieras* cuánto he deseado ayudarte! ¡Prefiero morir antes que verte sufrir! ¡Lo único que quiero, mi querido niño, es que me ayudes a salvarte!

Pero, al momento, supe que había ido demasiado lejos. Una ráfaga de un viento helado penetró en la habitación e hizo temblar los muebles. Tan salvaje

era su embestida que el marco mismo de la ventana pareció a punto de estallar. El niño lanzó un grito, un aullido, que tanto podía ser de terror como de alegría. Yo me levanté de un salto. Me di cuenta entonces de que la habitación estaba a oscuras. Así permanecimos unos instantes. Miré hacia la ventana y estaba perfectamente cerrada. Me fijé en las cortinas y vi que estaban corridas.

—¡Se ha apagado la vela! —exclamé yo.

—Querida mía —oí que me decía el pequeño Miles—, ¡yo mismo la he apagado!

## XVIII

Al día siguiente la señora Grose se acercó sigilosamente y me preguntó:

—¿Ha escrito usted la carta, señorita?

Le dije que sí. Pero no le dije que guardaba la carta en el bolsillo, debidamente franqueada, en espera del mensajero que la llevaría al pueblo. Entretanto, y como si se hubieran puesto de acuerdo, mis alumnos me ofrecieron, a lo largo de toda la mañana, una auténtica exhibición de sus conocimientos. No había prueba matemática, lugar de la geografía o fecha de la historia que se resistiera a su brillante inteligencia. Era como si el pequeño Miles estuviera empeñado en hacerme olvidar lo que había ocurrido la noche anterior y, al mismo tiempo, en demostrarme que era superior a *mí*, que sabía más que yo. Difícilmente podría expresar en palabras lo que yo sentía por aquel muchacho. Su inteligencia inspiraba en mí una mezcla de admiración y repulsión. La distinción de su figura, la franqueza de su mirada, la liberalidad de su sonrisa, eran sólo aspectos parciales de la total fascinación que su persona inspiraba. Y así, tenía que estar siempre en guardia para no dejarme arrastrar por el hechizo de sus ojos o de su voz... Su figura era para mí un perfecto enigma: tan pronto lo subía en el pedestal de mi admiración como lo sumía en la más profunda ignominia, acusándole de actos bochornosos en el colegio. Necesitaba una prueba, algo palpable, para poder decidir, de una vez por todas, mi opinión sobre él.

Nunca estuvo tan perfecto como en aquella tarde cuando, después de la cena, insistió en que quería representar, exclusivamente para mi persona, una pequeña función. Ni el mismísimo David, cuando deleitaba con las notas de su arpa los oídos del rey Saúl puso tanto encanto en su interpretación<sup>[4]</sup>. Era como si me estuviera diciendo: «Soy como uno de esos caballeros que leemos en los cuentos que después del combate buscan deleitar a sus damas. Cierto que ayer estuve algo rudo con usted; y por eso hoy quiero demostrarle que sigue siendo la dama de mi corazón». De su mano me llevó hasta la habitación donde dábamos las clases y allí me acomodé, junto al viejo piano. Nunca tocó con tanta pasión como aquel día. Al conjuro de las notas del piano

perdí la noción del tiempo y del espacio..., me sentí transportada a otro mundo. Recuerdo que de pronto desperté sobresaltada, como si hubiera estado inmersa en un profundo sueño. No había caído en el sueño, pero sí en un profundo olvido... Cuando reaccioné, la noche estaba a punto de caer. Y la primera pregunta que me hice fue: «¿Dónde está la pequeña Flora?». Se lo dije a Miles y él me contestó:

—Querida mía, ¿cómo quiere que yo lo sepa? —Y rompió a reír con una sonrisa feliz, que inmediatamente después adquirió una extraña entonación incoherente.

Salí corriendo hacia mi habitación pero su hermana no estaba allí, ni tampoco estaba en las habitaciones de abajo. Por un momento pensé que estaría con la señora Grose y me dirigí hacia la cocina. Allí me la encontré, sentada en el mismo lugar de la tarde anterior, con la misma sonrisa bondadosa en los labios. La buena señora creía que la niña estaba conmigo, que me había llevado a los dos niños después de la cena. Sólo quedaba la esperanza de que estuviera con las criadas. Las dos nos dirigimos hacia sus habitaciones, adoptando un aire de indiferencia para no levantar sospechas. Pero nadie parecía saber el paradero de la pequeña Flora. La señora Grose parecía tan alarmada como yo, y al fin dijo:

—Seguramente estará arriba..., en alguna de las habitaciones altas que no hemos registrado.

—No —le dije yo, sin pensarlo un momento—, Flora ha salido.

La señora Grose se quedó boquiabierta.

—¿Cómo puede haber salido sin su sombrero?

Yo tenía la respuesta adecuada:

—De la misma manera que la señorita Jessel... Ella nunca lo lleva.

—¿Quiere usted decir —exclamó la señora Grose— que la niña se ha ido con *ella*?

—Estoy absolutamente convencida de que están juntas —dije yo—. Debemos encontrarlas cuanto antes.

De nuevo, mi mano se había posado en el brazo de la buena señora, en previsión de cualquier eventualidad. Ella no se movía. Al fin me preguntó:

—¿Y dónde está el señorito Miles?

—Pues, naturalmente..., ¡*estará* con Quint!

Yo misma estaba sorprendida de la naturalidad con que había pronunciado aquellas palabras. Y continué diciendo:

—¿Es que no se da usted cuenta? El plan del joven Miles se ha cumplido a la perfección..., un plan absolutamente divino.

—¿Divino?

—¡O infernal..., como usted quiera! —exclamé yo—. Mientras él me entretenía, ella se fugaba..., y ahora, mientras la buscamos a ella, él, sin duda, también «se entretiene».

—¿Y cómo permite usted que se quede con Quint?

—¡Eso, a estas alturas, ya no tiene importancia!

Y tomó una de mis manos, como solía hacer en los momentos de máxima tensión.

—¿Quiere usted decir que ya no importa..., porque la carta lo arreglará todo?

Antes de dar una respuesta saqué la carta del bolsillo donde la tenía escondida y la deposité en la mesa que se hallaba en el *hall*.

—Luke se encargará de llevarla.

Me dirigí hacia la puerta principal de la mansión.

Pero mi compañera dudaba. La tempestad de la noche anterior había dejado un aire frío, una tarde desapacible y ventosa.

—¿Va usted a salir sin ponerse nada encima? —me preguntó la buena señora, asombrada.

—Tampoco la niña lleva sombrero —grité yo desde la puerta—. Si prefiere usted quedarse, puede hacerlo. Así hará usted compañía al señorito Miles y a su amigo...

—¿A su amigo? —exclamó la señora Grose—. ¡No, muchas gracias!

Y salió disparada por la puerta, siguiendo mis pasos.

## XIX

La buena señora y yo echamos a correr hacia el «lago». Así al menos llamábamos en Bly a aquella superficie de agua estancada y pantanosa que se hallaba a algunos centenares de metros de la mansión. En alguna ocasión, y a instancias de mis alumnos, habíamos cruzado el lago en una barca de fondo plano que permanecía anclada en su orilla, y a mí me había sorprendido tanto la extensión de sus aguas como su agitación. El lugar de embarque se hallaba a poco más de media milla de nuestra casa, pero yo tenía el presentimiento de que la pequeña Flora estaba mucho más lejos. Estaba convencida de que la pequeña Flora andaba metida en una aventura, y desde el día aquel en que nos sobrevino la presencia de esa señora sabía muy bien cuál era el lugar hacia el que la pequeña encaminaba sus pasos. La que no sabía nada y estaba, además, profundamente desconcertada, era la señora Grose.

—¿Se puede saber adónde vamos, señorita? ¿Cree usted que la niña está en el agua?

—Es posible, aunque tengo entendido que se trata de un lago poco profundo... Pero no lo creo. Lo más probable es que la encontremos donde el otro día vimos lo que ya le conté.

—¿... de la señorita Jessel? Pero ella no la vio, o al menos pretendió no verla.

—Siempre he pensado que querría volver a aquel lugar y que lo haría sola. Esta tarde su hermano le ha echado una mano...

La señora Grose no se movía.

—¿Piensa usted de verdad que *hablan* con ellos, que les cuentan sus secretos?

—Se cuentan cosas —le contesté yo, firmemente convencida— que a usted y a mí nos llenarían de horror si algún día llegáramos a escucharlas.

—Y si encontramos allí a la pequeña Flora —continuó diciendo la buena señora— eso quiere decir que también encontraremos...

—¿... a la señorita Jessel? Naturalmente. Dentro de unos momentos la tendrá usted ante sus ojos.

—Muchas gracias..., pero me parece que me quedo aquí —dijo temblando la buena mujer.

Di unos pasos sin ella pero, al momento, oí él entrecortado aliento de su respiración detrás de mí. La pobre mujer no sabía qué era peor, si la soledad de aquel lugar o mi compañía... En cualquier caso, llegamos hasta el borde mismo del lago sin haber percibido el menor rastro de la niña o de su acompañante. Nos miramos sin decir una palabra hasta que al fin comprendí la pregunta que se agazapaba detrás de los ojos de la señora.

—No, no. Estoy convencida de que la niña se encuentra aquí. Lo que ocurre es que se ha llevado la barca. Ésa es la mejor prueba de que Flora no puede andar lejos.

—¿La barca? —Mi amiga miró hacia el vacío embarcadero—. ¿Cómo quiere usted que una niña de su edad...?

—Porque no está sola y porque, en tales momentos, la niña no es una niña, sino una mujer muy vieja.

Mis ojos escrutaban la otra orilla del lago buscando algún lugar, alguna diminuta bahía que hubiera podido servir para esconder la embarcación, oculta, quizás, entre árboles y arbustos.

La señora Grose no salía de su estupefacción.

—Pero aunque la barca esté allí, ¿dónde puede estar la *niña*?

—Eso es justamente lo que quiero saber —dije yo, echando a andar.

—¿Y cómo quiere usted llegar hasta allí? —preguntó la buena señora.

—No tenemos más remedio que dar la vuelta al lago. No tardaremos más de diez minutos. Es una distancia lo suficientemente larga para que, al llegar a este punto, la niña decidiera coger la barca.

—¡Recontra! —exclamó mi amiga, que en aquellos momentos no podía seguir ni mi lógica ni mis pasos.

Sus zapatos se enredaban en los arbustos que crecían en aquel terreno pantanoso. Su respiración era tan dificultosa, que tuve que detenerme unos momentos y sujetarla con el brazo para que recobrara el aliento. Con nuevos ánimos emprendimos de nuevo la marcha y pronto habíamos dado la vuelta al lago y nos encontrábamos en el lugar donde yo suponía que se encontraba la embarcación. Efectivamente, allí estaba, cuidadosamente escondida entre los arbustos para que nadie pudiera divisarla desde la otra orilla. Al contemplar los poderosos remos de aquella embarcación, al ver la manera como había sido amarrada a una de las estacas de la orilla, pensé en el prodigioso esfuerzo que una niña de tan pocos años había tenido que realizar... Aunque, a decir verdad, ya nada me sorprendía en aquel lugar donde prodigios y misterios

estaban a la orden del día... Recuerdo que pasamos por una pequeña verja y accedimos a un campo abierto y que, al llegar a aquel lugar, exclamamos a dúo:

—¡Allí está!

La pequeña Flora se encontraba a pocos pasos de nosotras, en el centro mismo de una gran pradera, y nos sonreía como si nuestra llegada fuera el punto final de su actuación. No se movió al vernos y, en lugar de venir hacia nosotras, se inclinó para recoger un helecho que crecía a sus pies, como si aquello fuera la única razón por la que se encontraba en aquel lugar. Nos contemplaba en silencio, con sus grandes ojos azules, y aquel silencio acrecentaba el misterio de su desaparición. La señora Grose fue la que rompió el encantamiento. Salió corriendo hacia la niña y se arrodilló ante ella, estrechándola entre sus brazos. En aquel momento envidié a la señora Grose. Envidié su simpleza, la forma de relacionarse, directa y desinhibida, que tenía con los niños. Porque mientras la señora Grose daba, de una forma tan espontánea y natural, rienda suelta a su emoción, la niña me miraba por encima del hombro de la buena señora y me decía con los ojos algo muy distinto. Su mirada me decía que el idilio entre nosotras dos había terminado, que sobraban todos los pretextos y que desde aquel momento ya no hacía falta andar con tapujos. Sin necesidad de abrir la boca, ella me estaba diciendo: «¡No pienso decir una palabra!».



Pero sus primeras palabras reales fueron muy diferentes. Sin duda se había sorprendido al vernos sin sombrero, y lo primero que dijo fue:

—¿Dónde están sus sombreros?

Yo no estaba para bromas y respondí:

—¿Y dónde está el tuyo, si puede saberse?

Ella prefirió no responderme y volvió a preguntar:

—¿Dónde está mi hermano?

Esas palabras o, mejor dicho, el dulce candor con que las pronunció fueron la gota de agua que colmó el vaso de mi paciencia, acumulada tras semanas y semanas de tensa espera, hasta hacerlo rebosar.

—Te lo diré —me oí decir a mí misma— si antes tú *me* dices dónde está...

—¿Quién?

Vi que la señora Grose me miraba con la cara congestionada por la emoción, pero era demasiado tarde para callarme. Había llegado demasiado lejos y, sin poder remediarlo, pronuncié las fatídicas palabras:

—¿Dónde, querida mía, está la señorita Jessel?

## XX

Ocurrió como había ocurrido con el pequeño Miles la otra tarde junto a la iglesia: habíamos tocado fondo. Al pronunciar el nombre de su antigua institutriz, los ojos de la niña parecieron salirse de sus órbitas, como si la fuerza de mis palabras hubiera roto, de una vez, el invisible cristal que los protegiera. Y el horror que se reflejó en los ojos de la niña se vio acompañado por el grito de sorpresa de la señora Grose. Y estas dos expresiones de violenta emoción se vieron acompañadas de otro grito, esta vez de rabia, que salió de mi propia boca y que iba dirigido a la señora Grose:

—¡Mírela, mírela! ¡Allí la tiene usted!

Allí estaba la señorita Jessel, en la otra orilla del lago, en el mismo lugar donde la vi en la otra ocasión. Y recuerdo que al verla me embargó un sentimiento, no de tristeza o de horror, sino de júbilo. Era la prueba que yo buscaba. Allí estaba, no sólo ante mí, sino ante los demás. Yo no estaba loca ni era una mujer cruel o desequilibrada... Por extraño que parezca, lo primero que hice fue mandarle, con los ojos, un mensaje de agradecimiento a la señorita Jessel, un mensaje que estoy segura de que ella captó. Allí estaba, en toda su majestad, suspendida en un punto de la otra orilla, muy cerca del lugar donde antes habíamos estado. Hacia allí señalaba con mi mano extendida y hacia allí dirigía su atónita mirada la señora Grose. Pero lo más sorprendente fue la reacción de la pequeña Flora. Yo esperaba que su rostro indicara incredulidad o indiferencia o, en el peor de los casos, la humillación de ver que su secreto había sido descubierto. Pero me equivocaba... Volviendo su delicado rostro hacia mí —ni siquiera se había molestado en mirar hacia el lugar que yo estaba señalando— me traspasó con su fría mirada, la mirada del juez a un reo de muerte antes de dictar sentencia. Era una expresión totalmente nueva en ella, que jamás había visto en sus ojos, siempre tan azules y cándidos. Una mirada que me traspasó el corazón y que me hizo exclamar:

—¡No me mires a mí, sino a ella! ¡Allí la tienes, para tu desdicha, a la vista de todos!

Tal como había dicho antes a la señora Grose, era como si Flora se hubiera transformado, como si hubiera dejado de ser una niña inocente y cándida y se hubiera convertido de pronto en una cruel anciana. Era el rostro de una anciana el que me estaba mirando, el que me transmitía por medio de los ojos todo el veneno de su crueldad y su repulsa. Tan embebida estaba contemplando el rostro de la niña, que me había olvidado por completo de la señora Grose. Cuando empezó a hablar, mis oídos apenas podían dar crédito a sus palabras:

—¡Qué cosa más rara, señorita —dijo la señora Grose—, por más que miro, no consigo ver nada!

Me quedé absolutamente boquiabierta, mirando una vez más hacia el otro lado de la laguna, donde se percibía con toda claridad la siniestra figura de aquella miserable mujer. Allí había permanecido durante un minuto entero y allí continuaba cuando me dirigí hacia la señora Grose y cogiéndola del brazo, empujándola casi, le dije:

—¿Acaso no la está usted viendo? Pero si está allí —y señalaba hacia el horizonte—. Delante de sus mismos ojos ¡y tan grande como una catedral! ¡Por el amor de Dios, abra usted bien los ojos y mire!

La pobre mujer se esforzaba tanto como yo le pedía en mirar hacia el lago, pero sus ojos indicaban muy a las claras que por más que miraba nada veía. Estoy segura de que la pobre mujer habría dado media vida por poder ver, por ayudarme en aquel mal trago que yo estaba pasando, pero nada. La prueba que yo necesitaba me la negaban los ojos de la señora Grose. En medio de tanta desolación yo podía sentir, podía adivinar y casi podía ver la satisfacción de la señorita Jessel por mi derrota. Su júbilo parecía reflejarse en el rostro de la pequeña Flora, cuyos ojos me seguían traspasando con su crueldad maligna. La señora Grose rompió el embrujo de aquel momento y acentuó aún más mi sensación de fracaso al tomar en brazos a la pequeña Flora y decirle:

—¡No hagas caso a lo que dice la señorita, mi pequeña niña! ¿Verdad que tú no has visto nada? ¿Cómo podías haberlo visto, si la señorita Jessel murió hace más de un año? ¡No debes preocuparte! ¡Todo esto ha sido una broma de tu señorita! ¡No tiene importancia! ¡Y ahora, vámonos a casa!

Y mientras la señora Grose abrazaba a la pequeña, mientras sus cuerpos se unían y me daban a mí la espalda, la niña no dejaba de dirigir su mirada hacia mí, no dejaba de acusarme con sus ojos fríos y transparentes. ¡Que Dios me perdone!, pero en aquel momento, al contemplar el rostro de la niña, me pareció que de pronto había perdido la incomparable belleza que antes poseía.

Se había vuelto, así me lo pareció en aquel instante, fea y vulgar, sobre todo en el momento en que abrió la boca para decirme:

—¡No sé de qué me está usted hablando! ¡No veo a nadie! ¡Nunca he visto a nadie! ¡Es usted una mujer cruel! ¡Ya no la quiero!

Más que una niña elegante y educada, en aquellos momentos me pareció una niña de la calle. Escondía la cara entre las faldas de la señora Grose y gritaba, casi aullaba:

—¡Lléveme de aquí! ¡Lléveme de aquí! ¡No quiero verla nunca más!

—¿A mí? —dije yo totalmente sofocada.

—¿A quién si no? ¡A usted, a usted!

Tan apurada era mi situación en aquellos instantes, que incluso la señora Grose se volvió hacia mí para dirigirme una mirada de ánimo y de consuelo. Yo no hacía más que mirar la aparición que permanecía aún en la otra orilla del lago y cuya visión me había llevado, en pocos segundos, del júbilo a la desolación. Allí permanecía erguida para contemplar mi derrota. Porque había sido ella la que me había derrotado, había sido ella misma la que había puesto en boca de la niña todo aquel torrente de crueles palabras que habían lastimado mi corazón. Me volví hacia la niña y le dije:

—Has de saber que nunca estuve tan convencida como ahora de que todo es verdad. He cometido la osadía de interponerme entre tú y ella y al hacerlo te he perdido para siempre. Ella es la que nos separa, ha sido ella la que te ha inspirado, la que te ha enseñado la forma de burlarte de mí... ¡Adiós, mi pequeña Flora! —Y a la señora Grose—: ¡Márchese, llévesela cuanto antes de aquí!

Vi cómo se alejaba la buena señora dando señales de un profundo dolor, convencida, a pesar de que sus ojos se lo negaban, de la existencia de aquella monstruosa presencia que, desde la otra orilla del lago, aún nos acechaba.

Nunca sabré cuánto tiempo permanecí en aquel lugar y qué hice al quedarme sola... Sólo sé que, al despertarme del trance en que me hallaba sumida, percibí el olor de tierra mojada en el rostro... Estaba boca abajo en la tierra, una tierra húmeda, bañada por mis propias lágrimas. Cuando levanté la cabeza, vi que la noche había cerrado sobre mí. Apenas tuve ánimos para incorporarme y lanzar una última mirada hacia aquella laguna embrujada... Después me volví, y dirigí mis pasos hacia la mansión. Cuando llegué al embarcadero pude comprobar que la barca había desaparecido, lo que me hizo reflexionar una vez más sobre los poderes ocultos de la niña. La pequeña Flora tuvo aquella noche la feliz ocurrencia —si es que se puede hablar de felicidad en aquella ocasión— de pedir que trasladaran su cama a la

habitación de la señora Grose. De forma que a mi regreso a la mansión tuve la suerte de no encontrarme con ninguna de las dos. A quien sí pude ver fue al pequeño Miles. Recuerdo que fui primero a mi habitación y comprobé la salida de Flora. Después me dirigí a la habitación donde daba mis clases, y allí, junto al fuego, se me sirvió una taza de té, como tenía por costumbre todas las noches. A eso de las ocho entró en la habitación el pequeño Miles y se sentó a mi lado. Recuerdo que no nos dirigimos la palabra y que sin embargo aquella noche estuvimos muy juntos. Él sabía muy bien que, a partir de aquel momento, era completamente libre de hacer lo que quisiera, que mi responsabilidad había concluido: era hombre libre. Por eso le agradecí tanto que aquella noche, la última que pasamos juntos, estuviera conmigo, me brindara su silenciosa compañía.



## XXI

Antes de que despuntara el nuevo día, vi a la señora Grose junto a mi cama con una cara muy preocupada. Me dijo que la pequeña Flora había pasado la noche con una fiebre altísima, presa de pesadillas que parecían provocadas no por la figura de su antigua institutriz sino por la nueva, es decir, por mi persona. La señora Grose me contaba que la niña se quejaba, no de la aparición de la señorita Jessel, sino de mi propia aparición en sus sueños. Al oír estas noticias, salté de la cama, dispuesta a hallar alguna solución a todo aquel embrollo. Lo más delicado de todo aquel asunto era que mi amiga, la señora Grose, había decidido curarse en salud y adoptar una actitud extremadamente precavida respecto a mi persona. De eso me di perfecta cuenta cuando le pregunté sobre la sinceridad de la niña al negar la aparición de la señorita Jessel la tarde anterior.

—¿Sigue insistiendo en que no vio nada?

—Comprenderá usted, señorita —dijo la señora Grose—, que yo no estoy en situación de obligar a la niña a decir nada. De cualquier manera, el estado en que se encuentra la pobre niña es muy lamentable. Es como si hubiera envejecido muchos años en un solo día.

—¡Es como si la estuviera viendo! —exclamé yo—. Está resentida, como si fuera una dama de alta alcurnia a la que se hubiera ofendido... ¡Se había puesto en duda su palabra! ¡Y yo era la culpable de todo! ¡Y la señorita Jessel, por supuesto, *ella* sí que es una verdadera dama! Ayer la niña me miró a mí como si yo fuera basura... Tengo la impresión de que nunca me perdonará lo que le he hecho.

Todo aquel asunto era demasiado oscuro, excesivamente complicado para la pobre señora Grose. Dudó unos momentos antes de declarar con toda franqueza:

—Creo que es verdad lo que usted dice, señorita... ¡Nunca la perdonaré! Tenía usted que haber visto los aires que se daba cuando me lo decía...

Veía a la pequeña retratada en la expresión que había en el rostro de la buena señora.

—Esos aires, como usted los llama, son la mejor prueba del delirio de la pequeña.

—Cada dos o tres minutos —prosiguió la señora Grose— pregunta por usted..., pero es para impedir que entre en su habitación.

—Entiendo... ¿Y ha nombrado en alguna ocasión, aunque sólo fuera para negar todo contacto con ella, a la señorita Jessel?

—Ni una palabra... Por otro lado, recordará usted, señorita, que yo le dije ayer a la niña que no había *nadie* en la otra orilla del lago.

—¿Y sigue usted manteniendo lo que dijo ayer?

—Naturalmente... Además, no puedo contradecir a mi pequeña. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¡Nada, nada! Ya veo que la tienen a usted en un puño... Son más listos de lo que yo me imaginaba... Esos dos miserables han forjado a los niños a su imagen y semejanza, han transmitido el odio que sienten por mi persona a la pequeña Flora. ¡Sin duda, han encontrado un material muy maleable para sus vicios! Y nada podemos hacer nosotras, sino dejar que las cosas lleguen hasta el final.

—¿A qué *final* se refiere usted?

—Al momento en que la niña le suelte a su tío todas las cosas horribles que piensa de mí y yo me convierta, a sus ojos, en una criatura degenerada.

Casi me reí al ver la cara de horror y lástima que puso la señora Grose al oír mis palabras:

—¡Justamente el amo —musitó la pobre señora—, que tan alta opinión tiene de usted!

—Pues no lo parece —repliqué yo, pensando en las escasas noticias que me habían llegado de Londres—. Pero todo eso ya no tiene ninguna importancia. Lo que Flora quiere es deshacerse de mí, y a fe que lo va a conseguir.

Mi amiga asentía con la cabeza:

—No quiere volver a verla nunca jamás.

—Y usted —le dije yo— ha venido a pedirme que me vaya. ¿No es así? —Antes de que tuviera tiempo de contestar, continué diciendo—: Pero yo tengo una idea que es mucho mejor. *Parece*, efectivamente, que yo debería marcharme cuanto antes, pero lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que lo mejor es que sea *usted* quien se marche... y se lleve consigo a la pequeña Flora.

—¿Y dónde demonios piensa usted enviarme?

—Lejos de este lugar. Lejos de *ellos*. Lejos, sobre todo, de mí misma... Quiero enviarla a Londres a ver a su tío.

—¿Para que luego le cuente cosas sobre usted?

—¡Será mi perdición..., pero quizás también mi salvación!

—¿Y en quién confía usted para salvarse? —me preguntó la buena señora.

—En usted, mi querida señora Grose, ¡en su lealtad hacia mí! —dije yo, abrazándola. Y después añadí—: Y también confío en Miles.

—¿En Miles?

—Aún puede ser —le dije yo— que el pequeño recurra a mí, que busque, por alguna circunstancia, mi ayuda... Deje que me quede con él algunos días y salga usted cuanto antes hacia Londres... Es nuestra última oportunidad —me sorprendía la seguridad con que pronunciaba aquellas palabras, como si una reserva de energía espiritual hubiera aflorado nuevamente en mí—: Una sola cosa le quiero decir, señora Grose. Es importantísimo que los niños no se comuniquen.

—¡Pierda usted cuidado, señorita! Yo misma he tomado precauciones para que los niños no se vean. Cada vez que me he visto obligada a salir de mi habitación he dejado al cuidado de la pequeña Flora a una de las criadas, con instrucciones de no dejar pasar al pequeño Miles. Lo que no entiendo —continuó la señora Grose— es qué confianza puede tener en el pequeño Miles.

—Ya le he dicho antes —repuse yo— que la única persona en la que confío es *usted*. Y sin embargo, desde ayer por la noche, tengo una nueva esperanza... Me daba la impresión de que el pequeño Miles me buscaba, como si quisiera abrirse a mí... Ayer, como le digo, al amor de la lumbre, estuvimos sentados largo rato juntos y, aunque nada nos dijimos, estoy segura de que nuestros pensamientos estuvieron unidos.

La señora Grose miraba a través de la ventana el amanecer gris del nuevo día.

—¿No dijo absolutamente nada?

—Ni una palabra —repuse yo—. Nos despedimos sin haber hecho la más mínima alusión a su hermana... Yo esperé y esperé, pero nos dimos las buenas noches y el pequeño aún no había abierto la boca. De cualquier modo —proseguí yo—, pienso que hay que darle una última oportunidad al muchacho..., no quiero que su tío hable con él y con su hermana a la vez.

La señora Grose no parecía estar muy convencida.

—¿Una última oportunidad?

—Sí —repuse yo—, dos o tres días para que recapacite... Verá usted como se pone de *mi* lado... No me he resignado aún al fracaso... Y en el peor

de los casos, usted me habrá prestado ya una ayuda inestimable al adelantarse a mi viaje y prepararme el terreno en Londres... A no ser —concluí— que, en realidad, no esté dispuesta a marcharse...

La buena señora no vaciló un segundo. Tomó mis manos entre las suyas y declaró solemnemente:

—Estoy dispuesta a hacer lo que me diga. Partiré esta misma mañana.

Yo quería darle toda clase de facilidades.

—Si prefiere usted *esperar* unos días, yo haré lo posible para evitar un encuentro con la pequeña Flora.

—No, no se trata de usted —dijo la señora Grose—. Se trata de la casa, del mismo lugar donde nos encontramos... Debe cambiar de aires... Ni yo misma podría continuar un momento más aquí.

Me dirigió una mirada que me dejó perpleja.

—¿Acaso ha visto usted...?

—No es lo que he visto —replicó ella—. Es lo que he *oído*.

—¿Y qué ha oído usted?

—¡Horrores! ¡Barbaridades! ¡Atrocidades..., saliendo de la boca de mi pequeña! ¡Le juro a usted, señorita, que en mis largos años de vida jamás había oído nada parecido! Y se derrumbó la pobre señora en el sofá, dando rienda suelta a sus emociones, a los sufrimientos que había ido acumulando la noche anterior.



Sin duda se sorprendió la pobre señora al oírme exclamar:

—¡Gracias a Dios!

—¿Qué dice usted, señorita? —gritó la buena señora.

—¡Gracias a Dios que se da usted cuenta de que yo tenía razón! —exclamé.

La señora Grose asentía. Yo quería saber más:

—¿Tan horribles eran las palabras de la pequeña?

—¡Espantosas! ¡No se lo puede usted ni imaginar!

—¿Y era yo el blanco de sus iras?

—Usted, señorita..., ya que me lo pregunta... Un lenguaje indecente, impropio de una joven damita... Lo que yo me pregunto es de dónde o de quiénes...

—¿... de quiénes lo ha aprendido? ¿Y no se lo puede usted imaginar? —exclamé yo, soltando, casi sin querer, una triunfal risita.

—Ahora que lo dice..., pues sí..., algunas palabras me sonaban ya de antes —admitió la buena señora, mientras miraba de lado hacia el reloj que había en la mesa de mi habitación—. Pero no puedo soportarlo más... Ahora debo regresar cuanto antes...

Yo la retuve unos instantes más.

—Si no lo soporta, ¿por qué tiene tanta prisa en volver...?

—¿En volver a ella? Pues justamente por eso..., para alejarla..., para alejarla de *ellos*...

—Entonces —exclamé yo, abrazándola, sin poder contener la alegría—, ¡a pesar de lo que sucedió anoche, usted *cree*!

—Crear, creer... —musitaba la buena señora, rumiando en su simpleza. Y, al fin—: Pues sí, creo.

Es difícil expresar con palabras la emoción que me embargó en aquel momento. De nuevo la buena señora y yo estábamos juntas ¡hombro con hombro! ¡Y su ayuda no podía llegar en mejor momento! Ella respondería de mí ante su amo y yo cobraba nuevas fuerzas para los difíciles momentos que sin duda se avecinaban. Antes de despedirnos, le indiqué el único recelo que en aquellos momentos sentía:

—¿Y qué va a ocurrir si la carta llega antes que usted?

—No lo creo, señorita —a la señora Grose le costaba pronunciar estas palabras—. Su carta nunca salió de Bly.

—¿Cómo dice usted?

—No sé, pero es posible que el señorito Miles...

—¿... la cogiera?

—Sólo le puedo decir que ayer, al regresar a la mansión con la pequeña Flora, la carta ya no estaba donde usted la había dejado. He preguntado a Luke y él me asegura que no la ha cogido.

—Si el señorito Miles se ha apoderado de ella —repuse yo—, lo más probable es que la haya leído y después la haya destruido.

—¿No ve usted nada más en todo este asunto? —me preguntó la buena señora.

—Lo que veo —repliqué yo, agradablemente sorprendida— es que sus ojos se han vuelto más perspicaces que los míos.

—Ya entiendo —continuó la señora Grose— por qué echaron al señorito del colegio. Se dedicaba a robar..., ¡a robar *cartas*!

Me sorprendí sonriéndome ante la ingenuidad de mi compañera.

—Es posible que tenga usted razón —repuse yo—, pero lo cierto es que en esta ocasión su robo le ha servido de muy poco. La nota que yo escribí a su tío apenas si hablaba de otra cosa que de la entrevista que pretendíamos tener con él. Sin duda el niño estaba arrepentido anoche de haber hecho lo que hizo y quería confesarse conmigo... ¡Márchese cuanto antes, señora Grose! —dije yo, dirigiéndome a la puerta—. ¡Y déjeme a mí! ¡Yo le haré confesar! Y si confiesa, estará salvado, estaremos salvados...

—¿*Usted* también? —me dijo la buena mujer al darme el beso de despedida—. ¡No se preocupe, señorita! ¡Yo la salvaré a usted! ¡Se salvará usted sin necesidad de él!

## XXII

Al ver partir el carruaje que se llevaba a la señora Grose, junto con la pequeña Flora, por el camino de grava del jardín, no pude reprimir un suspiro de tristeza, porque con la señora Grose se iba la confianza, la alegría, el compañerismo que tanto me habían ayudado en los días pasados. Estaba, por fin, sola, frente a frente, por así decirlo, con los elementos. Durante el resto del día hube de combatir la tristeza que se había apoderado de mí, y a punto estuve de arrepentirme de la decisión que habíamos tomado. Me sentía, de pronto, agobiada por aquel lugar, que antes me había parecido tan grande. Y ello se debía a la peculiar atmósfera que reinaba en el lugar, al desconcierto que había cundido entre la servidumbre por los sucesos de la noche anterior y de aquella mañana. Era preciso que yo, de alguna manera, cubriera las apariencias para evitar así el colapso total de aquella noble mansión. Así es que me armé de valor y empuñé el timón de aquella nave que parecía irse a pique. Compuse una expresión de sobriedad y gravedad y me dediqué a recorrer la mansión y enterarme de lo que en ella ocurría, para demostrar que, a pesar de las circunstancias adversas, todo estaba bajo control.

El único que no estaba bajo control era el pequeño Miles. La tarde anterior la habíamos pasado juntos tocando el piano en el aula. En cambio, durante todo aquel día la figura de Miles me eludió constantemente. Supe que había desayunado en compañía de su hermana y de la señora Grose y que después había ido a dar un paseo del que no regresó en todo el día. Esto demostraba muy a las claras que el niño era consciente de que nuestra relación había cambiado y que podía campar por sus respetos. Aunque parezca extraño, yo sentía un cierto alivio ante aquella nueva situación. Había llegado la hora de poner fin a la ficción de que yo era la maestra y Miles mi alumno. El niño sabía muy bien que yo no estaba a la altura de su prodigioso talento, y en ocasiones me lo hacía entender muy delicadamente, sin herir mi orgullo ni lastimar mi dignidad. Por fin había conquistado la plena libertad y yo sería la primera en respetarlo. A este acuerdo tácito habíamos llegado la noche anterior cuando, sentados al lado del fuego, compartimos el silencio de

la lumbre, sin que a mí se me ocurriera pedirle cuentas de lo que había estado haciendo aquel día. Desde aquel momento, Miles sabía que era hombre libre. Cuando por fin lo vi llegar, pude comprobar que el nuevo estado de nuestras relaciones no había alterado el vivo afecto que el muchacho sentía hacia mí y que tan claramente se manifestaba en su rostro.

Entramos así en un nuevo orden de cosas. Dispuse, por ejemplo, que las comidas se nos sirvieran en el comedor de abajo, el de gala por así decirlo, el lugar desde donde había contemplado la segunda aparición del señor Quint. Este lugar daba un cierto aire de solemnidad a las relaciones entre el niño y yo. La solemnidad necesaria para llegar dignamente hasta el momento de la verdad, la confrontación final que yo ya presentía. En un supremo esfuerzo de concentración, conseguí someter mis irracionales impulsos a la soberanía de mi voluntad. Estábamos, me decía a mí misma, haciendo frente a una situación anormal, como si la naturaleza misma se hubiera complacido en dar «otra vuelta de tuerca» a la creación y nos presentara unos seres que jamás hubiéramos podido imaginar. Y sin embargo, en la naturaleza misma, y no fuera de ella, había que buscar el remedio. Después de un rato de meditar sobre este asunto, se me ocurrió de pronto que la naturaleza misma había dotado al joven Miles de una cualidad sobresaliente: su portentosa inteligencia. ¿No le había dado Dios aquella inteligencia justamente para que se salvara a sí mismo? Allí lo tenía, sentado frente a mí en la mesa del comedor. Su mirada inquisitiva y penetrante me había enseñado el camino a seguir para salvarlo. Nos encontrábamos solos en la habitación, el servicio doméstico se había retirado. Miles contemplaba la pierna de cordero que tenía ante él y, cuando me imaginaba que iba a hacer algún comentario jocoso al respecto, abrió la boca para decir:

—¿Dígame, querida mía, se encuentra muy enferma?

—¿Quién, tu hermana? No es nada grave. Pronto se pondrá bien. Sólo necesitaba un cambio de aires. Londres la entonará. Anda, come un poco de cordero.

El niño me obedeció, pero seguía pensando en su hermana.

—¿Por qué se fue de Bly tan de repente? ¿Ocurrió algo desagradable?

—No fue tan de repente como te imaginas..., la cosa venía de lejos...

—Entonces, ¿por qué no se marchó antes?

—¿Antes... de qué?

—Antes de ponerse enferma.

—No está *tan* enferma como piensas. Éste era el momento oportuno para alejarla de aquí, antes de que se pusiera peor.

—Comprendo, comprendo —musitaba el pequeño Miles mientras daba buena cuenta del cordero que tenía delante.

Incluso en aquellos momentos, yo no podía dejar de admirar la exquisitez del niño al comer, su refinada educación en la mesa. Sin duda alguna, pensaba yo en aquel momento, su comportamiento en la mesa no podía haber sido el motivo de su expulsión del colegio. Y, sin embargo, yo percibía otro elemento en el comportamiento de Miles aquel día. Sus gestos eran más estudiados, sus palabras más escogidas, como si aquella comida tuviera para los dos una importancia especial. Recuerdo que después de comer, y cuando el servicio ya se había retirado, el señorito Miles se acercó a la ventana —la misma por la que yo había visto la aparición— y se quedó mirando pensativamente el paisaje. Parecíamos una pareja de novios que se encuentran en presencia del servicio. Miles pareció intuir lo que yo estaba pensando cuando, después de un gran suspiro, murmuró:

—Solos, al fin...

## XXIII

—Bueno, más o menos —recuerdo que le contesté yo—. ¡No lo estamos del todo... y me parece que tampoco queremos estarlo!

—Supongo que tiene usted razón —contestó el muchacho—. Siempre hay que contar con los «otros».

—Por supuesto que hay que contar con los «otros» —dije yo sibilinamente.

—... aunque no creo que cuenten para mucho —prosiguió el muchacho.

—Depende de lo que entiendas por «contar» —logré articular yo.

—¡Claro! —asintió el muchacho—. Todo depende...

Pero el pequeño Miles no parecía interesado en proseguir aquella conversación, y se dirigió hacia la ventana, donde se quedó mirando los arbustos y la arboleda que rodeaban la casa en la soledad de aquel día gris de noviembre. Yo le contemplaba, retrepada en el sofá, y veía su frente apoyada en el cristal, en una actitud pensativa, sí, pero a la vez derrotada. En efecto, al contemplar la triste figura que componía el muchacho junto a la ventana, tuve la viva sensación de que, por primera vez, no era yo, sino él, el excluido, el apartado del mundo de lo sobrenatural. Aquella cristalera que lo rodeaba parecía en aquellos momentos como una cárcel de vidrio que rodeara al muchacho y cuyos muros fuera incapaz de franquear. ¿Qué es lo que contemplaba a través del cristal, cuál era el objeto o la figura que sus ojos pugnaban por encontrar? ¿Y no era aquélla la primera ocasión en que sus ojos sufrían esta ceguera del más allá? Aquella impresión que había tenido del muchacho, vagando solo y sin sentido durante todo el día, se concretaba ahora en esta mirada perdida y ciega, expresión de aquella nueva orfandad.



Tan apurado, tan desasistido, tan abandonado estaba el muchacho incluso de su propio talento, que al volverse sólo se le ocurrió decir:

—Bueno, pues yo no puedo quejarme de estar en Bly..., creo que me sienta bien.

—Desde luego —repuse yo—, parece que Bly te gusta... Has visto más de los alrededores de Bly en las últimas veinticuatro horas que en todos los meses que llevamos aquí. Espero —conseguí añadir— que tus paseos hayan sido agradables.

—Es cierto —repuso el muchacho—. En las últimas veinticuatro horas he recorrido muchas millas, me he pateado todo el terreno que rodea Bly... Y la verdad es que nunca me había sentido tan libre.

Su forma de expresarse a veces me desconcertaba. Pero yo seguía tirándole de la lengua.

—¿Y te gusta esta sensación de libertad?

—¿Y a *usted*? —me preguntó a su vez con una sonrisa en los labios. Antes de que tuviera tiempo de contestarle, de enfadarme con el tono impertinente de su pregunta, continuó diciendo—: Me encanta la manera como usted se lo ha tomado. Porque es usted, en realidad, la que está sola, es usted la que ha perdido a sus alumnos. ¡Espero que no le importe!

—Yo estoy encantada de estar contigo —repuse yo—. He renunciado a tu enseñanza (me temo que estás por encima de mí), pero no a tu compañía. Si no fuera así, ¿por qué crees que me he quedado en Bly?

Me miró directamente a la cara con una expresión grave en los ojos, que nunca me parecieron tan transidos de belleza como en aquel momento.

—¿Y sólo por *eso* se queda usted?

—Naturalmente. Me quedo porque soy tu amiga y tengo un gran interés en tu persona. Quisiera, antes de marcharme, hacer algo por ti —mi voz temblaba al pronunciar aquellas palabras—. ¿Recuerdas una noche, la noche de la tormenta, cuando me senté a tu lado en la cama y te dije que era capaz de hacer cualquier cosa por ti? Pues ahora te digo lo mismo.

—¡Ya, ya! —se rió Miles, tratando de quitarle hierro al asunto—. Lo que usted quería aquella noche era que yo hiciera algo por *usted*.

—De acuerdo —dije yo en tono conciliador—, pero el caso es que no lo hiciste.

—Ah, sí, ya recuerdo —exclamó el muchacho con una brillante sonrisa—. Usted pretendía que yo le contara algo.

—Eso es —dije yo—. Quería que me dijeras todo lo que pensabas, todo lo que te preocupaba...

—Ah —consideró el muchacho—, ahora ya entiendo *la razón* por la que usted se ha quedado en Bly.

Hablaba con una ligereza no desprovista en ocasiones de cierta ironía. Pero, por debajo de esta ironía, pude en aquella ocasión captar una cierta sensación de desaliento, como si el muchacho se diera de antemano por vencido. Estaba a punto de producirse lo que tantas veces había anhelado. No tuve reparo en contestar:

—No tengo por qué ocultártelo... Ésa es justamente la razón por la que me he quedado en Bly.

Permaneció callado tanto tiempo, que pensé que se negaba a mis pretensiones. Pero al fin dijo:

—¿Quiere usted que sea aquí y ahora?

—¿Y por qué no? No se me ocurre un lugar ni un momento más apropiado...

Al pronunciar yo aquellas palabras, el muchacho se volvió y miró a su alrededor. Por primera vez desde que le conocí, el muchacho parecía asustado. Asustado justamente de mí..., aunque debo confesar que en aquel momento me alegré de ser yo el objeto de su pánico. Cautelosamente, le pregunté:

—No se te habrá ocurrido volver a salir, ¿verdad?

—Me estoy muriendo de ganas... —me contestó, con una heroica sonrisa en los labios. Tan heroica, que el muchacho se había sonrojado. Había recogido su sombrero y le daba vueltas en la mano, dando muestras de un gran nerviosismo.

Yo misma me asustaba de lo que le estaba haciendo al muchacho. ¿Tenía yo realmente derecho a extraer de aquella alma pura y angelical la confesión de que fuerzas ajenas a ella la habían precipitado a un estado de degradación, de ignominia? Éste era mi dilema, mi angustia en aquellos instantes, aunque ahora lo entiendo todo con más claridad, viéndolo retrospectivamente. En aquellos momentos tenía, eso sí, la sensación de que éramos como dos gladiadores que, desde sus respectivas posiciones, se observan, a la espera del asalto final.

—Le contaré todo —dijo por fin el pequeño Miles—, es decir..., todo lo que usted desee saber... Pero ahora no, por favor.

—¿Y por qué no ahora? —insistí yo.

Se hizo un silencio tan denso entre nosotros, que hubiéramos podido oír el caer de una aguja. Entonces se volvió hacia mí, y, como si estuviera pendiente de una importante entrevista, me dijo:

—Luke me está esperando.

Sentí en aquel momento cierta lástima del muchacho, al ver que tenía que recurrir a una mentira tan flagrante. Pero sus mentiras no hacían sino confirmar mis verdades. Permanecí impasible unos instantes. Después, con todo aplomo, le dije:

—Bueno, vete, si tienes que hacer... Pero antes quiero que me digas una cosa.

Su rostro se iluminó, e incluso se atrevió a preguntarme:

—¿Es algo importante?

—No, no tiene mucha importancia... —Y como quien no quiere la cosa, añadí—: Sólo quiero que me digas si fuiste tú el que cogió la carta que yo dejé encima de la mesa ayer por la tarde.

## XXIV

Tan atenta estaba yo a la respuesta del muchacho, que apenas si pude percatarme de lo que en aquellos momentos estaba ocurriendo a mi alrededor. Sólo puedo decir que, instintivamente, me abalancé sobre el muchacho atrayéndolo hacia mí, tratando de defenderlo de las fuerzas del más allá que, de nuevo, nos amenazaban con su presencia. Una gigantesca sombra que salía de detrás del cristal se proyectaba por encima del niño, dominando su persona como si fuera el guardián de una prisión. El espectro de Peter Quint se había acercado por el exterior de la casa, colocándose detrás del cristal de la ventana, y desde ella su rostro del color de la ceniza transmitía un mensaje de perdición. Al instante, y a pesar del terror que en aquellos momentos me invadía, yo ya había tomado una decisión: proteger con la mirada al muchacho de la terrible presencia que le amenazaba, absorber con la fuerza de mi voluntad y para mí sola aquella abominable aparición, de manera que el muchacho no llegara a percatarse de su presencia. Peter Quint y yo nos mirábamos fieramente, sabiendo que los dos buscábamos la misma presa, la figura desvalida de aquel muchacho que se interponía entre nosotros... Era como un combate celestial donde el ángel, por un lado, y el demonio por el otro, se disputaban el alma de un ser humano..., aquel ser tan delicado que yo tenía ante mis ojos y cuya frente se había bañado con gruesas gotas de sudor. Su cara tenía en aquel momento el mismo color ceniciento que aquella otra cara que aparecía por detrás de la ventana. Sus labios se despegaron al fin para decir en una voz que no era débil pero que parecía provenir del más allá, una voz que bebí como una ráfaga de fragancia:

—Sí, yo lo hice...

Al oír su confesión me abalancé sobre él y lo estreché entre mis brazos, no sé si para comunicarle mi emoción o para guardarlo del peligro que se cernía sobre él. Podía sentir el feroz latido de su corazón en mi pecho. Mientras tanto, no apartaba los ojos de la figura del aparecido, que se encontraba detrás del muchacho. Antes dije que se parecía a la de un centinela, o al guardián de una prisión. Ahora me pareció más bien la de una bestia salvaje que se

remueve, inquieta, sin encontrar el camino para atacar a su presa. El abominable rostro de Quint se encontraba inmediatamente detrás del muchacho, pero Miles parecía totalmente ajeno a él. Para mantenerlo alejado del peligro, le pregunté:

—¿Y por qué la cogiste?

—Para saber lo que decía de mí.

—¿Abriste la carta?

—Sí, la abrí.

Por unos segundos mis ojos se apartaron del rostro de la aparición y se concentraron en el de Miles. Me percaté de que su alegría anterior había desaparecido, barrida por la incertidumbre y el nerviosismo que se reflejaba en él. El niño estaba inquieto, pero no sabía por qué. Sabía que estábamos en presencia de alguien, pero no sabía de quién. Esto me confirmaba lo que yo ya sospechaba: había conseguido mantener a raya la aparición, había interceptado la comunicación de Quint con el niño. Y, al levantar la vista, casi di un grito de júbilo al ver que el aire estaba limpio, que el espectro se había esfumado: ¡La victoria era mía! Miré de nuevo al niño y le dije:

—Y no encontraste nada, ¿verdad?

Movió tristemente la cabeza y me dijo:

—No, nada.

—¡Nada de nada! —grité yo, casi con júbilo.

—Nada de nada —repitió él, melancólicamente.

Le besé la frente; estaba empapada de sudor.

—Entonces, ¿qué has hecho con ella?

—La he quemado.

—¿Quemado? —Y añadí valientemente—: ¿Era eso lo que hacías en el colegio?

—¿En el colegio?

—Dime, Miles, ¿robabas cartas? ¿Qué es lo que robabas en el colegio?

—¿Yo? ¿Robar? —Su pensamiento parecía estar en algún objeto muy lejano y sólo la insistencia de mis preguntas conseguía atraer la atención del niño.

—¿Fue ésa la razón por la que te expulsaron del colegio?

Al hacer la pregunta, al poner en duda la honorabilidad de aquel caballero en miniatura que tenía ante mis ojos, me sentía enrojecer de vergüenza.

Sólo dio muestras de una ligera sorpresa al contestarme:

—¿Cómo se enteró usted de que no podía volver a mi colegio?

—Yo me entero de todo.

Fijó su profunda mirada en mis ojos y dijo:

—¿De todo?

—De todo. Por tanto, *dime*, ¿robaste...?

—No, nunca hasta hoy había robado.

Mi rostro debía de expresar bien a las claras que creía hasta la última palabra de lo que me decía, pero mis manos continuaban sujetas a sus hombros, agitándolo, intentando sacar de él más información.

—Entonces, ¿qué es lo que hiciste?

El muchacho parecía respirar con dificultad. Era como un pez que se encontrara en las profundidades del mar y mirara desde muy lejos hacia arriba en busca de la luz de la esperanza.

—Bueno... contaba cosas.

—¿Sólo eso?

—¡Creyeron que era bastante!

—¿Para expulsarte del colegio?

El pobre niño me miraba en actitud indefensa.

—Bueno —dijo, por toda explicación—, supongo que hice mal.

—¿Y a quién le contabas esas cosas?

El muchacho parecía hacer esfuerzos por recordar algo..., algo que hubiera ocurrido en una época muy remota.

—La verdad es que no lo sé.

Su sonrisa me desarmaba, porque era la sonrisa del derrotado. Yo, en cambio, me sentía tan segura de mí misma, tan cerca de la victoria final, que no podía dejar de preguntarle:

—¿Se las contabas a todo el mundo?

—No, no..., solamente a... —Pero movió la cabeza abatido y dijo—: No recuerdo sus nombres.

—¿Eran muchos?

—No, muy pocos... Sólo mis preferidos.

¿Sus preferidos? Aquella conversación, en lugar de a la certeza, me conducía a la duda. ¿Y si después de todo el muchacho fuera inocente? Y si él era inocente, ¿qué era yo entonces? La duda me había paralizado durante algunos instantes. Los suficientes para que el niño se me escapara de nuevo. Y de nuevo traté de atraer su atención con otra pregunta:

—¿Y repitieron lo que tú les habías contado?

El muchacho me daba la espalda y miraba fríamente a través de la ventana. De vez en cuando suspiraba profundamente, como dando a entender su impaciencia por haber sido obligado a quedarse junto a mí. Impaciencia

pero no rencor. Lo único que transpiraba de su actitud era una ansiedad indefinible, como si la seguridad en sí mismo, que siempre le había acompañado, de pronto se evaporara, como se evaporaban los colores de la campiña que nos rodeaba, desleídos en los tonos grisáceos de aquella fría tarde de noviembre. El muchacho, haciendo de tripas corazón, logró responder:

—Por supuesto. Estoy seguro de que las repitieron... a *sus* preferidos.

—¿Y llegó el momento —proseguí yo— en que estas historias llegaron a oídos de los...?

—¿... los maestros? Seguro que sí. Pero nunca pensé que se las contarían a usted.

—¿Y quién te dice que me las han contado? Nadie me ha dicho nada. Por eso quiero que tú me las cuentes ahora.

Me miró fijamente, su rostro embellecido por la fiebre.

—Sí, fue una verdadera lástima.

—¿Una lástima?

—Una lástima haber dicho lo que dije, y una lástima que escribieran a casa.

El tono patético y melancólico del niño me llegó al alma. Mi corazón intentaba confortarlo diciéndole:

—¡No te preocupes! ¡Eso son niñerías! —Pero mi corazón insistía, ahondando cada vez más en aquel asunto—. ¡Cuéntame *esas* historias!

El tono de mi voz se había alterado al ver aparecer de nuevo, detrás de los cristales, el miserable rostro del autor de nuestros sufrimientos. Cuando ya creía tener la victoria al alcance de la mano, he aquí que de nuevo el aparecido resurgía de las tinieblas y se aprestaba al combate. En vez de rehuirlo, pegué un salto felino y me abalancé sobre el cristal gritando:

—¡Vete de aquí, monstruo abominable! ¡No conseguirás lo que buscas!

—¿Está *aquí*? —dijo el pequeño Miles. Y después, de forma sorprendente —: ¿Es ella, verdad? —Al oír ese «ella» me quedé de una pieza—. ¡Es ella! —repitió el niño—, ¡ella, la señorita Jessel!

—No —le dije yo—, no es la institutriz... ¡Pero sí! ¡Hay alguien detrás de la ventana! ¡Alguien que nos está mirando! ¡Una persona cobarde, miserable y vil!

La cabeza del niño se retorció como la de un perro, buscando, en vano, el rastro de su amo. Por más que buscaba no conseguía ver nada, no conseguía adivinar quién era aquella persona que llenaba toda la habitación con su presencia.

—¿De verdad es *él*?

Estaba tan decidida a llegar hasta el final de aquel asunto, que aún tuve el valor de preguntar al niño:

—¿Y quién es «él»?

—¿Quién va a ser? —exclamó el muchacho—. ¡Peter Quint! ¡Peter Quint!  
—La voz del niño retumbó por toda la habitación—. Pero... ¿*dónde* está?

—¿Y qué importa eso ahora? —Y, dirigiéndome hacia la bestia, le dije—:  
¡Ya te tengo! ¡Y él se ha escapado para siempre de tus garras! —Y, para coronar mi obra, le dije al pequeño Miles—: ¡Allí está, *allí* está!

Y el niño, por más que miraba, sólo conseguía ver la luz última de un día apacible. Al percatarse de lo que había perdido, el niño lanzó un grito, un aullido, como si en vez de salvarlo le hubiera empujado hasta las profundidades del abismo. Lo cogí, lo estrujé entre mis brazos, volqué, en su persona, toda la pasión que había en mí. Sólo al cabo de un minuto me atreví a mirar el cuerpo frío que tenía entre mis brazos... ¡Y es que su corazón, desposeído, había dejado de latir!



## Apéndice

### Un americano en París

*La vida viajera de H. James* La vida de Henry James discurre como una lanzadera entre la nueva y la vieja Inglaterra, entre el nuevo y el viejo mundo. Nacido en Nueva York en el año 1843, en el seno de una rancia y pudiente familia de Nueva Inglaterra, no ha cumplido aún los dos años cuando sus padres lo llevan a Europa por primera vez. Desde entonces hasta 1882, año en que decide establecer su residencia en Londres, sus viajes a Europa son constantes. Desde 1855 a 1860 viaja ininterrumpidamente por Europa y no hay país —Inglaterra, Suiza, Francia, Alemania, Italia...— que no recorra esta inquieta y acaudalada familia de Nueva Inglaterra. Cuando en el año 1862 el joven Henry ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard, bien podríamos decir que los viajes han sido su educación. Incluso su paso por Harvard parece haber influido poco en su formación. No era la disciplina académica, la educación formal lo que atraía al joven Henry, sino el contacto espontáneo y directo con las grandes lumbreras de su tiempo, empezando por su hermano William, que llegaría a desarrollar todo un sistema filosófico en torno al pragmatismo, y continuando con escritores como Hawthorne o Thoreau, pensadores como Waldo Emerson, teólogos, poetas... En 1882, a raíz de la muerte de sus padres, decide establecer su residencia en Londres. En 1915, como consecuencia de la guerra mundial, se hace súbdito británico, poco antes de su muerte, acaecida en 1916.

Bien podemos considerar esta década de los años 60 como la decisiva en la formación de la personalidad de James. Sus contactos, tanto en Harvard como en su propia familia, le proporcionan una sólida formación. Y sin embargo el escritor James apenas si ha nacido. Algunos cuentos, algunos pinitos en alguna revista, James no ha

*Una  
década  
decisiva*

encontrado aún el vehículo para dar forma definitiva a sus ideas. Para ello necesitaba de nuevo el contacto con Europa. «Mi elección —declararía años después el propio James— fue Europa... mi elección, mi necesidad, mi vida... no es posible vivir una doble vida... hay que optar... Mientras que ningún escritor europeo está obligado a ocuparse de América, la responsabilidad del escritor americano es mayor, pues éste deberá necesariamente ocuparse de Europa...».

¿Qué buscaba James en Europa? ¿Y qué es lo que encontró cuando allá por el año 1875 se estableció durante unos años en París? Parodiando la frase de Hemingway, pronunciada cincuenta años más tarde, podríamos decir que París era una fiesta... o, al menos, comenzaba a serlo. En el año anterior un grupo de jóvenes e inquietos pintores había protagonizado una exposición colectiva. Uno de los cuadros era especialmente provocativo, apenas se distinguían formas y en su lugar una explosión de colores que surgían de un sol naciente. La pintura se titulaba «*Impression, Soleil Levant*» y la firmaba un tal Claude Monet. A un periodista que había asistido a la inauguración le pareció ocurrente motejar a aquellos desvergonzados jovencuelos con el nombre de «impresionistas». Poco se podía imaginar que sus palabras, que aparecieron al día siguiente en los periódicos parisinos, serían el bautismo, la fe de vida de toda la pintura contemporánea que llega hasta nuestros días.

A cien años de distancia podemos comprender que aquella pintura, que tan exótica debía parecer a los parisinos de aquella época, era profundamente real. Los impresionistas no eran sino realistas y su pintura no tenía otro objetivo que el de captar la realidad, plasmarla y fijarla, de una vez por todas, en la rica gama de los colores de su paleta. Los impresionistas habían descubierto la luz, se habían percatado de que es ella la que define la realidad que nos rodea. Aunque pudiera parecer revolucionaria, la pintura impresionista no hacía sino llevar hasta sus últimas consecuencias las doctrinas de Courbet y sus discípulos. El impresionismo no es sino la versión más perfecta, más acabada, del naturalismo, es decir, del arte que busca en la naturaleza las fuentes más profundas de su inspiración.

El París de los primeros impresionistas, de aquellos pintores que pintaban «*en plein air*», instalando sus caballetes a orillas del Sena, es el París que conoció Henry James. Y aquella ebullición de jóvenes pintores que tenían muy a gala su exacerbado cromatismo se correspondía con otra ebullición, con otra revolución que se estaba produciendo en el mundo de las letras y en la que James habría de jugar un papel decisivo.

No tardó James en introducirse en los cenáculos literarios parisinos, casi siempre de la mano de su amigo el escritor ruso Turguenev. Pronto conocería al gran patriarca de las letras francesas. La admiración que James sentía por las novelas de Balzac pronto daría paso a una cierta desconfianza hacia el arte del gran maestro, al observar James que Balzac «inventaba» muchos de los detalles de sus novelas, que pasaban por realistas, al darse cuenta de que sus contactos reales con la aristocracia francesa eran «escasos», y sobre todo al percibir una cierta «falta de gusto» en el gran escritor francés, una falta de refinamiento espiritual. Y es que Balzac representaba el primer paso hacia el realismo en la narrativa francesa. Se trataba de un realismo exterior, de un realismo en el que las apariencias superficiales tenían a veces más importancia que las observaciones. Había que profundizar en el entorno social que Balzac de una forma brillante pero efectista sabía presentar. Pronto volvió nuestro americano en París sus ojos hacia otros narradores.

Su admiración se volcó entonces a la persona y a la obra de Gustave Flaubert. El autor de *Madame Bovary* estaba en aquellos momentos en el candelero de la atención del mundo parisino. He aquí un creador que había sabido ir más allá de las apariencias, que había buceado hasta los rincones más recónditos del alma humana... Pronto comprendió James que por «realidad» entendía Flaubert la totalidad de la experiencia humana. Lo único que no le perdonaba James a Flaubert era una cierta proclividad hacia los aspectos más degradantes de la naturaleza humana. «Cuando un estilista tan delicado como Flaubert —decía James— se complace en evocar aquellos aspectos groseros e indecorosos de la experiencia humana, cuando se deja en el tintero aquellos otros que se refieren a las zonas más etéreas del espíritu humano... es señal de que su visión de la experiencia humana es incompleta». Para James «escribir no era sufrir», como lo era para Flaubert, sino, por el contrario, «una afirmación de vida, una sensación de felicidad».

Con Zola y con los otros escritores de la escuela naturalista era implacable. No entendía cómo se podía confundir la «naturaleza» del hombre con sus pasiones más bajas. La espiritualidad de James por fuerza había de chocar con el positivismo materialista de la escuela naturalista. Incluso en el caso de un naturalista marginal como era Guy de Maupassant, no conseguía ver más allá de un motivo de regocijo y diversión en sus aventuras sexuales sobre las bañistas del Sena... Había, sin duda, un fondo puritano en el Henry James que

*Desconfianza  
hacia el  
realismo*

*La  
admiración  
por Flaubert*

*Contra  
el  
naturalismo*

llegó a París en la década de los años setenta. Sólo años más tarde se pronunciaría abiertamente en favor de un tratamiento abierto de los temas sexuales en la narrativa.

*Otras influencias y rechazos* Sería injusto circunscribir la influencia de James a los autores del círculo parisino. Ya hemos nombrado al ruso Turguenev, que además de ser su mejor amigo en los años parisinos de James, influyó notablemente en su narrativa. James por supuesto no compartía la desesperanza y el pesimismo del escritor ruso. Pero sí la alta espiritualidad de algunos de los personajes de sus novelas. Y por supuesto habría que añadir los nombres de los grandes novelistas ingleses que James conocía tan bien. Es significativo su despego de Dickens —«conoce mejor a los hombres que al hombre», dijo de él en una ocasión— y en cambio la gran estima en la que tenía a la nueva estrella de la narrativa británica, la obra del polaco nacionalizado británico Joseph Conrad. En Conrad veía James el perfecto equilibrio entre el espíritu y la materia, la concepción de una narrativa en la que estuviera presente la totalidad de la experiencia humana.

Era notorio también el rechazo de James hacia artistas del fin de siglo como Oscar Wilde, que propugnaban «el arte por el arte», la experiencia artística desvinculada de toda idea de moralidad. Y es *Misión del novelista* que James siempre se sintió escritor responsable y comprometido, siempre pensó que su misión como novelista era de las más altas: revelar al ser humano su propia identidad, conocer sus motivaciones más íntimas, ayudarle a superar los límites aparentes de la condición humana.

La novelística de Henry James se forja en el contacto directo con los grandes creadores de su tiempo. Desde que Stendhal pronunciara su famosa definición de la novela —«la novela es como un espejo que se mueve a lo largo de un camino»—, el género narrativo había buscado el máximo realismo. La llegada de James a París en 1875, su contacto con los cenáculos literarios franceses de aquellos años, le obligó a tomar postura, a definirse con respecto a la cuestión del realismo en la novela. Cada escritor, ésta es la lección que en definitiva aprendió en París, ha de encontrar su propio acceso a la realidad. Y ésta es la conclusión a la que llegó James: «La experiencia del hombre ni es limitada ni completa... Se trata más bien del desarrollo de nuestra sensibilidad que, como una gran tela de araña, recubre todos los intersticios de nuestra mente... y en ella quedan atrapados todos y cada uno de los incidentes que constituyen nuestra vida... Sólo nuestra sensibilidad será capaz de extraer de ellas su significado».

*El cultivo  
de la  
sensibilidad*

Henry James en su obra no alcanza ni la comprensión social de Dickens o Balzac ni la profundidad psicológica de Flaubert ni el dramatismo de Turguenev ni la sabiduría metafísica de Conrad. Sin embargo, ninguno de sus contemporáneos le aventajó en el cultivo de la sensibilidad que, como una flor de invernadero, crece y se desarrolla desmesuradamente en todas y cada una de las narraciones de James. De la misma manera que los pintores impresionistas accedían a la realidad a través de la luz, James descubre que nuestra propia sensibilidad es la que, en definitiva, nos abre el camino a la realidad que nos rodea. Por eso las mujeres, seres sensibles por excelencia, son las grandes protagonistas de sus novelas, desde su primera gran obra, *Retrato de una dama*, hasta esta pequeña obra maestra que el lector tiene ahora entre manos. Ambas son estudios sobre la sensibilidad de una mujer. Y en ambos casos, sobre todo en *Otra vuelta de tuerca* el autor llega hasta el límite mismo de esta sensibilidad, hasta el extremo de que la protagonista es incapaz de distinguir la realidad de su propia fantasía.

De aquí que *Otra vuelta de tuerca* sea a la vez, una narración totalmente realista y absolutamente fantástica. Su protagonista se sitúa en la línea de las grandes heroínas del realismo decimonónico, descendientes todas ellas de la «Bovary» francesa. Pero la historia que James nos cuenta es de otra estirpe. Pertenece a la literatura de la fantasía y del terror y es forzoso referirnos a ella para entender esta pequeña gran obra que el lector tiene en sus manos.

## **La literatura fantástica**

La llamada «literatura fantástica» ha sido uno de los géneros más cultivados en la literatura anglosajona. Desde que Jonathan Swift y Daniel Defoe publicaran, en pleno siglo XVIII, los relatos de dos hombres que de pronto se encontraron con una realidad que les era extraña, el escritor anglosajón no ha dejado de internarse por los caminos de la fantasía. Tanto Gulliver como Robinson Crusoe exploran una parcela de la realidad que les es ajena... y a la vez extrañamente familiar. Ciertamente que el País de Lilibut o una lejana isla del Pacífico no formaban parte del mundo cotidiano de un inglés en el sofisticado siglo XVIII... Pero es que Swift y Defoe acababan de emprender un viaje para el que no se necesitan alforjas, el viaje de la fantasía...

*Una  
literatura  
típicamente  
anglosajona*

No era la primera vez que un escritor inglés se trasladaba imaginariamente hasta un país exótico y lejano. Siglos antes, Tomás Moro había concebido la existencia de una «Utopía», es decir, de un país, de una isla, en la que los hombres, ¡oh prodigio!, vivían en perfecta armonía. Pero lo cierto es que Moro había viajado más con sus buenos deseos, más con la fuerza de su virtud que con el arrebató de su imaginación. Swift y Defoe fueron, por tanto, los primeros escritores ingleses que volaron hacia estas tierras del «Nunca Jamás» arrastrados, exclusivamente, por la fuerza de su fantasía. Y al llegar a ellos, concibieron mundos muy distintos a los que había soñado el bueno de Moro, países en los que el hombre, en lugar de sublimarse, se había degradado aún más de lo que ya estaba. A la «utopía» había sucedido la «antiutopía», el descubrimiento de mundos fantásticos y terribles, deseados y a la vez aborrecidos, que liberaban al hombre de sus ataduras... y al tiempo le sometían a una nueva esclavitud, como le sucede al Gulliver preso por los enanos de Lilibut... Países remotos y, sin embargo, al alcance de nuestra imaginación. He aquí el principio de una tradición literaria que llega hasta nuestros días.

Con la llegada del Romanticismo, la literatura fantástica cobra nuevos alicientes. El escritor romántico era amigo de volver la vista atrás para inspirarse en oscuras leyendas medievales, llenas de misterio y de terror. Paisajes lúgubres, castillos nocturnos, personajes misteriosos conforman un género truculento dentro de la literatura fantástica, que los ingleses bautizaron con el nombre de «novela gótica». La obra de Lewis *El Monje* suele considerarse como el prototipo de este género. Lewis, en su relato sobre el monje Ambrosio, nos devuelve a la Edad Media y nos recuerda que, entonces como ahora, las fuerzas del Mal gobiernan el mundo.

Edgar Allan Poe, el último gran poeta romántico de la literatura inglesa, rescata el terror de la Edad Media y lo sitúa ya plenamente en nuestros días. El gran mérito de la obra de Poe estriba en haber convertido el terror en algo inmediato, en una sensación casi palpable que el lector podía experimentar en sus propias carnes. Poe no sólo rescata el terror del pasado, sino que lo proyecta hacia el futuro, al descubrir una nueva dimensión del terror humano, el terror de la conciencia, lo que con el tiempo se vendría a llamar la «ciencia ficción».

A partir de la obra de Poe, se perfilan dos tipos de relato fantástico, y ambos tienen el terror como uno de sus principales ingredientes. Por un lado, H. P. Lovecraft nos recuerda los terrores

*El  
Romanticismo*

*La  
inmediatez  
del terror*

*Dos  
tendencias*

ancestrales del hombre en sus *Mitos de Cthulhu*. Por otro, H. G. Wells nos catapultó hacia el futuro en su *Máquina de explorar el tiempo*. La primera de estas tendencias es hija del Romanticismo; la segunda, del maquinismo, de la revolución industrial y tecnológica del fin de siglo. El terror del pasado y el del futuro son las dos tendencias que configuran la literatura fantástica al iniciarse el siglo xx.

Y entre estas dos tendencias surge, en el nuevo siglo, una tercera que yo me atrevería a llamar el terror del presente. De la pluma de sir Arthur Conan Doyle había surgido ya, en las postrimerías del siglo pasado, la figura de Sherlock Holmes, el detective perfecto, paladín de los casos perdidos, encargado de restituir el orden en un mundo momentáneamente sumido en el caos. Hoy las novelas de Conan Doyle se nos antojan totalmente decimonónicas, prolongación de la novela de aventuras que Robert Louis Stevenson y Fenimore Cooper habían popularizado muchos años antes.

*Tercera  
tendencia:  
el terror  
del presente*

Y sin embargo, la obra de Conan Doyle ha de considerarse como el preludeo de un género nuevo, dentro de la literatura fantástica, que se ha venido en llamar la «serie negra». El pintoresco «macfarlán» de Sherlock Holmes será sustituido por la gabardina cruzada y el sombrero de grandes alas del detective Samuel Spade, el detective privado de las novelas del americano Dashiell Hammett. Apoyándose en la figura tradicional del detective, puede muy bien decirse que Hammett inventa un género nuevo, con sus propias reglas de juego, con su retórica fría y cortante, que refleja la sociedad deshumanizada de las grandes urbes americanas. De la mano de Hammett, el lector entra en contacto con el terror de nuestros días, el terror del presente.

La novelística de Lovecraft, la de Wells y, finalmente, la de Dashiell Hammett configuran lo que aquí he venido en llamar los tres tiempos de la literatura fantástica de nuestro siglo, cuyo ingrediente esencial, como digo, es el terror. Cada uno de ellos creó una retórica, unas reglas de juego, unas sendas literarias que han sido transitadas por innumerables autores hasta nuestros días. Pero su influencia no se limita a aquellos autores que obedientemente siguieron sus pasos, sino que se extiende a los grandes creadores de la novela de nuestro siglo.

Tal como afirma Strother Purdy en un reciente libro, difícilmente podría entenderse la obra de los grandes novelistas de hoy sin tener en cuenta la influencia de toda esta literatura del terror. El francés Robbe-Grillet, el alemán Günther Grass, el suizo Dürrenmatt o el propio Borges parten, en muchas de sus obras, de situaciones

*Influencia  
de la  
literatura  
del terror*

delictivas muy parecidas a las que nos encontramos en la llamada «serie negra». Lo que ocurre es que estos autores trascienden estos planteamientos, van más allá del terror para ofrecernos una visión más amplia de la condición humana.

Purdy, en su estudio, cita el caso del escritor americano Kurt Vonnegut y su obra *La cuna del gato*. Es ésta una obra emparentada con la ciencia ficción, en la que se predice, y al fin se cumple, el fin del mundo. En los últimos capítulos de esta novela apocalíptica, Vonnegut llega a una suerte de descripción de lo que será el fin de la existencia humana, la negación de la materia o, si se prefiere, la presencia de la antimateria. Esta negación de la vida tiene incluso su profeta, cuya doctrina se inicia siempre con las siguientes palabras: «Nada de lo que yo digo es cierto».

De alguna forma, la obra de Vonnegut va más allá de los planteamientos de la ciencia ficción. Nos pone en contacto con lo que la ciencia ha llamado los «túneles oscuros», aquéllos espacios del Universo que parecen representar la no materia. Y al hacerlo, nos revela la otra cara de la condición humana, el lado oscuro de nuestras existencias, que a veces llegamos a percibir, pero nunca a entender.

*La otra  
cara de la  
condición  
humana*

Sin embargo, Vonnegut no es el primer autor que nos pone en contacto con esta «otra» dimensión del hombre. Los críticos de hoy han vuelto los ojos a una faceta olvidada del gran escritor norteamericano Henry James, sus cuentos de terror, y han descubierto las mismas claves, las pistas que han de conducirnos hasta la «otra dimensión» de nuestra existencia. «Es como si James nos invitara a pasar por una puerta secreta o a penetrar por un espejo para entrever la otra cara de nuestras existencias».

*La puerta  
de  
nuestro doble* Henry James es el primer autor contemporáneo que fue más allá del terror o, quizás mejor, que empleó el terror para abrirnos la puerta hacia nuestra otra existencia, hacia la vida de ese doble que todos llevamos dentro.

## **Henry James y el terror**

A riesgo de simplificar un escritor tan complejo como es James, podríamos hablar de un James «americano» y de un James «inglés». El James americano sería el escritor de lo que él llamaba «romances», es decir, de relatos cuyo desarrollo se acerca más a un cuento que a una novela. A medida que viaja a Europa, a medida que entra en

*Los dos  
James*

contacto con los grandes novelistas de su tiempo (Balzac, Turguenev, los hermanos Goncourt en París, Joseph Conrad en Londres...), a medida que va profundizando en esa «otra dimensión» de su personalidad, surge el James «inglés», el Henry James novelista. Esta distinción entre los «dos James», harto discutible al analizar el conjunto de su obra, nos ha de servir, sin embargo, para esclarecer una parcela de la misma, lo que aquí hemos llamado «literatura fantástica» o, más exactamente, sus cuentos de terror.

Efectivamente, los tres primeros cuentos de terror que escribió Henry James fueron escritos en Estados Unidos. Los dos primeros *Los primeros «cuentos de fantasmas»* llevan el subtítulo de «romance». Tienen todo el encanto y el misterio del cuento infantil. En *Historia de ciertas prendas muy antiguas* y en *De Grey*, James nos sumerge en el mundo del encantamiento y la profecía. En ambas surgen el «spell», el encantamiento o hechizo de algún antepasado que impide el amor de dos personas. El amor no basta, nos dice James, para romper el hechizo que ha caído sobre ciertas personas. La única diferencia con *La bella durmiente* es que en estos cuentos de James no llega nunca el hada madrina que rompe el hechizo y conduce la historia hacia un final feliz.

Estos primeros «cuentos de fantasmas» (así los llamaba él por aquel entonces) los escribía el joven James en su casa de Cambridge, Mass., bastante apartada del mundanal ruido de la ciudad de Boston. Con su hermano William había asistido a algunos cursos de la Universidad de Harvard y allí conoció a cierto estudiante de teología que habría de dar pie a su tercera historia de fantasmas.

*El alquiler de un fantasma* —así se llama este tercer cuento de James— es un relato de fantasmas sin fantasma. En una casa embrujada vive un fantasma. Cada mes, un hombre entra en la casa y le cobra al fantasma el alquiler. En una ocasión este hombre no puede acudir a su cita con el fantasma, y el narrador de la historia, un joven estudiante de teología, acude en su lugar. Descubre que no hay tal fantasma. Es la hija del casero. Este hombre creía haber causado la muerte de su propia hija, y este sentimiento de culpabilidad se materializaba en la presencia de un fantasma.

Los fantasmas, nos dice Henry James en su relato, existen sólo en la medida en que nosotros los creamos. Son la proyección exterior de nuestros más ocultos sentimientos. No por eso dejan de ser reales, pero lo son sólo a nivel individual, en la medida en que sentimos la necesidad de proyectar nuestras ansias al

*Los fantasmas,  
proyecciones  
de nuestras  
ansias*

*Un relato de  
fantasmas  
sin  
fantasmas*

exterior. Cada uno de nosotros tiene sus propios fantasmas, pero éstos son individuales e intransferibles. Basta que un ser extraño, un joven estudiante de teología, penetre en la casa embrujada, para que se rompa el hechizo, es decir, la comunicación íntima entre el fantasma y el atormentado ser humano que le ha dado vida.

*El alquiler de un fantasma* fue concebido, como ya he dicho, en Cambridge, Massachusetts, pero no fue escrito hasta que James se estableciera en París, en el año 1875. Es el primer paso de James hacia la madurez en el cuento de terror. La historia de una casa «embrujada» parece, en principio, muy similar a los primeros cuentos de fantasmas. Pero, al introducir al estudiante de teología y hacer que él sea el narrador de la acción, James invita al lector a reflexionar sobre los fantasmas como fenómeno parapsicológico.

Ya no se trata, como en las dos primeras historias, de casos que ocurrieron... «hace muchos años». Las «apariciones» «Apariciones»  
actuales siguen visitando al hombre de hoy, siguen perturbando su existencia como lo hicieron antaño. Ya no son los fantasmas cargados de cadenas que habitaban en los castillos medievales, tal como relataban los «cuentos góticos» del romanticismo. Se trata ahora, como nos dice James, de presencias, invisibles a veces pero siempre efectivas, que inciden en nuestras vidas. «Lo extraordinario —dijo James en una ocasión— lo es mucho más si nos ocurre a uno de nosotros, a usted o a mí».

A partir de este momento, James comenzó a escribir historias de Cuando  
el terror  
se hace  
cotidiano «fantasmas reales», si se me permite la expresión. El terror de Henry James alcanza su madurez justamente cuando se hace cotidiano. «Lo más terrorífico —asegura Leon Edel— es lo que nos sucede cada día... Henry James nos invita a dialogar con los fantasmas que nos rodean, a explicar su existencia por extraña que nos pueda parecer». Es decir, no hay que huir de nuestros fantasmas, porque, al hacerlo, estamos huyendo de nosotros mismos.

*Sin Edmund Orme* (1892) suele considerarse como el primer gran relato de la literatura fantástica de Henry James. La acción El primer  
gran relato  
fantástico  
de James sucede en Inglaterra, el país donde James se ha afincado definitivamente y ha convertido en suyo. El fantasma, como puede verse por el título, es un «sir», que hace frecuentes visitas a una dama que en vida le despreció. Sir Edmund es un fantasma muy especial. En lugar de aparecer de noche, como sus predecesores, sir Edmund visita a su dama de día muy elegantemente atildado, hace corrillo con los amigos que la frecuentan,

participa de sus bromas y sus chistes, acude con su dama a la iglesia y le cede incluso el lugar donde se hallaba sentado. Sir Edmund, nos dice James, es uno más entre los numerosos invitados que pasan un agradable fin de semana en una mansión rural británica. Lo único que le distingue de los demás es que es invisible para todo el mundo, excepto para la vieja dama a la que corteja.

Sir Edmund Orme vuelve al mundo de los vivos no tanto para cortejar a la dama que le había rechazado, sino para vigilar a su hija, para evitar que ella también fuera injusta y cruel con el hombre que la amaba. El narrador de la historia es el pretendiente de la joven. Él también acaba por ver al fantasma e incluso lo acepta como su protector.

Los fantasmas, parece decirnos James en esta preciosa historia, *Fuerzas ocultas* no son necesariamente encarnaciones del Mal, sino fuerzas ocultas en nosotros mismos que pugnan por liberarse. Sir Edmund Orme es, sin duda, una creación de la vieja dama acuciada por su culpabilidad hacia el hombre al que en vida había rechazado. Pero este sentimiento es tan real, que se materializa en la figura de un fantasma, visible no sólo para la vieja dama, sino también para el joven pretendiente, el narrador de la historia.

Se ha hablado mucho sobre la influencia de las teorías de Sigmund Freud, tan en boga en la Inglaterra de fin de siglo, en la obra de Henry James. Y efectivamente, los fantasmas de James parecen ser emanaciones psíquicas de los personajes de sus cuentos producidas, en casi todas las ocasiones, por un sentimiento de culpabilidad. Un sentimiento que podría tener su origen en la sexualidad misma, tal como apuntaba Freud. Pero este sentimiento de culpa es tan real, tan vivo, que es preciso manifestarlo, exorcizarlo al exterior dándole forma de fantasma, comunicarlo incluso a todos aquellos seres que nos rodean, compartirlo con otros hasta convertirlos en un ser, aunque sea del «otro mundo». Sólo entonces podremos descifrar el mensaje que nos trae del más allá... o del más acá, de nuestro interior más profundo y recóndito. *La influencia de Freud*

Veamos lo que les ocurre a dos viejas damas que buscan la compañía de una *Tercera persona* (1900). Esta «tercera persona» es, naturalmente, un fantasma, la aparición de un antepasado suyo, que, en vida, había sido contrabandista.

Las viejas damas están encantadas con su asidua compañía..., pero no acaban de entender lo que este fantasma pretende de ellas. Un día, al ver su cabeza ligeramente inclinada, descubren que este buen señor que las acompaña acabó sus días en la horca, acusado de contrabandista. Y entonces

estas dos viejas y probas damas británicas deciden reivindicar la memoria de su pintoresco antepasado, realizando también ellas un acto de contrabando...

*Los demonios insospechados* Todos nosotros llevamos dentro, parece decirnos James, los demonios más insospechados... Pues bien, convivamos con ellos, brindémosles nuestra amistad y descubriremos facetas insospechadas de nosotros mismos, tal como les había ocurrido a estas dos viejas damas británicas en este relato de Henry James lleno de humor... O tal como le ocurrió a una joven institutriz británica, en el relato más escalofriante que Henry James escribiera en su brillante carrera como novelista del terror.

### Otra vuelta de tuerca

¿A qué tuerca se refería James al titular así su narración? Sin duda, a la tuerca del terror, a su oficio mismo de novelista que, al escribir esta narración, había conseguido el «más difícil todavía», había dado una vuelta más a esa «tuerca» que hay escondida en todo relato de terror. Tantas vueltas había dado James a esta «tuerca», que había conseguido crear en su relato una auténtica espiral del terror, una espiral que ha fascinado a sus lectores y, a la vez, ha intrigado a la crítica que la ha recorrido una y mil veces a lo largo de todo nuestro siglo, pero que ha sido incapaz de llegar al fondo de ella. Veamos en qué consiste la espiral del terror en esta obra de Henry James.

*¿Una historia sencilla?* A primera vista, la historia es muy sencilla. Una joven inglesa llega a una vieja mansión en el campo para encargarse de la educación de dos niños que han quedado huérfanos. Poco tiempo después de su llegada, descubre que los niños reciben periódicas «visitas» de sus antiguos preceptores, un hombre y una mujer que habían muerto hacía más de un año. La institutriz, horrorizada, decide hacer lo posible por defender a los niños, cuya custodia se le había encomendado, y trata de interponerse entre ellos y los dos fantasmas. Escuetamente, ésta es la historia que James nos relata en su obra.

Y sin duda, los primeros lectores de esta historia de terror la entendieron tal y como yo la acabo de contar. En cierto sentido, la historia de James era anticuada y recordaba las viejas «novelas góticas» que el Romanticismo había puesto en boga. ¿No era la vieja mansión de Bly, lugar en el que se desarrolla la acción, un calco de

*Una historia anticuada*

aquellos castillos medievales que habían encendido la imaginación de los primeros románticos? ¿No tenía, incluso, una torre con sus murallas y almenas? Y si esto era así, ¿no tenía esta noble mansión derecho a su cuota de fantasmas, como toda mansión británica que se precie? ¿Qué había de extraño en que dos de sus antiguos habitantes hubieran decidido permanecer en tan noble residencia? No eran ni más ni menos que toda la pléyade de fantasmas que en el mundo han sido, es decir, almas en pena o «ánimas del purgatorio» que permanecían en este mundo para purgar sus pecados.

Éstas serían, digo yo, las reflexiones que se haría el lector victoriano (o edwardiano) que tuviera entre manos el cuento de James. Lo único sorprendente de toda la historia, lo que le daba su salsa y su picante, era el hecho de que fueran dos niños sus protagonistas. Los niños habían estado casi siempre excluidos de las historias de terror y, para el lector de fin de siglo, las reacciones de éstos ante los fantasmas debieron constituir toda una novedad. El propio James lo señala en el prólogo de su obra. Fuera de esto, nada había de excepcional en el relato de James. Era, simplemente, una buena historia de miedo, destinada a hacer tilín a las señoras de la buena sociedad inglesa que tuvieran la curiosidad de leerlo en una aburrida tarde de domingo...

*La sospecha* Pero el demonio, que no se cansa de perseguirnos (sobre todo a los que nos dedicamos a la crítica literaria), no dio por buena una explicación tan pedestre de la obra. Y empezó a susurrar al oído de unos y otros que la historia tenía muchas vueltas (de tuerca, naturalmente) y que había que atreverse a llegar hasta el fondo para recoger el mensaje escondido que el gran autor angloamericano nos había legado. Pamplinas, pensaron unos. Otros, en cambio, siguieron el consejo de Satanás y se internaron por el túnel del terror, por la espiral del miedo... Sigámosles los pasos.

El intríngulis del asunto está en la persona que narra la historia. Henry James pone la narración en boca de la institutriz. ¿Hemos de fiarnos de su versión de los hechos? Y más importante aún, ¿quería James que sus lectores tomaran al pie de la letra las palabras de la institutriz? ¿No sería que James mismo había dado «otra vuelta de tuerca» a la historia, escribiéndola de forma que las palabras de la institutriz pudiesen ser cuestionadas por el lector? ¿O sería eso pasarse de rosca?

*¿Hay fantasmas?* El primer crítico que puso en tela de juicio la historia de la institutriz fue Harold Goddard, allá por los años veinte. Decía Goddard que, después de una lectura exhaustiva del texto de

James, no había encontrado ninguna evidencia de que los niños vieran fantasmas. Los niños, desde luego, nunca admiten haberlos visto. Se trata siempre de conjeturas, de indicios, de suposiciones que recoge y nos transmite la institutriz, que es la que narra la historia. Goddard llega a la siguiente conclusión: los fantasmas no existieron más que en la mente enferma y perturbada de la institutriz.

El famoso crítico inglés Edmund Wilson daba ya, en los años treinta, una interpretación totalmente freudiana a la historia de James. La institutriz era, efectivamente, una mujer neurótica, o, más exactamente, «una solterona reprimida». Al principio de la historia se había enamorado del hombre que le había ofrecido el empleo, el tío de los niños a los que debía cuidar. Ahí está la clave de la cuestión. Esta «solterona reprimida» quiere hacer méritos ante el hombre a quien ama y se inventa la historia de unos fantasmas. He aquí a la institutriz convertida en una nueva Juana de Arco, desafiando a las fuerzas del mal que supuestamente la amenazan y salvaguardando así la inocencia de los niños que tiene a su cuidado. No se trata, pues, de una historia de fantasmas, concluye Wilson, sino de un relato psicológico, del análisis de una mujer mentalmente desequilibrada.

*Una  
interpretación  
freudiana*

*Un caso  
criminal* A partir de este momento ha habido opiniones para todos los gustos. Eric Solomon ha dicho recientemente que se trata simplemente de un caso criminal, de un relato de la serie negra.

Según Solomon, en Bly, bajo la apariencia de «muertes accidentales», se han cometido muchos crímenes: el señor Quint, el preceptor; la señorita Jessel, la antigua institutriz de los niños; y finalmente, el pequeño Miles... El asesino: la señora Grose, el ama de llaves. Su motivación: los celos que siente de todos los preceptores e institutrices que llegan desde fuera a impartir sus enseñanzas a los niños que son «suyos».

Sin duda, Eric Solomon nos está tomando el pelo. Lo que en realidad nos está diciendo es que *Otra vuelta de tuerca* es una historia tan rica en posibilidades, que cada lector ha de hacer su propia lectura, aunque esta «lectura» sea totalmente diferente a las que se han hecho antes. Aleccionado por el ejemplo de Solomon, he aquí mi lectura de la obra de James. Una lectura que debe servir de aliciente para que el lector la destruya... y construya su propia lectura.

El punto de partida para toda interpretación de la obra ha de ser la figura de la joven institutriz. Henry James era un gran teórico de la novela y tenía siempre muy en cuenta el punto de vista desde el

*Más  
lecturas*

cual narraba su historia. El hecho de que sea la institutriz la narradora no puede ser fortuito o accidental. Tal como señala Leon Edel, fue una decisión cuidadosamente meditada por James. El propio James había señalado en su *Teoría de la novela* que, cuando se escribía en primera persona..., «el narrador no sólo es el sujeto, sino también el objeto de la narración». Es decir, el relato no sólo sale de él, sino que, como si se tratara de un *boomerang*, también vuelve a él. Las palabras de la institutriz nos describen la mansión de Bly, los niños, los fantasmas..., pero fundamentalmente nos están describiendo a la institutriz misma. Ella se está narrando a sí misma.

¿Y cómo era una institutriz inglesa en esta época, aún victoriana, de fin de siglo? Pues sencillamente era una persona con un sentido muy alto, excesivamente alto quizás, de su deber. Tenían las institutrices inglesas incluso un código del honor, unas reglas escritas que toda buena institutriz debía saber y cumplir a rajatabla. Se producía, inevitablemente, una sublimación del cargo.

En *Otra vuelta de tuerca* la institutriz, además de las funciones propias de su cargo, debe ejercer de «madre» de unos niños que se han quedado huérfanos. Y si ella es la «madre», ¿quién puede ser el «padre»? Está claro que debe ser el «amo» de Londres, el tío de los niños, figura también idealizada en la descripción de la institutriz, imagen del perfecto «gentleman» inglés.

Exaltación y degradación      Pero toda exaltación requiere una degradación; todo padre, un padrastro; toda madre, una madrastra. He aquí a los fantasmas de Bly, a los seres que antes de la llegada de la institutriz habían degradado su cargo, habían intentado incluso corromper a los niños. Los fantasmas son el «*alter ego*» de ellos mismos, son el reverso de la medalla, son ellos mismos degradados. Peter Quint es el «*alter ego*» del amo londinense. Sabemos que se le parecía y que incluso a veces usaba las mismas ropas. Al ver su aparición, la institutriz le confunde con el amo londinense. Y la señorita Jessel es el «*alter ego*» de la institutriz. También sabemos que físicamente se parecían. La relación sexual que hubo entre Peter Quint y la señorita Jessel es la degradación del amor platónico que siente la institutriz por el amo de Londres.

Representaciones del trasmundo      Los fantasmas son, pues, representaciones del trasmundo, del subconsciente, de la «otra realidad» que todos llevamos dentro. Lo que ocurre es que la institutriz había reprimido este mundo oscuro y oculto hasta el momento de su llegada a la mansión de Bly. En ese momento, y por diversas circunstancias, aflora a la

superficie de su conciencia, se materializa en unos seres fantasmales. El horror que siente la institutriz hacia ellos es el horror que siente hacia sí misma, al descubrir zonas oscuras de su alma, pliegues recónditos de su persona que prefería haber ignorado. La institutriz es hija de un pastor protestante, sometida a la rígida moral propia de la Inglaterra victoriana. Los fantasmas que ella ve son consecuencia del choque entre su moral puritana y sus deseos más íntimos e inconfesables. Más que en Freud, habría que buscar en el «inconsciente colectivo» de Jung los móviles de la conducta de la institutriz.

Una  
escalofriante  
novela de  
terror

¿Qué es, en definitiva, *Otra vuelta de tuerca*? ¿Es una «novela gótica» con su castillo y sus fantasmas? ¿Es una historia criminal, un relato de la «serie negra» en la que sólo falta la presencia de Sherlock Holmes? ¿Es un análisis psicológico, que hay que abordar desde una perspectiva freudiana o jungiana? No es, ni más ni menos, que una escalofriante novela de terror.

Ramón BUCKLEY

# Bibliografía

La cita remite al nombre de la revista en que se prepublicó la obra.

Con «s. a.»\* indicamos «sin año» aunque la edición española es próxima a la edición original.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1875	<i>A Passionate Pilgrim, and other Tales.</i> —Contiene: <i>A Passionate Pilgrim; The Last of the Valerii; Eugene Pickering; The Madonna of the Future; The Romance of Certain Old Clothes; Madame de Mauves.</i>	<i>Un peregrino apasionado y, otros cuentos.</i> —Contiene: <i>El peregrino apasionado</i> (1976); <i>El último de los Valerii</i> (1967); <i>Eugenio Pickering</i> (1967); <i>La madonna del futuro; La poesía de las ropas antiguas</i> (1967); <i>Madame de Mauves.</i> (s. a.)*.
1876	<i>Roderick Hudson</i> <sup>[1]</sup> .	<i>Roderick Hudson.</i>
1877	<i>The American</i> <sup>[2]</sup> .	<i>El americano</i> (1968).
1878	<i>Watch and Ward</i> <sup>[3]</sup> .	<i>Vigilancia y custodia.</i>
1878	<i>The Europeans</i> (2 vols.) <sup>[4]</sup> .	<i>Los europeos</i> (s. a.)*.
1879	<i>Daisy Miller</i> (2 vols.) <sup>[5]</sup> . —Contiene: <i>Daisy Miller</i> <sup>[6]</sup> ; <i>An International Episode</i> <sup>[7]</sup> ; <i>The Diary of a Man of Fifty; Four Meetings.</i>	<i>Daisy Miller.</i> —Contiene: <i>Daisy Miller</i> (1947); <i>Un episodio internacional; El diario de un cincuentón; Cuatro encuentros</i> (1958).
1879	<i>The Madonna of the Future and other Tales</i> (2 vols.). —Contiene: <i>Longstaff's Marriage; Benvolio</i> , y otros cuentos de <i>A Passionate Pilgrim.</i>	<i>La madonna del futuro y otros cuentos.</i> —Contiene: <i>El matrimonio de Longstaff; Benvolio.</i>
1880	<i>Confidence</i> (2 vols.) <sup>[8]</sup> .	<i>Confidencia.</i>
1881	<i>Washington Square</i> (2 vols.) <sup>[9]</sup> .	<i>La heredera</i> (1951).
1881	<i>The Portrait of a Lady</i> (3 vols.) <sup>[10]</sup> .	<i>Retrato de una dama</i> (1944).
1882	<i>The Point of View</i> <sup>[11]</sup> .	<i>El punto de vista.</i>
1883	<i>The Siege of London; The pension Beaurepas.</i>	<i>El sitio de Londres</i> (1950); <i>La pensión Beaurepas.</i>
1884	<i>Tales of three Cities.</i> —Contiene: <i>The Impressions of a Cousin; Lady Barberina; A New England Winter.</i>	<i>Cuentos de tres ciudades.</i> —Contiene: <i>Las impresiones de un sobrino; Lady Barberina; Un invierno en Nueva Inglaterra.</i>

	<i>Cousin; Lady Barberina; A New England Winter.</i>	<i>sobrino; Lady Barberina; Un invierno en Nueva Inglaterra.</i>
1885	<i>A Little Tour in France</i> <sup>[12]</sup> .	<i>Una pequeña vuelta por Francia.</i>
1885	<i>The Author of Beltraffio.</i> —Contiene: <i>The Author of Beltraffio; Pandora; The Path of Duty; Georgina's Reasons.</i>	<i>El autor de Beltraffio.</i> —Contiene: <i>El autor de Beltraffio; Pandora; La senda del deber; Los razonamientos de Georgina.</i>
1885	<i>Stories Revived.</i> —Contiene: <i>A Day of Days; A Light Man; A Landscape-painter; Rose-Agathe; Poor Richard; Master Eustace; A most Extraordinary Case.</i>	<i>Historias revividas.</i> —Contiene: <i>Día de días; Un hombre superficial; Un pintor de paisajes; Rosa-Agata; Pobre Richard; El Maestro Eustaquio; Un caso muy extraordinario.</i>
1886	<i>The Bostonians</i> (3 vols.) <sup>[13]</sup> .	<i>Las bostonianas</i> (1971).
1886	<i>The Princess Casamassima</i> (3 vols.) <sup>[14]</sup> .	<i>La princesa Casamassima</i> (1979).
1888	<i>The Reverberator</i> (2 vols.) <sup>[15]</sup> .	<i>El reverberador.</i>
1888	<i>The Aspern Papers</i> <sup>[16]</sup> ; <i>Louisa Pallant; The Modern Warning</i> (2 vols.).	<i>Los papeles de Jeffrey Aspern</i> (1944); <i>Luisa Pallant; El moderno ascensor.</i>
1889	<i>A London Life; The Patagonia; The Liar; Mrs. Temperly</i> (2 vols.).	<i>Una vida en Londres; La Patagonia; El embustero; La Sra. Temperly.</i>
1889	<i>The Tragic Muse</i> (2 vols.) <sup>[17]</sup> .	<i>La musa trágica.</i>
1892	<i>The Lesson of the Master; The Marriages; The Pupil; Brooksmith; The Solution; Sir Edmund Orme.</i>	<i>La lección del maestro</i> (1949); <i>Los matrimonios; El educando</i> (1958); <i>Brooksmith; La solución; Sir Edmund Orme.</i>
1893	<i>The Real Thing, and other Tales.</i> —Contiene: <i>The Real Thing; Sir Dominick Ferrand; Nona Vicent; The Chaperon; Greville Fane.</i>	<i>Lo auténtico y otros cuentos.</i> —Contiene: <i>Lo auténtico</i> (1976); <i>Sir Dominick Ferrand; Nona Vicent; La señorita de compañía; Greville Fane.</i>
1893	<i>The Private Life; The Wheel of Time; Lord Beaupré; The Visits; Collaboration; Owen Wingrave</i> (2 vols.).	<i>La vida privada; La rueda del tiempo; Lord Beaupré; Las visitas; Colaboración; Owen Wingrave</i> (1967).
1895	<i>Terminations.</i> —Contiene: <i>The Death of the Lion; The Coxon Found; The middle years; The Altar of the Dead.</i>	<i>Conclusiones.</i> —Contiene: <i>La muerte del león; El fondo Coxon; La madurez</i> (1949); <i>El altar de los muertos</i> (1949).
1896	<i>Embarrassments.</i> —Contiene: <i>The Figure in the Carpet; Glasses; The Next Time; The Way it Came.</i>	<i>Dificultades.</i> —Contiene: <i>La figura en la alfombra; Cristales; La próxima vez; El camino que tomó.</i>
1896	<i>The Other House</i> (2 vols.) <sup>[18]</sup> .	<i>La otra casa.</i>
1897	<i>The Spoils of Poynton</i> <sup>[19]</sup> .	<i>Los despojos de Poynton</i> (1976).
1897	<i>John Delavoy</i> <sup>[20]</sup> .	<i>John Delavoy.</i>
1898	<i>What Maisie Knew</i> <sup>[21]</sup> .	<i>Lo que Maisie sabía</i> (1971).
1898	<i>In the Cage.</i>	<i>En la jaula.</i>
1898	<i>The Two Magics: The Turn of the Screw</i> <sup>[22]</sup> ; <i>Covering End.</i>	<i>Los dos (relatos) mágicos: La vuelta de tuerca</i> (1945); <i>Finalidad encubierta.</i>
1899	<i>The Awkward Age</i> <sup>[23]</sup> .	<i>La edad difícil.</i>

1900	<i>The Soft Side.</i> —Contiene: <i>The Great Good Place</i> ; « <i>Europe</i> »; <i>Paste</i> ; <i>The Real Right Thing</i> ; <i>The Great Condition</i> ; <i>The three of Knowledge</i> ; <i>The Abasement of the Northmores</i> ; <i>The Given Case</i> ; <i>The Third Person</i> ; <i>Maud-Evelyn</i> ; <i>Miss Gunton of Poughkeepsie</i> .	<i>El punto flaco.</i> —Contiene: <i>El lugar magnífico</i> ; « <i>Europa</i> »; <i>Pasta</i> ; <i>Lo cierto</i> ; <i>La gran condición</i> ; <i>El árbol de la ciencia</i> (1949); <i>La humillación de los Northmores</i> (1945); <i>El caso dado</i> ; <i>La tercera persona</i> ; <i>Maud Evelin</i> (1967); <i>Miss Gunton de Poughkeepsie</i> .
1901	<i>The Sacred Fount.</i>	<i>La fuente sagrada.</i>
1902	<i>The Wings of the Dove</i> (2 vols.).	<i>Las alas de la paloma</i> (1967).
1903	<i>The Better Sort.</i> —Contiene: <i>Broken Wings</i> ; <i>The Beldonald Holbein</i> ; <i>The Two Faces</i> ; <i>The Tone of Time</i> ; <i>The Special Type</i> ; <i>Mrs. Medwin</i> ; <i>Flickerbridge</i> ; <i>The Story in It</i> ; <i>The Beast in the Jungle</i> ; <i>The Birthplace</i> ; <i>The Papers</i> .	<i>La mejor parte.</i> —Contiene: <i>Alas rotas</i> ; <i>Beldonald Holbein</i> ; <i>Las dos caras</i> ; <i>La nota del tiempo</i> (1967); <i>El tipo especial</i> ; <i>Mrs. Medwin</i> ; <i>Flickerbridge</i> ; <i>La historia interior</i> ; <i>La bestia en la jungla</i> ; <i>El lugar de nacimiento</i> ; <i>Los papeles</i> .
1903	<i>The Ambassadors</i> <sup>[24]</sup> .	<i>Los embajadores</i> (1971).
1903	<i>William Wetmore Story and his friends</i> (2 vols.).	<i>Historia de William Wetmore y sus amigos</i> .
1904	<i>The Golden Bowl</i> (2 vols.).	<i>La copa dorada</i> (1981).
1908	<i>The Jolly Corner.</i>	<i>La esquina alegre</i> (1976).
1909	<i>Julia Bride.</i>	<i>Julia Bride.</i>
1909	<i>Italian Hours.</i>	<i>Horas italianas.</i>
1910	<i>The Finer grain.</i> —Contiene: <i>The Velvet Glove</i> ; <i>Mora Montravers</i> ; <i>A Round of Visits</i> ; <i>Crapy Cornelia</i> ; <i>The Bench of Desolation</i> .	<i>El grano más fino.</i> —Contiene: <i>El guante de terciopelo</i> (1949); <i>Mora Montravers</i> ; <i>Una ronda de visitas</i> ; <i>Crapy Cornelia</i> ; <i>El banco de la desolación</i> (1961).
1911	<i>The Outcry.</i>	<i>La protesta.</i>
1915	<i>The Question of the Mind.</i>	<i>La cuestión de la mente.</i>
1917	<i>The Sense of the Past.</i>	<i>El sentido del pasado.</i>
1917	<i>The Middle Years.</i>	<i>La madurez.</i>
1918	<i>Gabrielle de Bergerac.</i>	<i>Gabrielle de Bergerac.</i>
1919	<i>Within the Rim.</i>	<i>Dentro del borde.</i>
1919	<i>Travelling companions.</i> —Contiene: <i>Travelling Companions</i> ; <i>The Sweet Heart of M. Briseux</i> ; <i>Professor Fargo</i> ; <i>At Isella</i> ; <i>Guest's Confession</i> ; <i>Adina</i> ; <i>De Grey</i> : <i>A Romance</i> .	<i>Compañeros de viaje.</i> —Contiene: <i>Compañeros de viaje</i> ; <i>La enamorada de M. Briseux</i> ; <i>Profesor Fargo</i> ; <i>En Isella</i> ; <i>Confesión de un huésped</i> ; <i>Adina</i> ; <i>De Grey</i> : <i>Una novela</i> .
1920	<i>Refugees in Chelsea</i> <sup>[25]</sup> .	<i>Refugiados en Chelsea.</i>
1920	<i>Master Eustace.</i> —Contiene: <i>Théodoline</i> .	<i>Maestro Eustaquio.</i> —Contiene: <i>Théodoline</i> .
1950	<i>Eight uncollected tales.</i> —Contiene: <i>The Story of a Year</i> ; <i>My Friend Bingham</i> ; <i>The Story of a Masterpiece</i> ; <i>A Problem</i> ; <i>Osborne's</i>	<i>Ocho cuentos inéditos.</i> —Contiene: <i>Historia de un año</i> (1967); <i>Mi amigo Bingham</i> ; <i>La historia de una obra maestra</i> ; <i>Un problema</i> (1967); <i>La venganza de Osborne</i> (1967); <i>La</i>

*Revenge; Crawford's Consistency; The  
Ghostly Rental.*

*conformidad de Crawford (1967); La  
renta espectral (1967).*

# Índice de contenido

Cubierta

Otra vuelta de tuerca (Ilustrado)

Grabado del autor

Proemio

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

Apéndice

Bibliografía

Notas

Notas a la bibliografía

## **Notas**

[1] *Razón de más*. En francés en el original. <<

[2] Se refiere a *Los misterios de Udolfo* (1794), novela de la escritora británica Ann Ward Radcliffe (1764-1823), la principal representante de la novela gótica o de terror y una de sus pioneras. <<

[3] Escritor británico (1707-1754), uno de los más notables precursores de la novela realista. Autor de veintitrés comedias —una de las cuales, donde satirizaba al ministro Walpole, obligó al gobierno a inaugurar la censura previa—, es conocido sobre todo por sus novelas *Andrews* (1742), en que ridiculiza la novela sentimental y moralizante, y *Tom Jones* (1749), donde en clave humorística y satírica describe el mundo de la picaresca británica. *Amelia* (1751) es su última novela, y trata de los problemas matrimoniales, aunque adolece de excesivo didactismo. <<

[4] Alude a los terrores que padecía Saúl, rey de Israel, y que David conjuraba con el arpa: «Cuando el espíritu de Dios asaltaba a Saúl, tomaba David el arpa, la tocaba, Saúl encontraba calma y bienestar y el espíritu malo se apartaba de él». (Sam 16,23). <<

## **Notas a la bibliografía**

[1] *Atlantic Monthly.* <<

[2] *Atlantic Monthly.* <<

[3] *Atlantic Monthly.* <<

[4] *Atlantic Monthly.* <<

[5] *Cornhill.* <<

[6] *Cornhill* <<

[7] *Cornhill* <<

[8] *Scribner's Monthly*. <<

[9] *Cornhill y Harper's New Monthly.* <<

[10] *Atlantic Monthly y Macmillan's.* <<

[11] Impresión privada. <<

[12] *Atlantic Monthly.* <<

[13] *Century.* <<

[14] *Atlantic Monthly.* <<

[15] *Macmillan's*. <<

[16] *Atlantic Monthly.* <<

[17] *Atlantic Monthly.* <<

[18] *The Illustrated London News* <<

[19] *Atlantic Monthly.* <<

[20] Impresión privada. <<

[21] *Chapbook y New Review.* <<

[22] *Collier's Weekly.* <<

[23] *Harper's Weekly.* <<

[24] *North American Review.* <<

[25] *Atlantic Monthly.* <<

TUS  
LIBROS



# OTRA VUELTA DE TUERCA



Henry  
James



Lectulandia